

Vuelo directo al Amor



NONI GARCÍA



Vuelo directo al amor

Noni García

Todos los derechos reservados

Khabox Editorial

CODIGO: KE-013-0201

Diseño y composición: Fabián Vázquez

Corrección: Khabox Editorial

Primera Edición, Diciembre 2018

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sergio pelaba los cables de dos milímetros y medio que necesitaba para los mecanismos del baño en el que estaba trabajando. Esperaba dejar terminados tres más ese día o su jefe le daría un buen tirón de orejas. Pensaba en la suerte que habían tenido por haber cogido la instalación eléctrica de aquel hotel junto al aeropuerto; si no hubiera sido así, en ese momento estaría engrosando la lista del paro.

Introdujo el cobre liado en el orificio y giró el pequeño tornillo, así una y otra vez. Su trabajo era monótono, siempre igual, pero era lo que le daba de comer en aquel momento. De nada servían todos sus estudios de robótica si no podía ejercerlos allí. Y partir a otro lugar, por el momento, era imposible.

Se miró en el espejo al pasar delante de él y sonrió. Su vida había cambiado mucho en los últimos tiempos y, a pesar de la frustración que le provocaba no poder desarrollar su profesión, se veía mejor que nunca. El gimnasio le había sentado genial, eso era indiscutible, pero salir del armario a sus treinta y dos años había obrado el milagro de darle luminosidad a su rostro. Había pasado de ocultarlo por miedo al qué dirán, incluso estando su familia al tanto, a no importarle proclamarlo a los cuatro vientos.

Recogió las herramientas y salió de la habitación. Aunque los fontaneros todavía iban algunas estancias por detrás, no podía permitir que lo alcanzaran. Si lo hacían, se verían obligados a parar su ritmo de trabajo y podía costarle su puesto de trabajo.

Entró en un nuevo baño de la quinta planta y siguió con su rutina. Lo único que le consolaba era saber que era viernes, que su hermana esa noche se quedaría con su padre y que podría salir a dar una vuelta con Paty, su mejor amiga y compañera en la obra.

El teléfono del trabajo comenzó a sonar en el bolsillo del pantalón. Solo esperaba y deseaba que su jefe no le hiciera trabajar horas extras, y si lo hacía, que al menos se las pagara o le diera un día libre, que casi lo prefería. Las noches de hospital estaban acabando con su espalda y necesitaba días de descanso como el comer.

—Dime, Fabián.

—¿Cómo lo llevas?

—Me quedan tres habitaciones de la quinta.

—¿Por dónde van los fontaneros?

—Por la cuarta, aunque el lunes creo que ya subirán a esta.

—Perfecto. Necesito que Paty y tú me hagáis un favor. —Sergio sintió que el mundo se le caía encima. Eso solo podía significar que sus temores eran ciertos: tendría que trabajar horas extras.

—¿Qué necesitas?

—Que vayáis a la dirección que os voy a mandar. Es la vivienda del dueño de la empresa de fontanería que está trabajando ahí. Al parecer, se le ha fundido el fusible y no tiene luz en toda la casa. Necesito que paséis por aquí, cojáis material y os personéis allí lo antes posible.

—Sí, claro. Recogemos herramientas y vamos.

—Sergio, sé que no necesito decírtelo, pero es muy importante que hagáis un buen trabajo. Ese hombre puede conseguirnos más obras.

—Tranquilo. Puedes tener claro que esa casa no habrá recibido unos electricistas mejores que nosotros.

Se dirigió a las escaleras para subir a la sexta planta, donde Paty estaba poniendo los mecanismos de las habitaciones. Cruzó la puerta que daba acceso a ellas y chocó con alguien, haciendo que todas sus herramientas se desparramaran por el suelo.

Maldijo para sus adentros, siempre había sido una persona muy cauta, y se contuvo para no soltar más de un improperio. Entre otras cosas porque asumía su parte de culpa, había abierto la puerta sin tener en cuenta que era muy probable que hubiera algún obrero tras ella.

Se agachó sin decir nada, iba demasiado apurado para entablar una conversación con nadie, y la persona con la que había tenido el encontronazo lo hizo con él. Un ramalazo de culpabilidad lo sacudió.

—Lo siento, voy con un poco de prisa —espetó mientras sus ojos se clavaban en las preciosas y suaves manos que estaban tocando algunas de sus herramientas

—No te preocupes, yo también iba pendiente al móvil y no te vi venir — consiguió decir el dueño de las manos, que se había quedado embobado mirando los marcados bíceps del electricista.

—No pasa nada.

—¿Ya está lista la quinta planta para que podamos entrar?

En ese momento, Sergio se fijó como debía en la persona que tenía delante. El logotipo de la camiseta le dijo que pertenecía a la cuadrilla de fontaneros.

—Me quedan tres habitaciones, pero tengo que ir a otro sitio. Aun así, todavía no me alcanzáis, podéis trabajar tranquilos —sugirió, apartando la vista del muchacho que tenía delante, ya que cierto nerviosismo se estaba apoderando de él.

—Gracias. Hoy solo subiremos las herramientas, ya mismo es hora de terminar la jornada.

—¡Qué suerte!

—Mi nombre es Alejandro.

—Yo soy Sergio.

Estrecharon sus manos y Sergio se quedó mirando al hombre que tenía delante. Si bien era cierto que tenía rasgos latinos y su nombre así lo indicaba, su acento era más andaluz que el suyo, y eso le sorprendió.

Se despidieron y cada uno continuó su camino. Sergio subió las escaleras, sin ser consciente de que, desde el rellano, Alejandro lo estaba escaneando de arriba abajo.

Entró en la planta y suspiró hondo. El golpe, el mal genio de Sergio, su olor a masculinidad y seguridad, sus delicadas manos, sus ojos entre marrón y verdes y su voz hicieron que su polla reaccionara y no pudiera evitar escanearlo de arriba abajo.

Tenía el cuerpo bien definido, se había dado cuenta con solo observar sus bíceps, con una musculatura conseguida a base de horas de gimnasio y un culo divino en el que perderse.

«Necesito urgentemente un buen polvo, y que Sergio avance rápido para no volver a cruzármelo o no respondo de mí», pensó mientras inspeccionaba las habitaciones que ya estaban listas y decidía cuál cerrarían con llave para guardar las herramientas.

Lo único que le consolaba y que podía conseguir que no le tirara los tejos al electricista era que el lunes no tenía que trabajar porque tenía que hacer unas gestiones con su madre. Así, el martes, cuando volviera a la obra, él ya les habría tomado ventaja.

Sergio y Paty salieron de la obra y, tras dirigirse a la nave donde tenía la sede la empresa y recoger el material que pensaban que iban a necesitar, se dirigieron a la ubicación que su jefe le había enviado por WhatsApp.

Aparcaron en la puerta y se quedaron alucinados al ver la impresionante vivienda que se levantaba delante de ellos.

Ilusos ellos, llamaron al timbre, pero no sonó nada dentro, así que tuvieron

que golpear la puerta hasta que sintieron unos pasos acercándose a ella.

Tanto Sergio como Paty tenían claro lo que ocurría. Lo más probable era que los fusibles generales de la vivienda se habían quemado por alguna sobrecarga. Por suerte, llevaban varios en la furgoneta, aunque no sabrían si el diagnóstico era correcto hasta que pudieran entrar y comprobarlo.

Una señora de unos cincuenta años les abrió la puerta con una cara de preocupación considerable. Ambos imaginaron que se trataba de la dueña de la casa, ya que su forma de vestir delataba que no debía pertenecer al servicio de esta.

—¡Gracias a Dios que ya estáis aquí! Pasad.

—Buenas tardes, señora. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Ni pudieron terminar de hacer la comida. Yo estaba en la piscina, dándome un baño porque hace mucho calor, y se quedó toda la casa a oscuras. No hubo forma de arreglarlo. ¡Ya valió madres!

Paty reconoció el acento mexicano de la señora a leguas, muchas eran las telenovelas que veía por las tardes, y el suyo, aunque sonaba bastante castellanizado, no la engañaba.

Antes de entrar en la casa, se dirigieron a la caja donde los fusibles debían estar. Al abrirla, un olor a quemado inundó las fosas nasales de los dos. Estaban de suerte, ahí tenían el porqué de que no hubiera luz en la casa.

La señora se quedó observándolos desde la puerta, mientras ellos fueron al coche y cogieron todo lo que necesitaban. Con un poco de suerte, no tardarían más de media hora en solucionar la avería y podrían volver a sus casas dentro del horario que les correspondía.

Trabajaron mano a mano con celeridad, como siempre hacían. Cuando todo estuvo en orden, entraron en la casa y comprobaron el cuadro eléctrico. Aquella instalación no era la mejor para la monumental casa en la que se encontraban y así se lo hizo saber Sergio a la señora, que volvió diez minutos después, tras comprobar que todo funcionaba correctamente.

Los dos sonrieron al ver que les traía una jarra de agua con hielo y limón cortado a medias rodajas. Era algo que les sentaría de maravilla, teniendo en cuenta el calor que hacía en pleno mes de mayo.

Estaban disfrutando de la bebida cuando lo único que les faltaba por comprobar comenzó a funcionar. La puerta de garaje se abrió dando acceso a un BMW X5 azul. Sergio imaginó que sería el coche del dueño de la empresa de fontanería, pero casi se le cayó el vaso al suelo al ver a Alejandro, el chico

con el que había chocado un rato antes, bajarse de él.

—¡Ay, mi bebé ya está aquí!

«¿Su bebé?», repitió Sergio para sí mismo. Aquel chico, si bien era joven, de bebé tenía bien poco. Más bien lucía un cuerpo muy definido, unas facciones muy marcadas y esa perilla le daba cierto aire de virilidad que lo dejó sin aliento. No había tenido tiempo de fijarse bien en él cuando se cruzaron en el rellano de las escaleras, pero estaba lo suficientemente bueno para someterlo en su cama.

Sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente mientras veía caminar a la señora hasta el chico. Lo abrazó y lo besó como solo hace una madre y Paty le dio un codazo a Sergio con una sonrisa pícaro en los labios.

No entendía cómo esa loca del demonio era capaz en todo momento de leer sus pensamientos.

—Yo también me lo follaría, pero parece ser que su mirada está más puesta en ti que en mí.

—Es el chico con el que me choqué cuando subía a buscarte en la obra.

—Entonces ya has catado su cuerpo, bribón...

—Ya te vale, Mocososa —espetó, ganándose una mirada asesina por parte de Paty.

La señora —de la que seguían sin saber el nombre— y Alejandro se acercaron hasta ellos. Momento que pensaba aprovechar Sergio para despedirse y salir corriendo para casa, necesitaba una ducha como el comer.

Alejandro les miró un tanto confuso. No podía creer que el electricista impertinente que había conseguido que se le calentara la sangre en la obra estuviera delante de él, en su casa. Y era mucho más guapo de lo que recordaba, probablemente porque la luz del día le permitía tener una visión de él que no podía en el rellano casi oscuro de aquella escalera.

—Bueno, pues nosotros ya hemos terminado. Le comentaré a mi jefe lo que le he dicho del cuadro eléctrico e imagino que se pondrá en contacto con su marido para que vengan mis compañeros a solucionarlo...

—¡Ah, no! Yo quiero que vengáis vosotros dos. Se ve que hacen un buen equipo.

—Veo complicado que nos manden, estamos en...

—Están en la misma obra que estoy yo, mamá.

—A mí me da igual donde estén, yo quiero que ellos sean los que trabajen

aquí y sabes demasiado bien que lo conseguiré —dijo, dirigiéndose a su hijo.

Sergio pensó que no estaría mal desaparecer unos días de la obra, así no tendría que cruzarse con Alejandro, que cuanto más lo miraba, más le atraía.

Alejandro no le hizo la ola a su madre porque había gente delante. Pensar que estaría alejado de ese hombre hecho para el pecado durante algunos días le hizo sentir aliviado. Había conseguido mantener su erección a raya en la obra, pero verlo en la puerta de su casa, a plena luz del día y bebiendo un vaso de agua fría, había conseguido que necesitara una ducha de agua helada con bastante urgencia.

La música sonaba en el local donde estaba tomando una copa con Paty. Después de un par de meses sin salir de marcha, se sentía casi perdido en lo de sociabilizar durante la noche, por lo que había pedido a su amiga que fueran a un sitio tranquilo. Y no tuvo otro sitio donde llevarlo que a un karaoke.

Daba un sorbo a la copa mientras pensaba que no podía dejar que ella volviera a elegir el sitio donde disfrutar de un rato agradable, ya que los chillidos que se oían de vez en cuando por los altavoces estaban a punto de reventarle el tímpano.

Sergio se disculpó con Paty porque necesitaba orinar urgentemente. Después de tanto vino en la cena, y las dos copas y media que llevaba tomadas, corría riesgo de mearse en los pantalones, y eso sería otro espectáculo bastante bochornoso, más que el de los supuestos cantantes que pasaban por el escenario.

Por suerte, no había cola y entró sin tener que esperar. Estaba lavándose las manos cuando, por primera vez en toda la noche, escuchó cantar a un chico que lo hacía muy bien, tanto que estaba consiguiendo que se le erizara la piel.

Salió rápidamente, buscó a su amiga y dirigió su mirada al escenario. Nada lo tenía preparado para lo que allí iba a encontrar. El cantante no era otro que Alejandro, el hijo de la dueña de la casa en la que estuvo unas horas antes, el que se había topado con él en las escaleras haciendo que sus herramientas cayeran al suelo y el que estaba consiguiendo de nuevo que su polla reaccionara dando brincos de alegría.

Su noche había empezado bien con la cena, se había torcido un poco con el karaoke y se había vuelto una pesadilla con la voz de Alejandro.

Siempre había seguido a rajatabla la premisa que su madre le había enseñado desde pequeño: «Donde tengas la olla, no metas la polla». Y mucho temía que si el chico se le ponía a tiro, la acabaría incumpliendo.

Sus miradas se cruzaron y una segunda canción comenzó a sonar. Las primeras notas de la canción Pégate de Ricky Martin comenzaron a sonar y se desató la locura en el antro.

Alejandro quitó del escenario el taburete en el que había estado sentado durante la canción anterior y también el pie de micro, dejándolo en su mano.

Cantó y se movió al ritmo de la música, haciendo que un calor asfixiante se apoderara de Sergio. Todos bailaban, todos reían, todos lo pasaban bien y él solo pensaba en cómo debían moverse esas caderas cuando follaba.

Alejandro tenía los ojos clavados en él, su sonrisa lo hipnotizaba y el brillo de su mirada lo encendía más y más. Solo pensaba en acercarse al escenario y pegar sus caderas, como bien decía la canción, que sintiera lo que conseguía provocarle.

Alejandro no podía evitar mirar al hombre serio que estaba apoyado en la barra del bar, el mismo que un rato antes le había provocado una erección bastante curiosa y que tuvo que aliviar en la ducha. Se había masturbado tres veces esa tarde pensando en él, en cómo sería enterrarse en el prieto culo de Sergio.

Ver cómo le aguantaba la mirada sin pestañear, el brillo de lujuria que desprendía, cómo paseaba los ojos por su cuerpo, haciendo una pausa en sus caderas... Estaba consiguiendo que su verga cobrara vida de nuevo, y tuvo la certeza de que Sergio también era gay. Alguien que no lo fuera no podía desprender tanta excitación observando a alguien de su mismo sexo.

La canción terminó y Alejandro se bajó del escenario. Muchas fueron las mujeres que se le acercaron, que quisieron hacerse un selfie, y él los hizo con gusto, aunque su único objetivo era llegar cuanto antes a la barra y saludar al objeto de su deseo. Siempre había conseguido todo lo que había querido en la vida, y ese hombre no iba a ser menos.

Si bien era cierto que su padre lo consideraba un niño caprichoso que no valoraba nada, y por eso lo había mandado a trabajar como un empleado más, él siempre se salía con la suya gracias a la sobreprotección de su madre.

Al fin alcanzó su destino y Paty fue la primera en abordarlo.

—¿Tú eres...? No recuerdo tu nombre, pero estuvimos en tu casa a mediodía.

—Sí, soy Alejandro. No esperaba veros por aquí, «pareja» —dijo con toda la intención del mundo.

—¿Pareja? ¡Ah, no! Solo somos buenos amigos. A mí me gustan más «normalitos», y si tienen un poquito de barriga y pelo en el pecho, mejor que mejor.

Paty los dejó solos. Conocía perfectamente a Sergio y sabía que Alejandro le gustaba, así que no sería ella la que se interpusiera entre los dos.

—Hola, Sergio.

—Hola, Alejandro.

—No esperaba verte por aquí.

—No suelo venir a estos sitios.

—¿Qué tomas? —Sergio no estaba poniendo nada fácil la conversación a Alejandro.

—Jack Daniel's con hielo.

—¡Vaya! Grrr. No podría tomar eso, es demasiado fuerte. —Alejandro se giró hacia el camarero—. Ponme un par de tequilas.

Guardaron silencio hasta que los dos chupitos estuvieron frente a ellos. Alejandro cogió uno y se lo entregó a Sergio, guiñándole un ojo.

—Brindemos —dijo tras lamer su mano y poner sal en ella.

—¿Por qué?

—Por los encuentros inesperados.

Chocaron los pequeños vasos, lamieron la sal del dorso de sus manos, ingirieron la bebida y mordieron el limón, aguantando las miradas.

—¿Qué quieres? —preguntó Sergio sin más dilación.

—Muy directo, sí, señor.

—Me gustan las cosas claras.

—Yo también sé ser directo. Quiero follarte.

Sergio sintió que le temblaban las piernas. No creía que el chico le fuera a soltar eso a bocajarro, así, sin anestesia ni nada, y mantuvo la compostura como buenamente pudo.

—Pues eso no va a poder ser.

—Te gusto —afirmó—, no lo niegues.

—Una cosa es que me gustes y otra que vaya a pasar algo entre nosotros. Esta noche he salido a pasar un buen rato con una amiga, no a enterrar mi polla en el culo de nadie. Porque, sí, en el caso de que pasara algo entre nosotros, sería yo quien te follara a ti.

—Eso estaría por ver... —replicó Alejandro, aunque Sergio cortó su perorata.

—Y, ahora, si me disculpas, voy a bailar con mi amiga.

—Está bien, me doy por vencido. Eso sí, cuando llegue el momento, recuerda algo que te voy a decir: siempre consigo lo que quiero y, a ti, te quiero en mi cama. Quizá hoy no y tampoco mañana, pero tarde o temprano tendré lo que deseo.

Sergio se acercó a Alejandro, lo suficiente para que sus labios estuvieran a

escasos centímetros. Lo miró a los ojos y pudo adivinar que su nuez se había movido tras tragar su saliva. Con una sonrisa traviesa, rozó su nariz con la de él y sus labios en el camino. Se separó, haciendo que el otro jadeara protestante, se giró para ir a buscar a Paty y le dijo:

—Ni en tus mejores sueños.

Alejandro no podía creer lo que acababa de pasar. Por un momento, pensó que iba a besarlo, que lo había conseguido. En décimas de segundo, hasta había pensado en darle la voz cantante la primera vez que estuvieran juntos, después sería siempre él el que estaría arriba. Era activo y nada ni nadie le haría cambiar. Pero Sergio lo había dejado plantado, con la miel en los labios y deseoso de más.

Su orgullo estaba herido y un cabreo monumental empezó a tomar forma en su pecho. Ningún hombre lo había rechazado, siempre los había tenido babeando por él, y tenía claro que pensaba conseguirlo. A partir de ese momento, ese sería su reto: hacer que Sergio sucumbiera a sus encantos, follárselo y si te he visto no me acuerdo.

Por su parte, Sergio no podía creer los cojones que le había echado al asunto. Ese niño, que aparentemente parecía ser un malcriado de manual, había hecho que deseara llevárselo a los servicios y darle lo que quería, aunque no de la forma que él demandaba. Solo en contadas ocasiones había dejado que sus amantes lo dominaran en la cama, y no iba a permitirselo a Alejandro.

Llegó hasta donde estaba su amiga hablando con dos chicos, que se pusieron a la defensiva al verlo aparecer, probablemente, pensando que era el novio de Paty, aunque ella solita se encargó de resolver la duda.

—Este es mi amigo Sergio. No temáis, todavía tenéis una oportunidad conmigo, no es mi pareja, y es gay.

Uno de ellos suspiró aliviado, el otro lo escaneó de arriba abajo y se mordió el labio. Ese gesto hizo que en el rostro de Sergio se dibujara una sonrisa canalla, sabía lo que despertaba en los hombres que tenían su misma orientación sexual y le pareció la situación perfecta para dejarle claras las cosas a Alejandro.

—Hola, chicos. ¿Cómo os llamáis? Mi nombre ya lo sabéis.

Andrés y Jorge. El primero estaba más que interesado en Paty y el segundo iba a ser su presa en unos minutos.

Se acercó a él y entabló una conversación banal mientras por el rabillo del ojo observaba a Alejandro. Con cada risa, acertaba distancias con Jorge, hasta

que enganchó una de sus manos con la suya.

El local estaba más lleno por momentos, los empujones eran un continuo, y en uno de los que recibió Jorge, lo agarró por la cintura para que no se cayera y lo pegó a él, haciéndole notar la erección que crecía debajo de sus pantalones. En realidad, se la había provocado Sergio, pero sería el chico que se derretía entre sus brazos quien la disfrutara.

—¿Nos vamos a un sitio más tranquilo? —preguntó Sergio con la voz ronca y la lujuria brillando en sus ojos.

—Tengo el coche en la bolsa de aparcamiento que hay a dos calles.

Sergio se giró para despedirse de su amiga, pero la vio de lo más animada comiéndose los morros con Andrés. Sonrió al pensar que los dos amigos habían triunfado esa noche, porque Paty también era una bestia en la cama y siempre tenía a los hombres rogando por más.

Llegaron al lugar y Jorge abrió el coche con el mando a distancia, pero antes de subir, Sergio lo frenó y devoró su boca. El chico se dejó hacer, abrazado a su cuello.

Se separaron un instante, levantó la mirada y vio que el coche de Alejandro, en el que había llegado a su casa esa tarde, estaba aparcado a tan solo unas plazas de distancia.

Dudaba mucho que el moreno fuera a aparecer, pero si lo hacía, quería que viera y se deleitara con lo que nunca iba a tener.

—Te voy a follar sobre el capó del coche, después puedes llevarme donde quieras.

Jorge no dijo nada, simplemente comenzó a desabrocharse el cinturón ante su atenta mirada y sacó del coche un preservativo y un bote de lubricante. El chico iba preparado para ese tipo de situaciones y era de agradecer en ese momento.

Le entregó las cosas, se bajó la ropa, se giró, abrió las piernas antes de apoyarse en el coche y dijo:

—Fóllame.

Sergio no lo dudó ni por un momento. Vertió un poco de lubricante en sus dedos y comenzó a acariciar la entrada rosada del que iba a ser su compañero de juegos esa noche. Jugueteeó un poco e introdujo un dedo. Poco después otro. Y, finalmente, un tercero. Era consciente de la envergadura de su polla y tenía que prepararlo bien.

Cuando consideró que estaba listo, sacó los dedos del interior de Jorge,

rasgó el envoltorio del condón, se lo colocó y comenzó a penetrarlo poco a poco, intentando no desperdiciar la amplitud que tenía en ese momento su ano, saliendo y volviendo a entrar, hasta que consiguió estar por completo dentro de él.

Paró unos segundos para que el chico se hiciera a la invasión y entonces vio una sombra esconderse detrás de un coche. No necesitó verlo para saber de quién se trataba y eso hizo que se excitara todavía más. Ese niño iba a saber cómo se las gastaba, sabiendo que nunca lo haría con él.

Empezó un baile frenético de placer. Mientras embestía con fuerza a Jorge, este se masturbaba. Continuos jadeos y gemidos salían de la boca de ambos. El placer los estaba consumiendo.

El primero en correrse fue Jorge, haciendo que tensara todos los músculos de su cuerpo, y provocando que Sergio le siguiera.

Salió del chico, hizo que se girara y lo besó con ternura. Si bien era una bestia parda en el acto, después le gustaba mimar a sus amantes, y eso hizo. Acarició su espalda, su culo desnudo, para después hacerlo con su cara. La tomó entre sus manos y dedicó varias caricias con sus labios.

Jorge parecía encantado y eso era algo muy bueno, porque le haría pasar una noche de lo más divertida.

Subieron al coche y se marcharon. Alejandro no salía de su asombro. Por primera vez en su vida, había deseado ser él el que recibiera esas feroces embestidas, el que sintiera sus labios paseando por su cara, devorando su boca.

Abrió el coche y sacó unos pañuelos de papel de la guantera. No lo había podido evitar, cuando vio el espectáculo que era Sergio follando, tuvo que masturbarse mientras miraba.

Subió al automóvil y deseó que el fin de semana pasara y llegara el lunes. Estaba más que seguro de que su madre conseguiría que fueran Sergio y Paty los que cambiaran la instalación eléctrica de la casa.

Alejandro llegó a su casa maldiciendo a Sergio. Ese sensual hombre que había hecho que se corriera en el aparcamiento no se caía de su pensamiento.

—Hola, mi bebé, ¡qué pronto llegaste!

—Sí, estoy cansado. Ya sabes, llevo dos semanas siendo un currante más.

—Ya sabes cómo es tu padre. Aguanta un poco más, seguro que pronto se le pasa.

—Eso espero, porque me tiene agotado, y ¡mira mis uñas, mamá! Ni tocar la guitarra puedo —dijo, poniendo ojos de cachorrillo desvalido.

—Bueno, tú tranquilo. A ver si mañana por la noche consigo convencerlo cuando....

—Para, para, para... No es necesario que me cuentes nada más.

—¡No seas grosero! Iba a decir cuando fuéramos a la cena de gala de la Fundación. Podría ponerlo en un compromiso delante de la gente. Ya sabes cómo es con las apariencias...

—¿Harías eso por mí, mami? —ronroneó, llevándose las manos de la mujer a sus labios para besarlas.

—Por supuestísimo, bebé. Bastante castigo has tenido ya. Además, te necesito aquí la semana que viene, tienen que poner toda la instalación eléctrica de la casa y yo tengo que estudiar el papel de la obra de teatro.

—¡Claro! Papá no va a permitir que estén trabajando aquí sin supervisión.

—Ahí lo tienes, seguro que eso hará que vuelva a dejarte en casa, y cuando se vayan, ya se le habrá pasado el cabreo. Pero...

—¿Pero?

—Tienes que prometerme que no volverás a conducir borracho. Pasamos mucho miedo cuando tuviste el accidente.

—Tranquila, mamá, he aprendido la lección.

Siguieron hablando durante un rato más hasta que los ojos de Gabriela comenzaron a cerrarse. Su hijo la invitó a ir a acostarse, y él se encaminó a su habitación. Dudaba mucho que pudiera dormir, pero intentaría componer un nuevo tema. Tenía la esperanza de que algún día podría conseguir dedicarse a su mayor pasión: la música.

La idea de pasar toda la semana cerca de Sergio le parecía de lo más

tentadora, podría deleitarse con ese cuerpo hecho para pecar, con ese culo que pudo admirar al desnudo un rato antes, y seducirlo de tal forma que sucumbiera a sus encantos.

Quizá, no era tan mala idea volver a la obra tras el cambio de la instalación de la casa. Así podría seguir viendo a Sergio, que para entonces esperaba que ya hubiera pasado por su cama. No pretendía tener una relación con él, pero le gustaba el hecho de que lo torturaría con su presencia, sabiendo que entre ellos no iba a volver a pasar nada más.

Nada, no conseguía centrarse para poder unir notas y palabras, la imagen de Sergio embistiendo a aquel chico, su cara degustando el placer absoluto que estaba sintiendo en ese momento, su expresión al quedarse quieto, apretando contra él al otro hombre mientras se corría.

«¡Maldito seas! Juro que vas a babear por mis huesos y porque te folle como tú estabas haciendo», pensó mientras se tocaba la erección que crecía bajo sus pantalones sin darse cuenta.

Se tumbó en la cama y se tapó la cabeza con la almohada. Tenía que conseguir sacarse las imágenes de Sergio o sería incapaz de conciliar el sueño esa noche.

Vio pasar las horas una tras otra. Eran las siete de la mañana cuando bajó a prepararse algo de comer, su estómago rugía. Se martirizaba porque no entendía qué demonios le había hecho ese hombre para que su imagen no se borrara de su mente. Estaba cabreado con Sergio y con sí mismo por no ser capaz de dejarlo correr. Mucho se temía que ese hombre se iba a convertir en un dolor de cabeza considerable.

—¿Despierto tan temprano? —La voz de su padre lo sobresaltó.

—Sí, no podía dormir.

—¿Y eso?

—Por nada. —No podía evitar estar cortante con él, todavía no le perdonaba que lo hubiera puesto a trabajar en una obra en vez de en cualquier departamento de la empresa.

—¿Sigues enfadado conmigo?

—No.

—Cualquiera lo diría...

—Pues sí, mira, sigo enfadado. Creo que te pasaste con el castigo, sobre todo, porque tengo ya veinticinco años.

—Con tu edad ya tenía yo una empresa. ¿Tú qué tienes, Alejandro? ¿El

dinero de papá? El juguetito que mandaste a la chatarra costó casi cuarenta mil euros, y el que tienes ahora, que es de tu madre, cuesta lo mismo. ¿Cuánto de ese dinero has ganado con el sudor de tu frente?

Por mucho que le jodiera, sabía que su padre tenía razón y entendía que quisiera que tuviera un trabajo, que ganara su propio dinero, pero él quería ser cantante, no fontanero. Bien podría haberlo puesto a trabajar en el departamento de Contabilidad, que para eso había estudiado la carrera de económicas.

—Si tienes razón, papá, pero ¿poniendo tuberías? ¿En serio?

—Así empecé yo, hijo, y creo que no me ha ido tan mal en la vida, ¿no?

Y no siguió protestándole a su padre, porque sabía que tenía razón. El hombre se había matado a trabajar desde que era un adolescente y con la edad que él tenía ahora su empresa ya funcionaba generando millones de las antiguas pesetas.

Preparó un par de sándwiches de jamón dulce y queso, los calentó en la plancha y le dio uno a su padre, firmando así una tregua. Sabía que tarde o temprano volverían a chocar.

*_*_*

Eran las ocho de la mañana cuando Sergio entraba por la puerta del hospital. Había pasado la noche con Jorge en un hotel de las afueras. Al principio se sintió culpable de usar al chico solo para el desahogo por lo que había provocado Alejandro en su verga, pero se le pasó rápido cuando supo que el muchacho estaba felizmente casado y con dos hijos.

Otro más que estaba dentro del armario, con un matrimonio de fachada, y le resultaba penoso que, en pleno siglo XXI, eso siguiera pasando.

Antes de entrar en la habitación del hotel, el hombre le había dejado claro que aquello era algo de una noche, y que se olvidara de él cuando se despidieran en la puerta. Cosa que hizo sentir genial a Sergio, porque en ese momento de su vida era lo que necesitaba. Sexo para desahogo y «hasta luego, Mari Carmen».

Salió del ascensor en la planta donde estaba ingresado su padre, paró en la máquina de café, sacó uno solo, sin azúcar, sin leche, sin edulcorante, pretendiendo que el fuerte sabor y la cafeína lo mantuvieran despierto toda la mañana.

Se lo tomó de un par de sorbos y tiró el vaso en la papelera que había a su lado.

Avanzó hasta la habitación y vio a su padre y a su hermana sumidos en un profundo sueño. Las noches allí cada día eran más tediosas. Horas y horas muertas en aquellos incómodos butacones, pero su padre ya no podía permanecer más tiempo en casa, los dolores eran cada vez más fuertes y no los podía soportar sin chutes extras de morfina. No quedaba nada del hombre que solía ser, el cáncer había ganado la batalla y, por desgracia, solo les quedaba esperar a que llegara el momento en que se apagara definitivamente.

Tocó el hombro de su hermana, que despertó de golpe asustada. Lo miró, se llevó la mano al pecho y se relajó.

—¡Qué ojeras! Lo has pasado bien esta noche, ¿eh?

—Muy bien, Mariola. ¿Cómo ha pasado la noche?

—Bueno, las ha tenido mejores.

—Venga, vete a casa con los niños.

—Le digo a Juan que venga pronto para que te puedas ir a casa. Esta noche me quedo yo otra vez si quieres, así puedes descansar.

—Vale. Mañana me vengo por la tarde y me quedo hasta por la mañana cuando me tenga que ir a trabajar.

—Perfecto. El lunes llego cuando deje a los niños en el colegio.

—Pues venga, vete ya, que los niños tienen que estar echándote de menos.

—No creo, duermen más que tú y que yo juntos.

Sergio sonrió porque sabía que su hermana tenía razón, los niños habían salido a Juan en eso.

Mariola le dio un beso a su padre en la frente, otro a su hermano y salió de la habitación diciendo adiós con un gesto de su mano.

Él se acomodó en el butacón y se decidió a dar una cabezada hasta que el médico pasara a hacer la visita, que solía ser sobre las once. Su padre dormía plácidamente, y dudaba mucho que despertara con la cantidad de medicación que le habían administrado.

El sueño le venció rápido, y se sobresaltó cuando alguien tocó su hombro. Abrió los ojos y no tenía claro si estaba en el hospital o en la habitación del hotel todavía.

No, no estaba loco, aunque lo pensó. A quien menos esperaba encontrar en ese momento y en ese lugar era al hombre en el que se había estado hundiendo toda la noche, vestido con una bata de médico y mirándolo con asombro.

—¿Qué haces aquí, Sergio?

—Me quedé dormido... Es mi padre.

—No tenía ni idea.

—Suelo quedarme por las noches, normalmente es mi hermana la que está por las mañanas, pero anoche me la dieron libre y...

—Ya, ya lo sé —dijo Jorge, sonrojándose al recordar la noche libre de Sergio.

—¿Cómo está?

—Ahora le toca hablar contigo al médico, yo solo he pasado para pedir el parte en el control de enfermería, soy el jefe médico de la planta, y te he visto. Deberíais plantearos ya la sedación. Los dolores son cada vez más continuos y fuertes... Está sufriendo.

—¡Joder! Sabíamos que iba a llegar este momento, pero... —No pudo seguir hablando, un nudo se formó en su garganta y no aguantó las ganas de liberar las lágrimas que anegaban sus ojos.

—Lo siento mucho. Deberías hablarlo con tu hermana, yo estaré en mi despacho. Decidáis lo que decidáis, ve a decírmelo, ¿vale?

—Sí, gracias... ¿Cuánto tiempo le queda?

—Días, no creo que más de una semana.

—En un rato voy a buscarte.

Jorge se acercó a él, puso la mano en el hombro de Sergio y le dio un apretón, transmitiéndole el apoyo que necesitaba en ese momento.

Lo vio salir y cayó derrotado en el butacón. No podía llamar a su hermana en ese estado, tenía que tranquilizarse antes de hacerlo o le daría un buen susto sin haber llegado a decirle cómo estaba la situación.

Miró al techo durante algunos minutos, lloró en silencio para no molestar a su padre, aunque sabía que no debía estar escuchando nada de lo que allí estaba pasando. Se sintió culpable por haber desaparecido la noche anterior, por haberla pasado entregado al placer, mientras su padre se debatía entre la vida y la muerte. Y revolcándose en su mierda emocional, solo hubo un pensamiento que lo sacó de lodazal en el que estaba sumido, el olor de Alejandro cuando rozó su nariz con la de él.

«¡Estoy como una puta cabra!», pensó antes de sacar el teléfono de su bolsillo para llamar a Mariola y darle las malas noticias.

El lunes llegó y Sergio, a pesar de haber pasado dieciséis horas seguidas en el hospital, no tenía mal aspecto; había podido dormir más de lo que nunca hubiera pensado.

Tras pasar por la nave para coger los materiales que necesitaban, llegaron a la casa de Alejandro. Trabajar allí no le apetecía, pero Fabián, su jefe, había sido tajante, y no estaba la cosa para ponerse tiquismiquis. Al menos, le consolaba saber que cierto hombre que le subía el termómetro de la lujuria estaría en la obra del hotel del aeropuerto, y no lo incomodaría con su presencia.

Llamaron al telefonillo que daba acceso a la propiedad y la misma Gabriela León acudió a buscarlos. Sergio no tenía ni idea de quién era, pero Paty se encargó de ponerlo al tanto cuando hablaron por teléfono la noche anterior. Al parecer, la señora era una famosa actriz de teatro.

Sergio levantó la vista y no pudo creer lo que sus ojos estaban viendo. Apoyado en la puerta principal de la vivienda, Alejandro sonreía con ese aire de superioridad que da saber que tu sola presencia incomoda. Gruñó para sus adentros, pero no permitió que el malestar de la situación se apoderara de él.

—Pasad. Os estábamos esperando.

Siguieron sus pasos y pararon en la entrada. Paty saludó a Alejandro y entró en la casa tras Gabriela. Sergio le dedicó un simple «hola», pero le fue imposible continuar el camino, ya que el cuerpo de su pesadilla se interpuso en su camino.

—¿Lo pasaste bien el viernes? —preguntó Alejandro con toda la intención de incomodar a Sergio.

—¿Te gustó el espectáculo? Estoy seguro de que te corraste mientras nos mirabas.

Su respuesta dejó completamente fuera de juego a Alejandro, no esperaba esas palabras por parte de Sergio. Sabía que estaba siendo observado, y que él era quien miraba.

Se apartó de la puerta y lo dejó entrar. La furia de saber que lo había pillado crecía dentro de él a pasos agigantados, y también la necesidad de someter al hombre.

Sergio se anotó un tanto mentalmente. Había devuelto con creces la daga

afilada que Alejandro le había lanzado. Si ese niño de mamá quería guerra, guerra tendría. Tenía claro que sería el vencedor, ahora más que nunca sabía que no sucumbiría a sus encantos.

Paty y Sergio comenzaron a trabajar. La casa era tan grande que, como mínimo, tardarían una semana en tener el cambio de instalación terminado, y todo ello intentando evitar dejarla entera sin luz en todo momento.

Alejandro los estuvo observando con descaro hasta que acompañó a su madre a la puerta. La mujer tenía que ir al banco y a la asesoría para llevar algunas facturas y ponerse al día con los impuestos.

La mañana de trabajo continuó en silencio para los trabajadores. Paty siempre trabajaba así, su concentración siempre era máxima, y Sergio tenía el pensamiento en el hospital. Sorprendentemente, su padre había pasado la mejor noche que había tenido en los últimos días y quería imaginar que era por la sedación que le habían puesto, aunque sabía que también podía ser lo que todos llamaban «la mejoría de la muerte». Por ello, por primera vez desde que había empezado a trabajar en la empresa, su teléfono personal no estaba en silencio.

Habían pasado tres horas desde que Gabriela había salido y ya estaba de vuelta. Sergio tuvo que salir a abrirle manualmente la puerta del garaje, ya que habían empezado a trabajar en la instalación eléctrica del exterior de la vivienda.

La sonriente señora entró y se fue directa a la cocina, explicándole que le gustaba supervisar la comida que se preparaba. En más de una ocasión, había evitado la muerte instantánea de su hijo, debido a la terrible alergia que tenía a los frutos secos.

Sergio se quedó en la entrada, uniendo los cables que acababan de tirar con los nuevos térmicos, y vio a Alejandro bajar las escaleras. En ese preciso instante, su teléfono comenzó a sonar en uno de los bolsillos del pantalón y su corazón galopó sin control.

Lo sacó, vio el nombre de Mariola y supo que había llegado el momento, que sus peores temores se habían cumplido. Descolgó casi sin aliento y no escuchó nada al otro lado.

—¿Mariola?

—Perdona, Sergio... —El llanto no le permitía hablar.

—Cálmate, por favor.

—Ya...

—Voy para allá.

Sergio cortó la comunicación y se quedó mirando el teléfono mientras amargas lágrimas rodaban por su rostro. No supo cuánto tiempo pasó así, hasta que sintió una mano tocar su hombro, sacándolo de sus pensamientos y de su dolor.

—Tío, ¿estás bien? —preguntó Alejandro, haciendo que se girara.

—Tengo que irme. —Asomó la cabeza por la puerta y gritó—: ¡Paty, ven!

Paty acudió rauda a la llamada, con su sonrisa habitual, que desapareció en cuanto vio la cara de su amigo. Corrió hasta él y lo abrazó. Sergio hundió la cara en el hueco entre el cuello y el hombro y lloró desconsoladamente.

Alejandro los observaba sin entender qué estaba pasando, pero sabía que algo grave debía ser. Sintió que se le encogía el corazón y una angustia irracional se apoderaba de él. En ese momento no le importaba una mierda su obsesión por tener al hombre derrumbado que tenía delante, en lo único que pensaba era en poder consolarlo como lo estaba haciendo Paty.

Sergio recobró un poco la compostura y sacó otro teléfono del pantalón. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y respiró hondo.

—Voy a avisar a Fabián para que mande a alguien que te ayude a terminar lo que dejo a medias.

—No te preocupes por eso ahora, yo lo llamo.

—Está bien. Gracias, Paty. Voy a pedir un taxi.

—Yo te llevo... Si quieres.

Sergio se giró para mirar a Alejandro. Vio su angustia en la mirada, no había ni rastro del niño prepotente que había visto desde que lo conoció, y asintió.

—¡Mamá! ¿Dónde están las llaves del coche?

—¿Qué gritos son esos, bebé?

Gabriela llegó hasta ellos y, al ver la estampa que se presentaba ante ella, guardó silencio e indicó a su hijo dónde estaban las llaves.

—¿Estás bien, chico? —preguntó a Sergio, que no podía hablar.

—Su padre acaba de morir —respondió Paty la pregunta.

A unos pasos de ellos, Alejandro escuchó la respuesta y notó que su corazón saltaba un latido. La sola idea de pensar en perder a su padre hizo que le faltara el aire.

—¿Nos vamos? —dijo, intentando guardar la poca calma que habitaba en él.

—Sí.

Los dos salieron de la casa y se subieron al coche. El silencio los acompañó en el camino, pero no era incómodo, simplemente era silencio.

La mente de Sergio no paraba de pasar fotogramas de los buenos momentos vividos con su familia, recordando cada uno de los que había pasado con su padre desde que su madre había muerto muchos años atrás, cuando el hombre fue consciente de que había perdido a su mujer sin haber disfrutado con ella todo lo que debía, y por ello pensaba hacerlo con sus hijos.

Alejandro, por su parte, sentía el dolor de Sergio como suyo propio. Si bien su padre y él siempre habían sido como perro y gato, tenía que reconocer que era uno de los pilares más importantes de su vida, y si algún día le faltara... No podía seguir pensando en eso, tenía que centrarse en conducir o llegarían al hospital, pero en una ambulancia.

Entraron en el recinto y fue Alejandro el que rompió el silencio:

—¿Dónde te dejó?

—Todavía están en la habitación. Déjame aquí y entro por el pasillo de personal.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, y gracias por traerme.

—No tienes que darlas.

Sergio se bajó del coche ante la atenta mirada de Alejandro. Avanzó unos pasos y se encontró de frente con Jorge, que tenía un cigarro en una de sus manos y un encendedor en la otra.

Los dos hombres se miraron y se fundieron en un abrazo. Jorge también había estado llorando, por mucho que no debiera empatizar con los pacientes, Sergio no dejaba de ser especial.

Alejandro reconoció al hombre que abrazaba a Sergio. Era el mismo con el que estuvo el viernes, el que lo recibía con placer y que, de seguro, hizo que pasara una gran noche.

Un sentimiento algo extraño se apoderó de él, una mezcla de dolor y rabia que hizo que saliera de allí a toda velocidad.

Los amantes seguían abrazados. Jorge le acariciaba la espalda, el pelo y hasta depositó algunos besos en la sien izquierda de Sergio. Lo apartó de él y le secó las lágrimas que corrían por su rostro.

—Vamos, te acompaño. Todavía está en la habitación, aunque en breve lo bajarán a la morgue.

Los dos caminaron uno al lado del otro sin hablar, esperaron pacientemente el ascensor, y cuando las puertas se cerraron, Jorge depositó un tierno beso en los labios de Sergio, que no dudó en responder.

El hombre que tenía delante, que todavía vivía dentro del armario para guardar las apariencias, era dulce y cariñoso, y, en ese momento, era justo lo que necesitaba.

El ascensor anunció la parada y ambos se separaron, recobrando la compostura. Con pasos pesados, avanzó por el pasillo, pensando en que le esperaban los días más largos y duros desde la muerte de su madre.

Mientras eso sucedía, Alejandro llegó a su casa con la rabia consumiéndolo. Entró y se encontró de frente con su madre, algo que no esperaba y que hubiera preferido evitar. La mujer lo conocía demasiado bien y sabía que lo iba a interrogar.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Por la cara que traes, cualquiera lo diría.

—En serio, que no me pasa nada. —Intentó avanzar para subir a su habitación, pero su madre le cortó el paso.

—Mírame... —La mujer abrió los ojos como platos y la boca como si fuera el mismísimo león de la Metro Goldwyn Mayer—. ¡A ti te gusta Sergio!

—¡No digas tonterías, mamá! —Tenía que buscar una excusa mejor o no habría quien la aguantara durante días—. Es solo que... Si algún día os perdiera a ti o a papá... —verbalizar esas palabras hizo que se formara un nudo en la garganta.

—Para eso todavía queda, así que no te angusties. Anda, sube a tu habitación y ponte a componer un rato, verás que eso te sube el ánimo.

—Sí, eso iba a hacer. —Le dio un beso en la mejilla a su madre y emprendió el camino.

—Por cierto...

—¿Sí?

—No dudo que te angustie lo que acabas de decir, pero a mí no me engañas, bebé, nunca se te dio bien mentir. A ti te gusta Sergio, digas lo que digas.

La mujer se giró y se encaminó al jardín, dejando a Alejandro ojiplático con lo que acababa de decir. Su hijo era un gran compositor, de eso no cabía duda, pero la interpretación no era lo suyo.

Volvía a ser lunes y Sergio se incorporó a su trabajo en la obra. Por suerte, la instalación de la casa de Gabriela había quedado terminada el sábado por la mañana y no tendría que regresar. Eso haría que Alejandro y él se encontraran en menos ocasiones, ya que los fontaneros iban una planta por debajo de ellos. A menos que se cruzaran en la entrada, salida o desayuno, no tendría que verlo.

El martes, tras la incineración de su padre, comenzó a meter en cajas toda su ropa y el miércoles la entregó a la congregación de monjitas que se ocupaba de arreglar las que estuvieran dañadas y darla a gente necesitada. Eso era lo que el buen hombre quería y no sería él quien se negara a hacerlo.

El jueves volvió a retomar sus tardes de gimnasio. Tenía que seguir con su vida y no había mejor forma que volver a la rutina de su día a día, aunque en su mente ya empezaba a planear la idea de cambiar de ciudad y buscar trabajo en lo que le gustaba. Cosa que no había hecho debido a la enfermedad de su padre.

El viernes pasó el día en casa de su hermana. Por la mañana, fueron a arreglar todos los papeles de la herencia y pusieron en venta la casa en la que habían vivido desde que eran pequeños. Mariola quería que Sergio se quedara con ella, pero él ya tenía en mente volar, así que no podría permitirse mantener dos casas en dos ciudades diferentes.

La tarde la dedicó a ayudar a sus sobrinos con los deberes y a jugar con ellos en el parque, y por la noche acudió a una cena informal en casa de Paty, donde se encontró con Andrés y con Jorge.

Si bien era cierto que no pretendía mantener ninguna relación con Jorge porque no estaba dispuesto a volver a entrar en el armario, a nadie le amarga un dulce y pasaron la noche en su casa.

La curiosidad de Sergio pudo más que él y le preguntó el porqué de su negación ante lo que era. La sorpresa fue mayúscula cuando supo que nunca había tocado a su mujer, que la quería como los buenos amigos que eran, que los niños habían sido concebidos por inseminación artificial, que se habían casado porque sus familias no los aceptarían nunca como eran. Él, gay; ella, lesbiana. Por lo que cada uno vivía su vida sexual fuera de casa como mejor les venía en gana. Jorge salía los viernes y Ángela los sábados.

El médico había resultado ser una gran persona, además de ardiente y cariñoso, y sintió mucha pena por él. Sabía que estaba contento con la relación que tenía con la madre de sus hijos, con su vida en general, pero nunca sería plenamente feliz.

El fin de semana decidió darse una escapada a la playa, más concretamente a Zahara de los Atunes, aprovechando que era final de mayo y hacía calor suficiente para disfrutar de unos buenos baños en sus aguas cristalinas.

El sábado por la mañana una niña lo bañó de arena mientras tomaba el sol. Una pareja de chicos acudió rauda a disculparse e imaginó que era su hija, pero no, no era así. A pesar, de que la pequeña se llamaba Carlota y uno de los hombres Carlos, eran padrino y ahijada. El otro hombre se presentó como Daniel y los tres iniciaron una relación cordial al instante. De hecho, pasaron prácticamente todo el día juntos y acabaron intercambiando sus números de teléfono.

El domingo, cuando estaba haciendo el check out, se sorprendió al verlos allí, porque no sabía que vivían en el pueblo. Casualidades de la vida, los dos trabajaban en el hotel y la chica que le estaba atendiendo en la recepción era la madre de Carlota. La pobre mujer se deshizo en disculpas y Sergio insistió en que no se preocupara, que eso eran cosas de niños que podían pasarle a cualquiera.

Volvió a casa y durmió durante doce horas seguidas, aunque, muy a su pesar, en sus sueños se coló cierto joven impertinente, malcriado, con los ojos llenos de lujuria y que provocaba que su polla reaccionara cada vez que lo tenía cerca. No habían empezado con muy buen pie, pero tuvo que reconocerse a sí mismo que el detalle de llevarlo al hospital, sin puñales ni indirectas de por medio, había hecho que su concepto de él variara un poco. Ese día vio auténtica preocupación y congoja en sus ojos, algo que nunca habría esperado de Alejandro.

De un golpe seco encajó en la pared el mecanismo que tenía entre manos. Miró el reloj y comprobó que su estómago no rugía por gusto, eran más de las diez y media y estaba pidiendo alimento.

Subió a buscar a Paty, que estaba en la octava planta, lo raro era que ella no hubiera ido a buscarlo antes. Su hambre solía ser más fiera que la de él.

—Hola, petarda. ¿Hoy no tienes hambre?

—¡Hostias! Se me fue el santo al cielo. ¿Bajamos?

—Yo había pensado en quedarnos aquí... —No quería encontrarse con

Alejandro.

—Te recuerdo que la máquina de refrescos está abajo.

—¿Bajas tú?

—A ver, ¿qué pasa? Porque no es normal que tú quieras quedarte aquí, aislado de todo el mundo.

—Nada, solo que hoy no tengo ganas de ver a nadie.

—¿A nadie o a alguien en especial? ¿Crees que no me he dado cuenta de que te pones nervioso cuando Alejandro está cerca?

—¿Alejandro? ¿En serio? Tú estás mal de la cabeza, chica, ¿acaso no te has dado cuenta de que me cae como una patada en los cojones?

—Sí, claro...

—Es un niño mimado, prepotente y malcriado que quiere que pase por su cama y, como no estoy dispuesto a seguirle el juego, siempre anda pinchándome. ¡Es insoportable!

—Lo sé, pero de que te pone, te pone.

—Anda, venga, vamos a bajar. No quiero seguir escuchando tonterías, y estando los dos solos, no vas a parar.

Bajaron las escaleras y los peores temores de Sergio se hicieron realidad, de la sexta planta salían Alejandro y algunos compañeros más. Le consolaba saber que, al menos, no se habían encontrado a solas y no tendría que aguantar sus estúpidas insinuaciones.

Iba a continuar su camino, pero la mano de Alejandro tomó su muñeca, haciendo que frenara y lo mirara desconcertado.

—Espera un momento, por favor.

—No...

—Solo quería saber cómo estás.

Esas palabras, salidas de los preciosos labios de Alejandro, y su mirada sincera hicieron que Sergio abandonara su actitud defensiva.

—He tenido tiempos mejores, pero estoy bien.

—Imagino que es normal que te sientas así, solo ha pasado una semana...

—Gracias por preguntar. Si no te importa, voy bajando o Paty se comerá mi desayuno.

Necesitaba poner un punto de humor para romper el momento, ya que su subconsciente empezaba a gritarle que tomara su mano y la acariciara. Por experiencia, sabía que de ahí a terminar empotrándolo en uno de los pasillos y dándole lo que él tanto ansiaba había un solo paso, y no, no estaba dispuesto.

Alejandro soltó una carcajada sincera, de esas que no se pueden controlar, y uno detrás del otro continuaron bajando las escaleras hasta llegar a la planta baja, donde Paty los esperaba con una sonrisa traviesa que hizo que Sergio pusiera los ojos en blanco. Ya estaba la alcahueta de su amiga viendo unicornios vomitando arcoíris... Bueno, en el caso de Paty, el arcoíris saldría de un peo, porque soñadora era un rato, pero a bruta no la ganaba nadie.

«Es tan mariliendre...», pensó Sergio mientras avanzaban hasta la máquina de refresco y volvía a ignorar a Alejandro —o, al menos, lo intentaba—, como había hecho desde que se conocieron hacía diez días en las escaleras.

Sacaron las bebidas y subieron de nuevo hasta la planta donde Sergio estaba trabajando. Empezaron a desayunar en silencio, pero sabía que Paty se moría por preguntarle qué había pasado con Alejandro, por qué se habían quedado a solas, y no quiso hacerla sufrir más.

—Venga, suéltalo, ¿qué quieres saber?

—¿Os habéis comido los morros? ¿Habéis quedado para esta noche?

—Ya te he dicho que no quiero nada con ese chico ni él conmigo —mintió—, solo quería saber cómo estaba por lo de mi padre.

—Pues cualquiera lo diría, te mira con ojos golosos y a ti te cuesta esconder la anaconda que se aprieta en tu pantalón.

—¿Siempre tienes que ser tan basta? —Paty sonrió pícaro—. No, no necesito que me cuentes cómo será tu lengua en la cama.

—A Andrés le vuelve loco mi lengua.

Sergio sintió cómo la losa de interrogatorio de su amiga desaparecía, ahora le tocaba a él incomodarla, y no iba a tener piedad con ella.

—Te gusta Andrés, ¿eh?

—Folla bien. —Sergio puso los ojos en blanco, su amiga nunca cambiaría su forma de hablar, aunque sabía que, en el fondo, eso solo era una coraza con la que enfrentar el hecho de trabajar en el mundo de la construcción.

—No me refiero a eso, y lo sabes. Dices su nombre y se te pone la sonrisa tonta.

—Pero ¿no estábamos hablando de ti y de Alejandro?

—¡Ay, no, tía! Ahora te toca sufrir a ti. Donde las dan, las toman, no lo olvidas nunca.

Desde la entrada de la planta en la que estaban desayunando, Alejandro escuchaba la conversación que estaban manteniendo. Sabía que eso no estaba bien, pero no había podido resistirse. Su madre tenía razón, Sergio le gustaba

mucho, y no iba a darse por vencido tan fácilmente: hasta que no pasara por su cama, no pararía.

Pensó en lo que Paty había dicho, en que su polla había reaccionado al verlo, y eso hizo que una sonrisa se pintara en su cara, aunque Sergio hubiera dicho que él no le gustaba. Estaba seguro de que todavía tenía una esperanza.

Bajó las escaleras antes de que la deslenguada saliera por la puerta, no le interesaba ser descubierto, intentaría mantenerse al margen y al acecho, para poder atacar en el momento perfecto y evitar que su presa se escapara.

Su teléfono empezó a sonar cuando ya estaba en su puesto de trabajo. Miró la pantalla, vio el nombre de su padre y aprovechó la privacidad que en ese momento tenía, sus compañeros aún estaban desayunando en la planta baja.

—Dime, papá.

—¿Es cierto que estás en la obra? Tu madre me lo acaba de decir.

—Sí, te dije que continuaría trabajando aquí hasta que termináramos la obra...

—Pero creí que no lo decías en serio.

—Pues no entiendo por qué —espetó indignado.

—Bueno, vale, menos mal que lo he sabido a tiempo. No estás dado de alta ahora mismo, ¡insensato!

—¿Insensato? Eso lo serás tú, que yo te dije que venía —protestó enérgicamente.

—Tienes razón. No te preocupes, llamo ahora mismo a la asesoría y lo solucionan, pero...

—¿Pero? —bufó.

—No se te ocurra decirme mañana que ya no quieres volver a la obra. Cachondeo de ahora sí, ahora no, no pienso tolerarlo... Así que decide: o sales ahora mismo de la obra o te quedas hasta el final.

—Confía en mí, papá. Te prometo que me quedaré hasta que hayamos terminado.

—Eres Alejandro, ¿verdad? Tengo la impresión de que es alguien gastándome una broma.

—¡Gracias por la confianza, hombre! —gruñó.

—Hijo, entiéndeme.

—Vale, tienes razón, nunca he sido muy de fiar, pero confía en mí esta vez.

—Está bien. Te veo luego en casa y me firmas el contrato.

Alejandro colgó y guardó el teléfono. Había vuelto a la obra para poder

ver a Sergio, pero ahora sentía la necesidad de demostrarle a su padre que había algo en él que estaba cambiando. Seguía dándole vueltas a la cabeza al dolor que sintió al pensar en que fuera él el que hubiera perdido a su padre. Sentimiento que le hizo mirar atrás y darse cuenta de que, a parte de estudiar la carrera, no había hecho nada para forjar su futuro. Lo que le llevó a pensar que no era precisamente al hombre que acaba de colgar el teléfono a quien quería demostrar algo, sino a sí mismo.

El ruido de sus compañeros de trabajo volviendo a su puesto lo sacó de sus pensamientos. Era hora de afrontar el resto de la mañana, hasta que dieran las tres y volviera a su hogar, dulce hogar, donde seguiría componiendo canciones y tocando su guitarra.

Sí, ya empezaba a tener los pies en la tierra. Tenía que trabajar, labrar lo que sería el día de mañana, y dejar los sueños para los ratos libres, para las tardes de descanso, para los viernes de karaoke y los fines de semana de jardín junto a su madre.

Su madre...

«¡Dios, he olvidado por completo que esta noche se estrena la obra!», pensó llevándose las manos a la cabeza.

Volvió a sacar el teléfono del bolsillo, llamó a la floristería y encargó el ramo de flores más grande que fueran capaces de montar. Sabía que le gustaba tener el camerino lleno de ellas, que le relajaba el olor, aunque eso hiciera que muchas veces no pudiera acompañarla por su terrible alergia al polen de todas las jodidas flores que había sobre la faz de la tierra.

6

La semana estaba siendo agotadora, y las horas pasaban lentamente en reloj. Alejandro no veía el momento en que dieran las tres y poder volver a casa.

Había hablado con su padre la tarde anterior sobre la obra. El hombre estaba muy contento de ver que su hijo estaba cumpliendo con lo que le había prometido y hasta se atrevió a decirle que estaba orgulloso de él.

Alejandro no podía creerlo cuando lo escuchó de su boca, ya que nunca le había dicho nada igual, lo que no quería decir que no lo pensara. Solo que no solía decirlo porque habían sido pocas las ocasiones en las que había sentido eso viniendo de su hijo.

Al contrario que el resto de la humanidad estaba deseoso de que llegara el lunes. Una locura teniendo en cuenta que era viernes y podría disfrutar de dos merecidos días de descanso. El motivo no era otro que el de saber que la cuadrilla de fontaneros se dividiría en dos la semana siguiente. Una seguiría instalando los sanitarios de las plantas que quedaban y, la otra pasaría a las cocinas, donde trabajarían codo con codo con los electricistas, es decir, con Sergio.

Se habían visto durante toda la semana a la hora del desayuno y en la salida. Aunque no habían sido muchas las palabras que habían cruzado, Alejandro sentía que poco a poco las cosas no estaban tan tirantes entre ellos, que el musculoso moreno de sonrisa pícaro estaba bajando las defensas con respecto a él.

Ese día no se habían cruzado a la hora de desayunar. Tanto Paty como él estaban trabajando a destajo para terminar cuanto antes lo que les quedaba, que a esas alturas tan solo era una planta.

Se asomó al descansillo de las escaleras con toda la intención de intentar escuchar algo si hablaban los dos amigos, pero lo que menos esperaba era que, una planta más arriba, Sergio estuviera en el mismo lugar que él hablando por teléfono.

—No, no tengo planes... Pues me parece una buena idea, estoy cansado y hoy no me apetece salir de marcha... Sí, podemos quedarnos en mi casa, ver una peli, comer palomitas... Sí, eso también. ¿Acaso piensas que soy un romántico y que nos quedaremos dormidos y abrazados hasta la mañana

siguiente? Por cierto, ¿te encargas de comprar lubricante?... Bueno, luego hablamos, que tengo que seguir trabajando.

Conforme Alejandro escuchaba la conversación, una presión se instaló en su pecho y comenzó a subir las escaleras sin poder controlarlo. Estaba detrás de él cuando dijo las últimas palabras y fue consciente de que la había cagado, pero ya no tenía tiempo de desaparecer, así que tendría que buscar una buena excusa para explicar su presencia. No podía decirle lo que sabía que significaba esa angustia: eran celos.

—¡Joder, tío! ¡Qué susto me has dado! —espetó Sergio al girarse y encontrarse con quien menos esperaba—. ¿Qué haces aquí?

—Venía a comprobar cómo vais. Hoy no creo que nos dé tiempo, pero el lunes subiremos ya a esta planta.

—El lunes terminaremos nosotros, así que no creo que os estorbemos. Solo nos quedan algunas habitaciones...

—Creía que las terminaríais hoy.

—No, no nos da tiempo. Íbamos a echar horas extras, pero Paty tiene médico. Aun así, no os preocupéis, que el lunes terminamos antes de que nos alcancéis.

—Vale...

—¿Algo más?

—Nada. Disfruta de esta noche con tu novio, creo que lo vais a pasar muy bien —bufó Alejandro, con toda la intención de pinchar a Sergio.

—No, no es mi novio, es un amigo...

—Yo no me empotro a mis amigos en un aparcamiento, donde puedes ser visto por cualquiera.

—Lo que haga con mi vida sexual es cosa mía.

Sergio se giró y entró en la planta, intentando controlar las ganas de estrangular a Alejandro. El muy maldito, con ese ataque de celos velado, había conseguido que se excitara.

Acababa de hablar con Jorge, al que iba a ver por tercer viernes consecutivo, después de haber dejado claro en una de sus muchas charlas telefónicas esa semana que lo que había entre ellos no pasaría de ser sexo entre amigos. Para nada le apetecía empezar ahora una relación, mucho menos del tipo que sería la que tendrían, entre otras cosas porque, cuando terminaran la obra del hotel y vendieran la casa de su padre, pretendía irse a Madrid o Barcelona y buscar trabajo en lo que más le gustaba.

Estaba tan contento por lo que la noche prometía dar de sí con Jorge, y llegó Alejandro a fastidiarlo todo. Seguiría siendo maravillosa, no tenía duda, pero mucho temía que el jodido niño de papá estaría presente en sus pensamientos, muy a su pesar.

Respiró profundamente antes de entrar en la habitación donde estaba Paty, no quería que se diera cuenta de lo mucho que le había afectado el encuentro con Alejandro, ella sabría al instante que estaba así por él y no tenía ganas de escucharla.

—Pensé que te habías ido y no me habías dicho nada, Flacucho.

—Sabes que odio que me llames así fuera de nuestro entorno... Estaba hablando por teléfono con Jorge.

—¿Habéis discutido?

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque traes una cara de cabreo considerable. Vamos, que solo te la he visto cuando... ¿Has visto a Alejandro?

—En serio, deberías dedicarte a leer las caras de la gente. No hay quien te oculte nada. Sí, lo he visto y ha hecho que tenga ganas de asesinar a alguien.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues me ha dicho que lo pase bien con mi novio esta noche, yo le he dicho que Jorge es un amigo y me ha soltado que él no se empotra a sus amigos en los aparcamientos públicos...

—Espera, espera, espera..., que me estoy perdiendo. ¿Qué es eso de empotrarse amigos en aparcamientos? —preguntó Paty, con la confusión reinando en su rostro.

—¡Mierda! Me haces hablar más de la cuenta, pero, bueno, ya te lo cuento. ¿Recuerdas el día que conocimos a Jorge y Andrés.

—Sí, lo recuerdo.

—Que Jorge y yo nos fuimos mientras vosotros os estabais comiendo los morros. —Paty asintió en respuesta—. Pues llegamos al coche y se nos fue de las manos.

—¿Y cómo lo sabe Alejandro?

—Nos vio en el aparcamiento y se quedó hasta que terminamos... Y...

—¿Y?

—Yo sabía que nos estaba viendo, pero como se comportó como un prepotente engreído en la barra del karaoke, decidí continuar y darle un buen espectáculo.

—Quillo, eres muy malo. El muchacho quería tema contigo y tú te follaste a otro delante de él.

—Después me di cuenta de que no estaba bien lo que había hecho, pero es tan impertinente... ¡Me saca de mis casillas! Tía, que me ha montado algo parecido a una escenita de celos porque estaba hablando con Jorge. Vamos...

—Lo que no entiendo... Lo insultas y me haces creer que lo odias, pero te empalmas cada vez que hablamos de él. ¿Por qué no te lo tiras?

—Porque es un niño de papá que tiene todo lo que quiere, y yo no soy el trofeo de nadie.

—En eso tienes razón...

—¿En qué piensas? Tu cara no augura que sea nada bueno.

—¿Y si... lo puteamos un poquito? —preguntó, poniendo cara de niña buena y muy traviesa.

—No, Paty, ya sabes que no me gustan esas cosas.

—Pero puede ser muy divertido... Además, si dices que no te gusta y que no lo aguantas, ¿qué más te da?

—No me parece bien.

—¡Qué aburrido eres! Está bien, no haré nada.

Paty siguió trabajando, dándole la espalda. Desde un principio, no había pretendido gastarle ninguna broma ni putear a Alejandro, solo lo había dicho para ver la reacción de Sergio, la que le confirmaría si realmente le caía tan mal el chico o si, por el contrario, le gustaba más de lo que quería reconocer. Y lo segundo había ganado de manera clara.

Ahora le tocaba idear un plan infernal, que incluyera a Alejandro y a Sergio juntos en la misma habitación y a solas. Le encantaba ser una alcahueta, lo disfrutaba, y siempre que podía ponía en marcha sus maldades, aunque solo lo hacía cuando estaba segura de que las cosas saldrían bien. Sí, era una mariliendre de manual, Sergio no se había equivocado al darle el cargo muchísimos años atrás.

Una planta más abajo, Alejandro tenía ganas de darse un chocazo contra una pared. No entendía por qué había sentido celos del tal Jorge, si Sergio tan solo era un capricho, si tras pasar por su cama le daría una patada en su culo caliente y no lo buscaría nunca más.

Un revuelo se formó en la habitación contigua a la que él estaba. Acudió raudo para saber qué pasaba y se encontró con los trabajadores parados y un hombre alto, vestido con una camisa que se ajustaba perfectamente a un cuerpo

musculoso de horas de gimnasio, y un pantalón que hacía que un culo de lo más apetecible se levantara respingón y con aspecto bastante durito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alejandro, un poco desconcertado por el monumento hecho hombre que tenía delante de él.

—Nada. Soy inspector de trabajo y necesito sus DNIs para...

—Sí, claro. Chicos, sacad los DNIs o como sea que se llame en vuestros países.

—El suyo también.

—Sí, por supuesto.

Alejandro sacó la cartera del bolsillo del pantalón. Había intentado mantener a raya los nervios por la inspección y por el maromo que tenía delante, pero no lo había conseguido del todo y, al sacar su carné, un sobre monodosis de lubricante cayó.

El inspector miró a Alejandro, que estaba colorado como un tomate maduro, después miró al suelo y vio lo que allí descansaba. Se agachó, lo cogió y, al levantarse, escaneó el cuerpo del dueño del sobrecito.

—Debería tener cuidado con esto; si se rompe, echará a perder todas sus tarjetas.

Alejandro no pudo contestar, todo aquello le estaba superando, y hasta juraría haber visto al inspector guiñarle un ojo por encima de las gafas para ver de cerca.

—¡Vaya! Alejandro Riquelme León... ¿Eres el hijo del jefe?

—Eso dice mi madre —dijo, y se arrepintió al instante. Ese tipo de cosas las soltaba delante de algún conocido de su padre, pero no era chiste para aquella situación.

—Muy bien. Pues dígame a su probable padre que necesito los contratos de todos los trabajadores que están aquí.

—Claro.

Alejandro sacó su teléfono y marcó el número de su padre ante la atenta mirada de todos los trabajadores. Era la única condición que había puesto para trabajar en la obra, que nadie supiera que era el hijo del dueño, y ahora todos estaban al tanto.

—Papá, tenemos una inspección de trabajo... Sí, todo bien, solo necesitan los contratos de los trabajadores, pero aquí no los tenemos... Vale. —Se quitó el auricular de la oreja y se dirigió al inspector—. Me dice que si quiere que se los mande por correo electrónico.

—Sí, vale.

—Pues tenga, dígaselo para que pueda enviárselos.

El hombre salió pegado al teléfono y se vio obligado a enfrentarse a sus compañeros, que no tenían cara de buenos amigos.

—Sí, soy el hijo del jefe, y sé que pensaréis que me mandó aquí para controlaros, pero no es cierto. Lo hizo para castigarme por empotrar mi coche contra una farola y mandarlo a la chatarra. Jamás le he contado nada de lo que aquí se ha hablado ni de lo que hemos compartido en esta obra. Os lo juro... ¿Os estáis riendo de mí?

—Sabemos quién eres, no tienes que disculparte. Paty, la electricista, nos puso al tanto. Sabemos que eres un buen tipo, has trabajado con nosotros codo con codo y nunca has alardeado de nada.

—Ufff. ¡Qué peso me habéis quitado de encima! Tarda mucho este hombre, ¿no?

—Tranquilo, muchacho, que no te voy a robar el móvil —sonó la voz del inspector detrás de él—. Todo está en orden. Solo tienen que firmarme este papel y los dejaré seguir trabajando.

El inspector pasó una carpeta con un papel en el que todos fueron firmando. Al llegar a Alejandro, se entretuvo enganando algo más antes de pasárselo. Cuando lo cogió, no podía creer lo que vieron sus ojos.

Tienes mi número en tu agenda.

Si no tienes nada que hacer esta noche, podríamos tomar algo.

Rubén.

Tras la marcha del inspector, Alejandro, aunque desconcertado por lo que acaba de pasar, siguió trabajando con sus compañeros. Nadie le había entrado nunca de una manera tan directa, normalmente era él el que hacía esas cosas, como había pasado con Sergio la noche del karaoke.

Las horas pasaron y llegó el ansiado momento de volver a casa, darse una ducha, comer con sus padres y disfrutar de una tarde relajada componiendo una nueva canción para el grupo de unos amigos. Muchas veces soñaba con ser un compositor de éxito y hacer canciones para grandes estrellas, pero eso lo veía cada vez más lejos, sobre todo, desde que se había propuesto empezar a tener los pies en la tierra y labrar su futuro.

Salió de la planta en la que estaba trabajando ensimismado en sus pensamientos cuando escuchó las risas de Paty y Sergio bajando de la suya. Y, entonces, lo vio claro. La mejor forma de sacar a ese maldito electricista de sus pensamientos era quedando con el inspector buenorro que había grabado su número en el teléfono.

—¡Alejandro! —exclamó Paty al verlo—. ¿Qué tal os ha ido la inspección?

—Bien, lo tenemos todo en regla.

—¡Guay! A nosotros también nos ha ido bien. Oye, ¿vas a ir esta noche al karaoke?

—Lo dudo, me ha surgido un plan más interesante con un «amigo» —dijo esa última palabra con un toque de retintín que a Sergio no le pasó desapercibido.

—Pues creo que iré yo sola con Andrés..., si es que llegamos. —Los dos hombres la miraron entre sorprendidos y divertidos—. A ver, no me miréis así, que vosotros vais a follar esta noche igual que yo, dejaos de tonterías.

—No me acostumbro a escucharte hablar así —dijo entre risas Alejandro.

—No lo hago yo que la conozco desde que tenemos uso de razón... —soltó Sergio.

—Por cierto, mañana dan un concierto unos amigos en una sala cerca del karaoke. Si os apetece un poco de música en directo... —frenó la perorata porque temía que Sergio pensara que estaba deseoso de verlo.

—Suenan bien, pero... ¿qué tipo de música es? Porque yo no aguanto el

heavy ni cosas de esas.

—Tranquila, es pop rock. Todavía no me ha dado por componer nada de heavy metal.

—¿Tú compones canciones? —preguntó Paty más que sorprendida.

—Sí, he sacado la vena artística de mi madre.

—¡Ah! Pues sí, estaría bien, cuenta con nosotros, ¿verdad, Sergio?

Sergio sintió ganas de darle una colleja a Paty. No podía creer que lo hubiera puesto en ese compromiso, y encima tendría que ir solo, porque la noche del sábado correspondía a la mujer de Jorge, y, para terminar de rizar el rizo, estaba seguro de que Alejandro acudiría con ese «amigo» que había mencionado antes.

Mentalmente, se juró matar a su amiga cuando estuvieran solos antes de responder a la invitación.

—Lo veo bien, no tengo planes para mañana con ningún «amigo».

—En serio, ¿podéis dejar ya de jugar a quién la tiene más grande? Me exasperáis...

Los dos hombres se miraron pasmados ante las palabras de Paty, aunque sabían que tenía razón, que los dos habían empezado esa guerrilla de «amigos» y tenían bien merecido su comentario.

La siguieron en silencio escalera abajo, pensando en lo que les acababa de decir y enfurruñados por la razón que contenían sus palabras. Llegaron al aparcamiento y se dirigieron a los coches, que estaban aparcados a unos metros el uno del otro.

—Alejandro, mándame un mensaje con la ubicación de la sala y la hora.

—De acuerdo.

Paty y Sergio se subieron a la furgoneta de la empresa. Él con cara de pocos amigos, cosa que hizo que la mente diabólica de ella sonriera en silencio. Sabía que le esperaba una buena tormenta, pero era buena calmándolas.

—Sabes que tengo ganas de matarte, ¿verdad?

—Tampoco es para tanto, solo vamos a pasar un rato tranquilo, escuchando buena música.

—No sé, a lo mejor a mí no me apetecía pasar la noche del sábado en el mismo recinto que ese niño.

—Pero si mañana no vas a ver a Jorge, ¿qué más te da?

—¿Desde cuándo tienes tanta amistad con él como para darle tu número de

teléfono?

—Eeh... Ese chico no es tan superficial como tú lo pintas.

—Contesta.

—El día que murió tu padre, me lo pidió para llamarme más tarde y saber cómo estabas.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—¿Cambia en algo las cosas?

—No, pero... Bueno, no importa. Mañana me dices a qué hora quedamos y espero no terminar por matarte de verdad.

Paty arrancó el coche riendo a carcajadas. Empezaron el camino hasta la casa donde vivía Sergio y después se fue directa a la nave para soltar la furgoneta.

Sergio no podía creer que le hubiera jugado esa mala pasada, y solo había un motivo por el que podría haberlo hecho: estaba seguro de que estaba alcahueteando y de que tenía algún plan maléfico para hacer que Alejandro y él acabaran en la cama.

Alejandro llegó a casa exhausto. Necesita una buena ducha urgentemente y un buen plato de comida. Tras saludar a su madre, subió rápido a su dormitorio, se quitó la ropa, dejó el teléfono sobre la mesita de noche y se dirigió al cuarto de baño de su habitación, pero se volvió rápidamente y tomó en sus manos el móvil.

Estaba decidido, esa noche iba a divertirse con el inspector, y lo iba a invitar a ir el sábado al concierto. Sergio no iba a llevar pareja, lo había dicho, pero él sí lo haría —o lo intentaría— para así demostrarle que no estaba suspirando por sus huesos —aunque la realidad fuera otra muy distinta—.

Entró en la aplicación de WhatsApp, buscó el contacto y escribió:

Dónde y a qué hora.

Dejó el teléfono en el mismo sitio en el que lo había hecho la primera vez y entró en el baño. Abrió la mampara de cristal y giró el grifo del agua caliente. Mientras orinaba, daría tiempo a que llegara.

Entró en la ducha y reguló el calor para no quemarse. Se puso debajo del chorro y estuvo un par de minutos sin moverse. Su cabeza estaba llena de pensamientos dispares que debía poner en orden, pero no sabía por cuál de ellos empezar.

Enjabonó todo su cuerpo con deleite, era un hedonista que adoraba su físico. Llegó a su flácida verga y le dedicó algunas caricias, haciendo que empezara a despuntar una leve erección. Sonrió al ver la reacción de su cuerpo.

—¡Ay, amiga! Tengo la impresión de que esta noche nos lo vamos a pasar muy bien.

Tras enjuagarse y secarse con una toalla, volvió a su habitación y se fue directo al ropero. Sacó ropa cómoda y fresquita, ya que el calor comenzaba a apretar. Pensó en ponerse un pijama, pero se decidió por un bañador y una camiseta de tirantes, ya que darse un baño en la piscina después de comer, se le antojó más que conveniente.

Bajó las escaleras y encontró a su padre entrando en casa. El hombre se veía muy cansado y, aunque no era demasiado mayor, tanto trabajo hacía mella en él.

—Hola, papá. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—. ¿Qué tal el día?

—Agotador.

—¡La comida ya está lista! —gritó su madre desde el comedor.

—Vamos, no hagamos esperar a tu madre.

Los tres se sentaron a comer, comentando sus respectivos días. Gabriela se había levantado tarde, ya que la noche anterior había actuado. Escuchó con una sonrisa en la cara hablar a los dos hombres sobre el trabajo, y le agradó mucho la cordialidad que había entre ellos.

—Alejandro, quería proponerte algo. Cuando terminéis la obra del hotel del aeropuerto, ¿te gustaría que te buscara un trabajo en la oficina?

—No —respondió de manera tajante y vio un halo de decepción en el rostro de su padre—. Preferiría seguir en las obras... Si te parece bien, claro.

—¿¡En las obras!?! —dijeron al unísono sus progenitores.

—Sí. Me gusta el trabajo y se me da bastante bien.

—Pero, bebé, en la oficina estarías mucho mejor...

—Es probable, pero no sé, me siento cómodo con los compañeros.

—Por mí no hay problema, aunque si en algún momento decides que quieres trabajar en la oficina, solo tienes que decírmelo.

—¡Guay!

Gabriela y Antonio se miraron atónitos. Ella estaba disgustada porque su bebé estaría trabajando demasiado duro sin necesidad; él se sentía orgulloso

de que su hijo estuviera cambiando y se lo estuviera demostrando día a día en los últimos tiempos.

Terminaron de comer y Alejandro se fue directo a la piscina. Nadó unos largos y se alegró al ver que su padre también estaba dispuesto a compartir un baño. Hacía mucho tiempo que no hacían cosas juntos, pero desde que empezó a trabajar, esos momentos habían empezado a ser una constante, y eso le gustaba.

Media hora después, salió del agua y fue directo a su habitación al recordar que no había mirado si Rubén le había contestado, y ya pasaban más de dos horas desde que le había escrito. Esperaba que el hombre no se lo tomara mal y hubiera decidido cancelar la cita.

Se secó bien las manos y cogió el teléfono. Sí, le había mandado un escueto mensaje:

A las diez. ¿En tu casa o en la mía?

Rápidamente, respondió:

En la tuya, no creo que a mis padres les haga gracia escuchar nuestros gemidos.

Desde el otro lado del teléfono, Rubén no pudo evitar reír. Alejandro era tan directo como él, justo como le gustaban los hombres, y se felicitó a sí mismo por haberle lanzado la caña en la obra.

Lo había visto entrar por la mañana temprano, cuando había hecho un poco de trabajo de investigación. Estaba seguro de que era tan gay como él, su radar nunca fallaba, al igual que el electricista, aunque el fontanero le gustaba muchísimo más que el otro hombre, y por eso no había dudado ni por un instante en entrarle. No necesitaba los contratos, todo era una vil patraña, pero así había conseguido su teléfono y había grabado su número en él. Esa noche se encargaría de grabarle otras muchas cosas.

Eran las seis de la mañana cuando Alejandro entraba por la puerta de su casa completamente agotado. Había pasado una noche espectacular con Rubén, que había resultado ser tan ardiente como imaginaba.

Llegó a las diez en punto a la dirección que le había dado. El inspector vivía en un ático de la zona centro de la ciudad, decorado con un gusto exquisito, aunque demasiado sobrio para él. Estaba acostumbrado a vivir en una casa que estaba llena de alma, que tenía esa sensación de hogar que le faltaba al piso de Rubén. Pero eso no era algo que le preocupara demasiado, lo único que le importaba era el hombre que allí habitaba.

El primer polvo fue un «aquí te pillo, aquí te mato» contra el respaldo del sofá. Rubén no puso pegas en ser el pasivo en ese momento y fue algo que Alejandro agradeció, su polla estaba deseosa de penetrar en aquel culo prieto desde el mismo momento en que lo vio de espaldas en la habitación del hotel esa mañana.

Estaba deshaciéndose del condón cuando sonó el timbre de la puerta. Rubén se subió los pantalones, se alisó la camisa con las manos y abrió tras comprobar que Alejandro estaba visible.

Era un repartidor con dos cajas de pizza. El inspector no se había currado demasiado la cita, tenía claro que habían quedado para follar, nada de romanticismos de por medio, y eso era algo que le encantaba.

Rubén le entregó las cajas a Alejandro y se fue hacia la cocina, de donde volvió con un par de cervezas en las manos. Ambos se sentaron a la mesa y comieron con ansia hasta que las cajas quedaron vacías, iban a necesitar muchos carbohidratos para la noche que iban a pasar.

Y así fue. Rubén era pasivo y activo a partes iguales. Cosa que no le hizo mucha gracia a Alejandro, ya que su naturaleza era estar siempre arriba, aunque se dejó llevar y no se arrepintió de ello. El inspector había sabido cómo llevarlo al orgasmo con cada embestida, golpeando de forma certera su próstata y haciendo que se corriera hasta perder el aliento.

Antes de salir de su casa, recordó que había pensado en invitarlo esa noche al concierto de sus amigos. La suerte estuvo de su lado y Rubén aceptó, le vendría genial para bajarle los humos a Sergio.

Tras tomar un vaso de agua fría, subió a su habitación y se dio una ducha.

Las piernas le temblaban por el desgaste físico de estar toda la mañana trabajando y toda la noche follando.

Sin pararse a ponerse el pijama, ni tan siquiera la ropa interior, se tumbó en la cama, seguro de que no tardaría mucho en conciliar el sueño, pero estaba muy equivocado.

Entraba en la primera fase del sueño con las imágenes de Rubén rendido al placer que le daba, pero Sergio se coló en sus pensamientos. Había pasado una noche increíble, con un hombre increíble, y no había conseguido sacarse de la cabeza al maldito electricista. Y, para terminar de rematar la faena, a su verga no le había parecido suficiente el maratón que había tenido y se levantaba gloriosa, deseosa de recibir atenciones. La acarició, intentando darle calma, la tenía sensible, demasiado para masturbarse.

Se tapó la cara con la almohada y ahogó un grito de frustración. No podía estar pasándole eso, no podía estar tan colgado de Sergio, hasta el punto de que su mente fantaseara con que la persona con la que había tenido sexo desenfundado era con él, no con Rubén.

Se levantó de un salto y cogió un cuaderno. Aunque no pudiera ponerse a tocar la guitarra en ese momento, tenía una melodía rondando y unas cuantas letras que querían ser escritas.

¿Por qué, en la mirada de otros, busco la oscuridad de tus ojos?

¿Por qué duele saber que no eres mío?

¿Por qué me haces enfurecer y desearte a partes iguales?

¿Por qué me muerdo por hacerle el amor a tu alma y que quede rendida a mis pies?

No para pisotearla, sino para amarla como merece.

Lanzó el lápiz contra la pared, con una rabia descomunal que se había apoderado de él. Miró de nuevo el papel, lo tiró contra la cama y se pasó las manos por el pelo, como si eso fuera a conseguir que los sentimientos que estaba empezando a sentir por Sergio volaran con ello.

No entendía cómo podía haber escrito eso. Su intención era más pisotearla que amarla, pero su subconsciente no opinaba lo mismo, y se lo había hecho saber con aquella melodía, con las letras manuscritas en la libreta...

Se tumbó en la cama bocabajo y no pudo aguantar las ganas irrefrenables que tenía de llorar. Aquello se estaba escapando de sus manos y tenía que ponerle un punto final.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y agradeció estar en esa

postura. No tenía idea de quién se trataba, pero podía ser una escena muy embarazosa.

—¿Tan temprano despierto, bebé?

—¡Mamá! Tienes que acostumbrarte a llamar, estoy en bolas.

—Como si nunca te hubiera visto así...

—He llegado hace un rato, ahora me disponía a dormir.

—¿Estuviste de fiesta?

—Algo así...

—¿Pasaste la noche con Sergio?

—Deja ya el temita de Sergio, por favor. No, no he pasado la noche con él, la he pasado con un tipo maravilloso que se llama Rubén, y al que pienso seguir viendo. ¿Contenta?

—Pues sí que estaba equivocada. Te juro que pensé que ese chico te gustaba de verdad... En fin, descansa, mi rey. Yo voy a tomarme un té de tilo porque estoy de los nervios.

—¿Qué te pasa?

—Que tu padre está muy raro, demasiado cansado últimamente, y no quiere ir al médico. Me tiene muy sacada de onda.

—¿Quieres que hable con él? Nuestra relación ha mejorado mucho, quizá me escuche.

—Inténtalo, aunque dudo que lo consigas.

—Irá al médico sí o sí. Te lo prometo, mamá.

Su madre salió de la habitación para que pudiera dormir, aunque lo veía complicado. Ahora no solo tenía que lidiar con sus problemas emocionales, sino también con algo que estaba seguro de que le traería más dolores de cabeza.

*_*_*

Sergio miraba el rostro de Jorge mientras dormía a su lado en la cama. Era guapo, increíblemente guapo, y ardiente como no había conocido a nadie. El pelo ondulado; la cara alargada; ojos grandes, expresivos y tan oscuros como los suyos; barba de tres días, tan morena como su pelo; labios carnosos; dos hoyuelos que se le formaban cada vez que sonreía; y un cuerpo digno de veneración. A todo eso había que añadirle que era inteligente, divertido, cariñoso, comprensivo...

Era el hombre perfecto con el que mantener una relación, aunque había tres motivos por los que no era viable para él.

Uno, Jorge no pretendía salir del armario.

Dos, no estaba enamorado de él.

Tres, el maldito niño malcriado fontanero de los cojones no se caía de sus pensamientos.

Sergio se tumbó en la cama nuevamente y miró al techo, como si ahí fuera a encontrar escrita la respuesta a todo lo que no paraba de dar vueltas en su mente.

Alejandro se había convertido en un problema demasiado grande en su vida, un problema con el que no sabía cómo lidiar, un problema que tendría que ver esa misma noche y que hacía que su entrepierna cobrara vida.

Quiso maldecir a grito pelado. Odiaba a ese niño, pero lo excitaba a partes iguales, haciendo que cada dos por tres deseara someterlo, enseñarle de lo que era capaz un hombre como él en la cama, pero sabía que no podía hacerlo, que no debía darle el gusto, porque por mucho que se lo negara, ese hombre le gustaba y estaba seguro de que acabaría colgado por él. Ahora, eso era lo que menos necesitaba en la vida, estaba dispuesto a cumplir sus sueños y nada ni nadie lo retendría.

—Buenos días —dijo Jorge, sacándolo de sus pensamientos.

—Buenos días, guapo —respondió con una sonrisa y besó sus labios.

—Veo que te has levantado con ganas de fiesta —ronroneó mientras acariciaba la erección de Sergio—. ¿Quieres que le dé lo que está pidiendo?

—¡Tú mismo!

Jorge siguió acariciando la erección de Sergio mientras su boca jugueteaba con sus pezones. Le encantaba ese hombre y le daba todo lo que necesitaba en ese momento de su vida: sexo sin preguntas, sin reproches, sin compromisos.

Sergio jadeó al sentir la boca de Jorge jugar con su tetilla, sus dientes tirando de ella consiguieron que se pusiera dura y un gemido ronco saliera de su garganta.

Su lengua traviesa bajó lamiendo su vientre, hasta llegar a la línea donde comenzaba a poblar su sexo el vello púbico. Hundió su nariz en él, inhaló su excitación y consiguió que Sergio se abandonara al placer que estaba a punto de regalarle, haciendo que se sintiera completamente perdido cuando sus labios se abrieron y engulló su más que erecto falo.

Se concentró en lo que estaba pasando, pero unos ojos oscuros, una cara

chulesca, una barba poco poblada y una sonrisa canalla ocuparon sus pensamientos, y nada de eso pertenecía al hombre que le estaba haciendo esa perfecta felación que lo estaba volviendo loco. Jorge era el que le estaba provocando un placer infinito, sin embargo, su pensamiento le estaba traicionando al desear e imaginar que era Alejandro.

Aquello no estaba bien, lo sabía, era consciente de ello, y quiso pararlo, pero ya era tarde y se estaba derramando en la boca Jorge. Habría sido la mamada perfecta si esa boca hubiera sido la de Alejandro.

—Ven aquí.

Sergio besó a Jorge con delirio, con ansia y, por encima de todo eso, con una culpabilidad que lo estaba ahogando. Sabía a él, al placer que había sentido pensando en otro. Su compañero de cama se separó, recobrando el aliento.

—¿Una ducha antes de irme? —sugirió Jorge.

—Sí, aunque espero que no te caigas —susurró Sergio en su oído antes de morder el lóbulo y tirar de él, arrancándole un jadeo.

—¿Caerme? —preguntó entre excitado y extrañado por las palabras de Sergio.

—Voy a hacer que te tiemblen mucho las piernas.

Y con aquella placentera promesa, los dos se levantaron de la cama y se dirigieron al baño. Devorándose a besos en el camino, besos que no tenían nada de tiernos, más bien cargados de la lujuria y el deseo que los consumía.

—Por cierto —dijo Jorge antes de entrar en la ducha—, ¿qué haces esta noche? Los niños se quedan a dormir con mi hermana.

—Me han obligado a ir a un concierto, y no tengo ni putas ganas.

—¿No puedes declinar la invitación?

—No, pero nadie ha dicho que no pueda ir acompañado, y después podemos continuar nuestra propia fiesta privada. ¿Qué me dices? ¿Te vienes?

—¿Eso es una cita?

—En toda regla.

—Acepto... Y, ahora, vamos a darnos esa ducha.

Sergio no podía creer la suerte que había tenido. Esa noche le dejaría bien claro al fontanero que no tenía ninguna posibilidad con él, y disfrutaría de otra magnífica noche de sexo con Jorge.

La noche llegó. Paty no tenía ganas de ir al concierto, estaba tirada en la cama con Andrés penetrándola sin descanso. Ese hombre la llevaba a tocar las estrellas cada vez que estaban juntos. Cosa que iba siendo cada vez más seguida y que ya no se limitaba a los fines de semana.

Andrés la había follado de todas las formas posibles, y ella a él también. Su vibrador había dado buena cuenta del culito donde ahora estaba clavando las uñas pidiendo más.

Tras un orgasmo demoledor, quedó tumbada en la cama con Andrés a su lado.

—No podemos seguir haciendo esto.

—Tú eres la que ha tomado siempre la iniciativa.

—Estamos locos... Llevamos dos semanas follando como conejos y son muchas las veces que no hemos usado condón.

—¿Muchas? Creo que solo lo usamos la primera vez.

—Estamos jugando con fuego.

—No me importa quemarme, pero si aún no nos hemos quemado y tu regla aparece por obra del Espíritu Santo, deberíamos pensar en que tomes la píldora.

—En eso mismo estuve pensando ayer.

—¿Cuándo te tiene que bajar?

—Anteayer.

—¡Joder, Paty! ¡Eso se avisa! —Andrés dio un salto en la cama y Paty lo miró de arriba abajo, sonriendo por el susto que le acababa de dar. Entonces, se dio cuenta de algo que hizo que la angustia de poder estar embarazada se esfumara.

—¡Tranquilo! ¿No te has dado cuenta de que hoy estoy mucho más caliente que en estas dos semanas? Mírate la polla. —El hombre dirigió la mirada hacia donde ella le había indicado y vio su verga manchada de sangre—. ¡Sorpresa!

—Ufff. ¡Qué alivio! Ya me veía cambiando pañales, dando biberones y buscando un piso más grande. Tanto este como el mío solo tienen una habitación.

—¿¡Cómo!?! —Paty no podía creer lo que estaba escuchando, Andrés

hablaba de vivir juntos, de formar una familia, y se sorprendió al darse cuenta de que eso le hacía más ilusión de la nunca hubiera podido imaginar.

—No pensarías que te iba a dejar sola en eso, ¿no?

—Bueno, hace dos semanas que nos conocemos y...

—Desde el momento en que nuestros labios se unieron, los dos supimos que esto no sería solo sexo, aunque no lo quieras reconocer y sigas escondida tras esa fachada de persona dura y sin sentimientos. —Paty estaba emocionada, nadie había visto tanto dentro de ella como Andrés en esas dos semanas—. Y, ahora, para evitar que esas lágrimas que anegan tus ojos acaben con tu reputación de mujer fatal que tanto me gusta, vamos a darnos una ducha, te voy a volver a follar y nos vamos a ir a ese concierto. ¿Qué te parece el plan?

—¡De puta madre!

*_*_*

Sergio estaba en la puerta de su casa, esperando que Jorge llegara para recogerlo. Hacía cinco minutos que le había avisado de que ya estaba en camino y no tardaría. Así que salió a la calle para que no tuviera que esperarlo, ya que el aparcamiento en esa zona era bastante escaso, y no había posibilidad de parar en doble fila.

Vio aparecer el coche familiar y sonrió. Su cita hacía lo propio desde dentro del habitáculo y paró justo a la altura de él, desbloqueando las puertas para que pudiera subir.

—¿Y este coche?

—Acabo de dejar a los niños en casa de mi hermana y Ángela se ha llevado el otro. Había quedado con su actual rollete para ir de fiesta.

—¡Genial!

—¿Adónde vamos?

—Yo te indico, pero... para un momento.

Jorge paró el coche y esperó a que Sergio le dijera qué pasaba, por qué quería que se detuviera. Y lo que quería era darle un profundo beso antes de seguir.

—Sergio, si sigues, no vamos a llegar.

—No vamos a poder hacer esto hasta que estemos de vuelta. Arranca o te obligaré a aparcar.

Jorge reanudó la marcha, y en menos de diez minutos estaban bajándose del coche en la bolsa de aparcamiento donde su erótica amistad había dado comienzo.

No pudieron evitar reír, mirar que no hubiera nadie cerca y devorar sus bocas.

—Para. Alguien nos puede ver.

—No te importó aquella noche.

—Era más tarde, aun así, fue una auténtica locura, nos podrían haber visto y hubiera sido un gran problema.

—Sí, es cierto, alguien nos podría haber visto...

A Sergio le vino a la mente aquella noche y no pudo evitar excitarse. No por lo que había pasado, sino de imaginar a Alejandro excitado ante el espectáculo erótico que habían dado.

Se encaminaron hacia el local, uno al lado del otro, sin tocarse, sin rozarse, hablando como dos amigos más, compartiendo risas y bromas.

Entraron en la sala y, aunque todavía no estaba llena, sí había bastante gente. Sergio hizo un barrido con la mirada y encontró a Paty, tonteando y besuqueándose con Andrés. Le dio con el codo a Jorge y le señaló a la feliz pareja, indicándole con un gesto ladeando la cabeza que se acercaran a ellos.

Cuando Paty los vio, se tiró a los brazos de Sergio. Andrés saludó a Jorge y la chica apartó a su amigo de los otros dos hombres.

—¿Qué hace aquí, Jorge?

—Hoy podía escaparse y me pareció una buena idea que viniera. Lo pasamos muy bien juntos y me apetecía pasar la noche con él. ¿Hay algún problema?

—No, solo que pensé que no traías compañía.

—Por eso no te he llamado para que me recogieras.

—A ver, que me parece genial que esté aquí, pero ¿no crees que a Alejandro puede incomodarle un poco su presencia?

—No tiene por qué.

—Por lo del aparcamiento.

—Que no se hubiera quedado a contemplar el espectáculo.

—Touché.

—¿Ya ha llegado? —Hizo un gesto de hastío tras hacer la pregunta.

—Sí, está en los camerinos con el grupo... No, mira, ahí viene.

Sergio se giró para mirar hacia donde lo había hecho su amiga. Sintió que

le faltaba el aliento cuando vio a Alejandro, vestido con una camiseta que se ajustaba a su fino pero musculado cuerpo. Tenía el pelo engominado, la perilla perfectamente delineada y se veía que estaba contento, feliz.

—¡Alejandro! —llamó Paty su atención para que se acercara a ellos.

Alejandro tendió la mano a Sergio a modo de saludo, pero este estaba todavía intentando recobrar el aliento y rezando porque no se notara la alegría que le había entrado a su polla al verlo.

—Hola —reaccionó finalmente, estrechando su mano.

—Me alegra que hayas podido venir.

—Sí, no teníamos nada mejor que hacer esta noche.

Sergio desvió la mirada buscando a Jorge y Alejandro hizo lo mismo. Sintió una punzada en el pecho cuando vio que se trataba del hombre al que se había follado en el aparcamiento, aunque no estaba dispuesto a que el maldito cabrón que tenía delante se diera cuenta. Estaba seguro de que lo había hecho a posta para joderle la noche, pero volvió a sonreír al pensar en el refrán que tanto le gustaba a su madre: «Quien ríe último, ríe mejor».

—Jorge, ven. Te presento a Alejandro. Él es el autor de las canciones que va a cantar el grupo y el que nos ha invitado.

—Encantado de conocerte —dijo Jorge, sonriendo y extendiéndole la mano.

—Igualmente —correspondió Alejandro.

Sergio y Paty abrieron los ojos como platos. Conocían perfectamente al hombre que se estaba acercando a ellos, el día anterior habían pasado un poco de nervios delante de él, y no entendían qué demonios hacía allí. Aquello era demasiada casualidad.

—Hola...

Alejandro se giró al escuchar su voz con una sonrisa sincera. Tomó al hombre por la cintura, lo atrajo hasta él y devoró sus labios durante casi un minuto.

Los electricistas seguían perplejos. Alejandro se estaba dando un morreo de campeonato con el inspector de trabajo que había visitado la obra, y eso sí que no lo hubieran esperado.

Se separaron, dedicándose unos últimos besos cortos. Alejandro tomó la mano del otro hombre y enfrentó a los demás.

—Bueno, creo que vosotros dos ya conocéis a Rubén.

—Sí, claro, como para no conocerlo. Ayer nos hizo temblar a todos con su

sola presencia..., aunque tengo la impresión de alguien tembló más que el resto, ¿o me equivoco? —espetó Paty, dándole unos suaves codazos a Alejandro, haciendo que este estallara en risas.

—¡Eres única, loca!

—Y te encanta, igual que a todos mis amigos. Rubén, encantada de verte sin tener que darte mi DNI. —Rubén no pudo evitar reír mientras le daba dos besos.

Tras saludar a Sergio, que aún no podía creer lo que estaban viendo sus ojos, Paty le presentó a Jorge y a Andrés. Tras lo que soltó un «qué bien lo vamos a pasar los seis esta noche».

Sergio había llevado a Jorge al concierto con toda la intención de molestar al maldito fontanero, lo que no esperaba era que él hubiera pensado lo mismo y le hubiera devuelto la moneda, llevando al inspector de trabajo que había conocido la mañana anterior y que tenía unos buenos polvos. Entonces fue consciente de que ese era el amigo con el iba pasar la noche del viernes, y se maldijo por sentir esa presión en el pecho que lo estaba enrabiando.

«Al final, no vamos a ser tan diferentes», pensó mientras intentaba calmar el fuego que sabía que estaban desprendiendo sus ojos. Rodeó a la flamante pareja y se situó junto a Jorge. En ese momento quiso besarlos, pero sabía que no podía hacerlo, que no podía exponerlo por una rabieta de adolescente, porque eso era lo que había pasado —o eso era lo que él creía—, no podía ser otra cosa, no podían haber sido celos, porque ese niño lo único que le provocaba era un dolor de cabeza y, dicho sea de paso, un señor dolor de huevos.

Las luces se apagaron y solo quedó iluminado el escenario. Sergio aprovechó el momento para tomar la mano de Jorge, y aunque no podía verlo, sentía que Alejandro estaba observándolo. Por ello, aprovechando la oscuridad que los rodeaba, se atrevió a girar la cara de su amante y depositar un suave beso en los labios. Un beso, que visto desde la distancia en la penumbra, bien podía ser el de dos personas enamoradas dedicándose una caricia.

Escuchó un leve gruñido a su espalda y lo supo. Alejandro le había devuelto la moneda al aparecer el inspector, pero él no había reaccionado al ver cómo se besaban, sin embargo, el sonido que acababa de emitir su garganta le decía que este punto de partido sí lo había ganado.

Desde el escenario, el solista del grupo pidió que Alejandro se acercara y

subiera. Sergio pudo ver cómo el rubor perlaba sus mejillas, y le pareció algo tanto increíblemente tierno que se le aceleró el corazón. Aquel niño, el que se le había insinuado con descaro, el que lo enfrentaba cada vez que podía, el que lo excitaba siempre que lo veía, escondía una timidez que no esperaba.

El chico le pidió que cantara la primera canción de aquel pequeño concierto y después, tras darle su guitarra y colocar un taburete para que sentara, se hizo a un lado y la música empezó a sonar.

La voz, la sensibilidad, la armonía y afinación con la que cantaba una letra que hablaba de un amor imposible, de un sentimiento que se escapaba a su control, del anhelo de sentir el cuerpo de la persona deseada, de la tristeza de saber que nunca podría ser... Sintió que esa canción podía estar reflejando lo que quería Alejandro de él.

«No, eso es imposible, yo solo soy uno más de sus caprichos», se engañó Sergio, intentando creer ese pensamiento que temía que no fuera real.

El fin de semana pasó y tocó volver a la obra. Los electricistas terminaron las pocas habitaciones que les quedaban antes del desayuno, y después se dirigieron a las cocinas del hotel. Allí les quedaba, al menos, un par de días más de trabajo y podrían dar por finalizada, temporalmente, la obra.

Sergio hizo los cálculos y suspiró aliviado al saber que no tenía por qué volver a cruzarse con Alejandro, que lo más probable era que no volvieran a encontrarse en la vida. Él tenía los planes muy claros y, una vez terminada esa obra, no volvería a renovar su contrato con Fabián. Había llegado el momento de volar y sabía a qué puerta llamar para hacerlo.

Paty y Sergio llegaron a las cocinas del hotel y se sorprendieron. Pensaban que iban a estar solos, que nadie los molestaría, pero una cuadrilla de fontaneros estaba trabajando allí.

—¿Qué hacéis aquí? Pensábamos que estaríamos solos —dijo Paty con cierto mosqueo en la voz, aunque se le pasó cuando de dentro de una de las cámaras frigoríficas salió Alejandro.

—Como ya queda poco que hacer en las habitaciones, el jefe ha dado orden de que nos dividamos en dos cuadrillas. Intentaremos no molestaros.

No dijo nada más y volvió a lo que estaba haciendo. Sergio no pudo evitar admirar su perfecta musculatura mientras apretaba la arandela de un desagüe, lo bien que se le daba ese trabajo para no haber dado un palo al agua en su vida y lo desenvuelto que se veía. Si no fuera porque Paty le había contado que su padre lo había puesto a trabajar allí como castigo, hubiera pensado que llevaba muchos años ejerciendo de fontanero.

—Quillo, que te voy a tener que poner un babero. En breve te veo babeando con las vistas.

—A ver, que no me lo quiera follar —mintió—, no quiere decir que el chico no me alegre la vista, tonto no soy, Mocososa.

Paty empezó a trabajar en la zona destinada para los hornos y Sergio salió a la furgoneta para coger unos cables que le hacía falta. Al volver, se cruzó con un hombre que reconoció al instante y que no tenía muy buen aspecto.

—¿Antonio?

—Hola...

—Sergio, soy el chico que acudió a su casa el día que se quedó sin luz.

—Claro, chico. ¿Sabes dónde está...?

Una punzada de dolor hizo que Antonio se doblara sobre sí mismo y se agarrara el estómago con fuerza, cosa que preocupó a Sergio.

—¿Se encuentra usted bien?

—Sí, creo que he tomado demasiado café en lo que va de mañana. ¿Sabes dónde está mi hijo?

—Venga conmigo, hace un momento estaba en una de las cámaras frigoríficas.

El hombre lo siguió con cierta lentitud y respirando profundamente. Sergio sabía que eso no era una indigestión de café, pero no era nadie para rebatirlo.

Entraron en la cocina y lo acompañó hasta donde estaba Alejandro, que seguía enfrascado en su trabajo y ni cuenta se dio de la visita.

—Alejandro, alguien te busca —dijo Sergio, haciendo que el fontanero diera un brinco y se girara un poco nervioso.

—¡Papá! ¿Qué haces aquí?

—Tenía que traer unos documentos a la oficina de la constructora. Ya sabes, papeleo. Voy a hablar una cosita con vuestro oficial, luego te veo.

Antonio se fue dejando solos a los dos. Sergio sabía que no debía entrometerse, pero había algo dentro de él que le gritaba que lo hiciera. Alejandro se giró para volver a su trabajo, pero una mano agarrando su brazo con fuerza aunque con delicadeza, lo freno.

—¿Podemos hablar un momento? —Alejandro se sorprendió ante la petición.

—¿Pasa algo?

—Verás... Antes, cuando volvía de nuestra furgoneta, me he cruzado a tu padre en uno de los pasillos... Tu padre no está bien.

—¿Por qué lo dices? ¿Has visto algo? Mi madre me dijo lo mismo el sábado por la mañana y voy a obligarlo a ir al médico, pero es tan cabezota...

—Su estómago le está dando la lata. Se dobló de dolor mientras hablábamos y se lo tocó, intentando aliviarlo. Me dijo que era porque había tomado demasiado café, pero no lo creí, y menos ahora que me has dicho lo que piensa tu madre.

—¡Alejandro! ¡Sergio! ¡Corred, por Dios! —los gritos de Paty resonaron en toda la cocina y los dos hombres salieron corriendo de donde estaban.

Llegaron hasta el lugar de donde provenían las voces y la imagen que se

mostró ante ellos era aterradora.

Antonio estaba tumbado en el suelo con la cabeza sobre el regazo de Paty, que estaba manchada de vómito y sangre del hombre. Lo mantenía en posición decúbito lateral, para que no se ahogara con su propio vómito.

Alejandro estaba en shock, completamente petrificado, mirando a su padre, que estaba inconsciente. Sergio lo tomó del brazo y tiró de él para apartarlo del lugar y que no siguiera mirando.

—¡Llamad a una ambulancia, joder! —espetó a uno de los compañeros que miraban la escena horrorizados.

Después caminó unos metros, casi arrastrando a Alejandro, y cuando nadie los observaba, se paró frente a él y lo miró a los ojos. Agarró su cara con las dos manos sin perder el contacto visual y le pidió:

—Respira hondo. Tienes que salir del estado en el que te encuentras para poder ayudar a tu padre. Te necesita.

Sergio unió sus frentes y acarició su rostro, para abandonarlo posteriormente y abrazarlo. Durante unos segundos, Alejandro continuó inmóvil, hasta que, finalmente, sus brazos rodearon la cintura del otro hombre y empezó a llorar.

—Tranquilo, todo va a estar bien. La ambulancia está en camino.

—Estaba inconsciente, sangrando por la boca. Tengo que volver con él. Si le pasa algo, yo me muero...

—¡Eh, eh, eh! Así no eres de ayuda. Tienes que tranquilizarte, por favor.

—No puedo respirar, me falta el aire.

—Estás hiperventilando, tienes que respirar hondo.

—No...

—Hazme caso, ¡joder!

Y sin pensar en otra cosa que conseguir que el hombre que tenía delante se tranquilizara, plantó sus labios sobre los de él. Al igual que había pasado con el abrazo, de primeras no respondió, pero, después de ese primer impacto, notó que los músculos de Alejandro se relajaban y respondía con vehemencia el beso.

Sergio tuvo que hacer acopio de toda la fuerza de voluntad que pudo reunir para poder separarse de la boca de Alejandro, y para mantener a raya todo lo que esos labios estaban haciéndole sentir.

—Ve con tu padre —dijo cuando consiguió hacerlo mientras se lamía los labios, como queriendo conservar el sabor de la otra boca—. Te necesita.

—Sí. —Se giró para emprender el camino, pero frenó y volvió sobre sus pies—. Gracias.

Alejandro unió sus labios con los de Sergio en un corto y tierno beso que hizo que los dos temblaran.

—Luego te llamo para saber cómo va todo.

—Vale. Pídele mi número a Paty.

Y no hubo más palabras. Alejandro salió corriendo cuando resonaba de fondo la sirena de una ambulancia. Ahora era Sergio el que estaba paralizado, con dos dedos tocando sus labios, intentando comprender por qué su corazón latía con más fuerza que el galopar de un caballo desbocado.

Antes de volver donde estaban todos, sacó su teléfono personal y buscó en las últimas llamadas el número de Jorge. Sabía que el médico estaba trabajando esa mañana, y esperaba que pudiera ayudar a Antonio.

—Hola... ¿Pasa algo? Es raro que me llames a esta hora.

—Sí. Estoy en la obra y una ambulancia está llegando para recoger al padre de Alejandro, el chico del concierto del sábado.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido un accidente?

—No. Ha vomitado sangre y está inconsciente.

—Está bien. Avísame cuando salga la ambulancia y me bajo a Urgencias. ¿Cuál es el nombre del paciente?

—Antonio Riquelme. Imagino que Alejandro irá con él en la ambulancia.

—Tengo que dejarte, estoy con un paciente.

—Vale. Te mando un mensaje cuando salgan.

Cortaron la comunicación y Sergio volvió a la cocina. Los sanitarios ya estaban atendiendo a Antonio y el celador apareció con una camilla para poder llevárselo. Se acercó a Paty, que ya estaba en pie y manchada de sangre por todas partes y la abrazó.

Juntos se acercaron hasta Alejandro y posaron una mano en cada hombro del muchacho, que dejaba correr las lágrimas en silencio.

Cuando la camilla comenzó a moverse para salir del hotel, Alejandro la siguió sin mediar palabra, dejando a todos los presentes sumidos en un triste y angustioso silencio.

Tras unos minutos, todos recogieron sus herramientas y abandonaron la obra. Después de lo sucedido, nadie se encontraba con fuerzas para seguir trabajando.

Paty era incapaz de conducir, así que fue Sergio quien tomó el control del

vehículo. No hicieron falta palabras para saber el destino, que no era otro que la casa de Alejandro. Estaban seguros de que Gabriela iba a necesitar a su lado gente que la calmara cuando supiera la noticia y, probablemente, todavía nadie la había puesto al tanto de la situación.

Si bien era cierto que nada los unía a ella, habían vivido lo ocurrido de primera mano, y eso hizo que se sintieran con la obligación de darle la noticia y acompañarla en el duro momento.

Sergio volvió a tocar sus labios antes de arrancar el coche. No entendía por qué lo había hecho, había formas mejores de tranquilizar a Alejandro, pero verlo tan perdido hizo que actuara con ese impulso. Sabía que se iba a arrepentir de haberlo hecho, que ahora sí caería rendido ante el niño caprichoso que tanto lo alteraba, y se enfadó consigo mismo por ello. Nunca había consentido ser el trofeo de nadie, pero ahora era consciente de que siempre había una primera vez y la suya llegaría muy pronto.

Alejandro cruzó la puerta del hospital tomando la mano de su padre, que había recobrado el conocimiento en la ambulancia, hasta que llegaron a la zona donde solo podía acceder el personal.

Se quedó parado, mirando fijamente la puerta batiente que se movía cada vez más pausada hacia dentro y hacia afuera. Notó una mano sobre su brazo y giró la cabeza, encontrándose con Jorge, el «amigo» de Sergio. En cualquier otro momento, se habría hecho el digno, no le hubiera mostrado la debilidad que en ese momento habitaba en él, pero su padre estaba por encima de todo.

—¿Está dentro?

—Sí, acabamos de llegar.

—Voy a verlo. No tardo en salir.

Jorge entró rápidamente en el pasillo donde se había perdido la camilla de su padre. Esperó pacientemente a que el médico volviera y su teléfono empezó a sonar. Lo sacó del bolsillo y se paró su respiración: era su madre.

—¡Alejandro! Dime que está bien, bebé, dime que está bien.

—No sé, mamá. Ha recobrado el conocimiento en el camino, pero se lo han llevado para adentro y no sé nada todavía. ¿Estás sola? No se te ocurra conducir hasta aquí, coge un taxi.

—Estoy con Paty y Sergio. Ellos han sido los que me han contado lo que ha pasado. Ya voy saliendo para allá.

—¡Mamá! ¡No conduzcas! Dile a Paty que se ponga, por favor.

Gabriela le dio el teléfono a Paty, que rehusó cogerlo porque todavía estaba demasiado impactada para hablar con nadie, así que Sergio se hizo cargo de la situación.

—Soy Sergio, Paty todavía no puede hablar. —Un silencio que duró un par de segundos se formó a ambos lados del teléfono.

—Sergio, que mi madre coja un taxi, no dejes que conduzca. Bastante tengo con mi padre para que ella tenga un accidente en el camino.

—Tranquilo, yo me hago cargo. Cuelgo ya.

—Sergio —interrumpió antes de que cortara la comunicación—, gracias por avisar a Jorge.

—No hay que darlas.

Colgaron el teléfono y Alejandro se apoyó en la pared, pensando en que su

madre tenía razón cuando el sábado por la mañana le dijo que su padre no se encontraba bien, que lo veía agotado.

El tiempo pasaba, y ni Jorge ni ningún otro médico salía a decirle nada. Estaba empezando a desesperarse, caminaba a lo largo del pasillo para intentar calmar sus nervios, limpiaba las lágrimas que no le abandonaban y miles de pensamientos positivos y negativos rondaban por su cabeza, aunque había una cosa que se repetía una y otra vez: el beso que Sergio le había dado para calmarlo, esos labios suaves y carnosos, con esa barba que pinchaba al rozar su barbilla y una lengua tan hábil que había conseguido que se relajara y respondiera. Se tocó los labios al recordar el contacto, sabía que cuando tuviera a ese hombre en su cama, no iba a permitir que se volviera a escapar.

La puerta del pasillo se abrió y apareció Jorge, haciendo que se sintiera la peor persona del mundo. Estaba pensando en meter en su cama a la pareja del hombre que lo estaba ayudando en ese momento.

—¿Cómo está, Jorge? ¿Por qué nadie me dice nada? —interrogó impaciente al médico.

—Mi compañero iba a salir a informarte, pero le he dicho que yo me hacía cargo. Vente conmigo, voy a llevarte a verlo y te cuento por el camino.

Alejandro hizo lo que le pedía en silencio y cruzaron la puerta a la que un rato antes no había tenido acceso.

—A ver, está bien ahora mismo, pero tienen que operarlo. La úlcera que le diagnosticaron hace dos años, y que entonces estaba controlada, se ha abierto y hay que intervenir.

—¿Qué úlcera? —preguntó sorprendido.

—¿No estabas al tanto?

—No, y creo que mi madre tampoco, porque me lo habría dicho.

—Bueno, ahora no es conveniente que le echés la bronca, ya lo harás en otro momento.

—¿Por qué se ha abierto ahora si estaba controlada?

—Por lo poco que hemos hablado, he podido deducir que ha sido a causa del estrés. Cada vez que hablaba de que tenía que salir para volver al trabajo, su pulso se disparaba y el dolor se intensificaba.

—¡Joder, joder, joder! —maldijo una y otra vez.

—Ya hemos conseguido que firme el consentimiento para la operación, porque estaba emperrado en irse, y ahora el anestesista está con él, haciéndole el electro. Ya le han extraído sangre y en breve lo llevarán a hacerle una placa

de tórax. En cuanto esté el resultado de la analítica, lo llevarán a quirófano; ya he hablado con el cirujano para que le dé prioridad. —Alejandro no podía creer que un desconocido estuviera haciendo tanto por ellos.

—No sé cómo voy a poder agradecerte todo lo que has hecho. Yo...

—No tienes que agradecerme nada. Los amigos de Sergio son mis amigos... Perdona, me están llamando. En ese box está tu padre, espera a que salga el anestesista y entra.

Alejandro vio partir a Jorge con el teléfono en la mano. Esperó pacientemente a que la persona que estaba con su progenitor saliera y entró cuando lo hizo.

Miró a su padre, se acercó a él y lo abrazó. Claro que no pensaba echarle una bronca en ese momento, ahora tenía que estar tranquilo, ya habría tiempo para hablar de eso. Como tampoco debía transmitirle el miedo que lo estaba carcomiendo por dentro, necesitaba a su lado alguien que le transmitiera confianza y tranquilidad.

—No sabías cómo hacer que me fuera contigo a la oficina, ¿eh? —soltó Alejandro, intentando quitarle hierro al asunto.

—No me hagas reír, que me duele más. ¿Tu madre ya lo sabe? —quiso saber.

—Sí. Paty y Sergio fueron a casa a contárselo.

—No recuerdo mucho de lo que pasó, pero esa chica evitó que me diera de bruces contra el suelo. Tienes que hablar con ella, estoy seguro de que se hizo daño...

—Papá, para, que te aumentan las pulsaciones. Paty está bien, ¿vale?

El móvil de Alejandro vibró en su bolsillo. Tenía un mensaje de alguien cuyo número no conocía, pero no necesitó saberlo. Su nombre en la aplicación de WhatsApp le dijo lo que necesitaba saber. Era Sergio.

Estoy aquí con tu madre. Jorge me ha dicho que puede entrar, pero necesito que salgas a buscarla.

Respondió con un escueto «Salgo» y dejó a su padre tumbado en la camilla, avisándole de que su madre ya había llegado e iba a buscarla.

Gabriela se abrazó al cuello de su hijo desesperada y Alejandro la tranquilizó antes de indicarle dónde podía encontrar a su padre. Le pidió que se adelantara, él necesitaba unos segundos a solas con el hombre que tenía delante.

—¿Cómo está? —Sergio rompió el silencio entre ellos.

—Va para quirófano. Me han dicho que se le ha abierto una úlcera y tienen que intervenir. —Se pasó las manos por el pelo, intentando así no alterarse más de lo que ya estaba.

—Seguro que eso dejará más tranquila a Paty. Está de los nervios.

—¿Está aquí?

—Sí, está en la furgoneta. Sé que no es muy glamuroso, pero hemos traído a tu madre en ella, no quería venir sola en un taxi.

—¿Le importaría entrar? Mi padre ha preguntado por ella, está preocupado por si le hizo daño al caer.

—Espera, voy a escribirle. —Mientras lo hacía, siguió hablando con Alejandro—. Tu madre me ha dicho que me des las llaves de tu coche o del de tu padre, porque los dos están en la obra. Así os podremos traer uno para que podáis moveros.

—No sé cómo vamos a poder agradeceros todo lo que estáis haciendo con nosotros...

—Ahí viene Paty —cortó Sergio la conversación.

No podía seguir escuchándolo hablar. El Alejandro más humilde, sincero y derrotado que había visto desde que lo conoció se mostraba ante él, y tenía que reconocer que, si su actitud altiva hacía que se excitara, en ese momento, un sentimiento de cariño y ternura hacía que lo deseara de otra forma más especial, y eso era algo que no se podía permitir. Sabía que iba a pasar por la cama de ese hombre por mucho que se resistiera, pero no quería salir de ella con el corazón roto.

Paty siguió las indicaciones que le dio Alejandro, prometiendo que le daría al encuentro en unos segundos. Sacó una llave del bolsillo y se la dio a Sergio. La entrega duró bastante más de lo políticamente correcto. Ambos acariciaron con sus pulgares la mano del otro, se miraron con miedo y con ansias a partes iguales, con el dolor de saber que aquello era un imposible.

El fontanero, a pesar de su juventud y su forma de ser despreocupada, había algo que siempre había respetado y lo seguiría haciendo: la relación entre dos personas. El electricista, que le sacaba unos años, tenía el mismo pensar, aunque cada día que pasaba, cada situación que vivían juntos conseguía que cada vez le fuera más complicado resistirse a sus encantos, que lo deseara con más ganas y que pudiera llegar a importarle una mierda que Alejandro estuviera saliendo con Rubén.

—Tengo que volver a entrar —dijo Alejandro, cortando el contacto de sus manos y de sus miradas.

—Sí, claro. Dile a Paty que no tarde, ¿vale?

—De acuerdo.

—Cuando volvamos, te llamo para darte las llaves y decirte dónde está aparcado.

—Gracias.

Alejandro cruzó la puerta del pasillo y Sergio lo perdió de vista. Fue rápidamente hacia la puerta de Urgencias, notaba que le faltaba el aire, que su corazón latía a un ritmo infernal.

Apoyó sus manos sobre una barandilla y sobre ellas el peso de su cuerpo. Se sentía impotente por no poder controlar sus emociones y decidió que no sería él el que volviera a verlo ese día en el hospital. Paty tendría que encargarse de llevar el coche y de darle las llaves. Si volvía a verlo, se quedaría con él hasta que la operación terminara, querría consolarlo y apoyarlo, y no temía tanto que Alejandro lo tomara como algo que no era, como saber que colgaría de él más de lo que ya estaba.

—Ya estoy aquí.

Sergio agradeció que su amiga interrumpiera sus pensamientos. Llegaron a la furgoneta y ella volvió a ponerse al volante, ver a Antonio había hecho que consiguiera tranquilizarse.

—Vamos primero a mi casa, me ducho y luego me dejás en la obra para coger el coche, ¿vale?

—¿Y eso?

—Gabriela quiere que me quede con ella mientras operan a su marido, y no he sabido decirle que no.

Arrancó el coche y Sergio sintió una mezcla de alivio, pero también de decepción. Sentía que aquel también era su lugar, aunque no era nada de ninguno de los miembros de esa familia. Paty, al menos, había trabajado en la casa durante una semana, había empezado a forjar una amistad con Alejandro y había auxiliado a Antonio cuando cayó en la obra. Sin embargo, él solo se había dedicado a pinchar al maldito fontanero.

Sergio deambulaba por el salón de su casa sin poder contener los nervios. Eran más de las siete de la tarde y Paty no se había puesto en contacto con él para decirle qué tal había ido la operación de Antonio, y eso lo tenía ansioso. En más de una ocasión quiso llamar a Alejandro, pero no se sentía con la suficiente valentía para hacerlo, cosa que le hacía sentir débil con respecto a él.

Un mensaje entró en su teléfono, ese que no se había separado de su mano en toda la tarde. Era Jorge y él sí le tenía noticias. Todo había salido bien y el hombre ya estaba en su habitación. Leerlo hizo que la carga y la tensión que lo habían acompañado durante todo ese tiempo se aliviaran y entonces sí se sintió con fuerzas para hacer la llamada que tanto había estado postergando. Bien podía haber llamado a Paty, sin embargo, no era su voz la que necesitaba escuchar.

Un tono, dos, tres...

Nadie descolgó el teléfono y supuso que no había sido un buen momento para hacerlo. Caminó pesaroso hacia la cocina y tomó una lata de refresco de la nevera, aunque lo que realmente le apetecía era una cerveza, pero como no había ido a hacer la compra, tuvo que conformarse con eso.

Se sentó en el sofá y encendió la tele en un vano intento de despejarse. La programación no le atraía, así que tomó la tablet que había en la mesita baja que tenía a la derecha y comenzó a buscar las últimas novedades, noticias y revistas de robótica. Tras ver algunos artículos, se topó con el que había sido su tutor durante sus estudios. El buen hombre, que ya rondaba los sesenta años, estaba haciendo avances para prótesis de piernas dirigidas a deportistas paralímpicos. Esa era la parte de su profesión que siempre le había apasionado, y Germán, su profesor, le había reiterado por activa y por pasiva que podría llegar muy lejos en ese campo. De hecho, estuvo trabajando con él un tiempo, hasta que su padre enfermó y tuvo que dejarlo todo, y, en ese justo momento, una bombilla se encendió en su mente.

Dejó la tablet en el sofá y cogió su móvil. Entró en el directorio, fue directo al contacto que buscaba y no dudó en llamar.

Un tono, dos.

—¡Dichosos los oídos que te escuchan, Sergio!

—Así da gusto llamar a un antiguo profesor.

—¿Cómo estás, chaval? ¿Cómo sigue tu padre?

—Falleció hace un par de semanas, ya descansa en paz.

—¡Vaya! Lo siento mucho. Bueno, sabíamos que ese momento iba a llegar. ¿Y cómo te va todo? ¿Estás trabajando? ¿Tienes pareja? He estado tan liado últimamente que ni tiempo he tenido de llamarte.

—Por aquí todo sigue igual que siempre, continúo trabajando con Fabián y no tengo pareja estable, solo algún amigo por ahí, sabes que no quería echar raíces, y no te preocupes, acabo de leer en un artículo que estás trabajando en algo muy interesante.

—¡Esto te encantaría, muchacho!

—Lo sé. De hecho, por eso te...

—Dime, por Dios, que me has llamado para decirme que quieres venir a trabajar conmigo.

—Me conoces bastante bien —dijo sin reprimir una carcajada—. Sí, te llamaba por si tenías trabajo para mí.

—¡Dios bendito! Así tuviera que sacarme de la manga un nuevo puesto para que pudieras venir. Dime cuando quieres empezar, necesito alguien como tú a mi lado.

—Bueno, por mí sería mañana mismo, pero tampoco puedo dejar colgado a Fabián...

—Eso nunca. Ese hombre ha hecho mucho por ti cuando más lo necesitabas. Tú solo dime cuándo quieres empezar y yo me encargo de arreglarlo todo.

—Quince días. Es el tiempo que necesito para terminar en la obra en la que estamos y seré todo tuyo.

—¡Genial! Voy a buscarte aquí un apartamento, a preparar tu contrato...

—Una cosa, Germán. ¿Aquí dónde es? No he alcanzado a mirarlo en el artículo.

—Pamplona. Este proyecto es de la Universidad de Navarra.

—¡Guau! Pensé que sería Madrid...

—¿Hay algún problema por eso?

—No, no, ninguno... —Un pitido en su teléfono le indicó que le estaba entrando otra llamada—. Germán, hablamos luego, que me está entrando una llamada importante.

—¡Está bien, chico! Hablamos mañana, que tengo que ir a cenar con unos

colegas. ¡Me has alegrado la noche!

—Gracias por todo.

—Gracias a ti, que me vas a venir de perlas aquí.

Colgaron el teléfono, pero la otra llamada también había finalizado. Con manos temblorosas buscó la llamada perdida, solo ver quién era había conseguido que los latidos de su corazón se dispararan. Tocó la pantalla y se lo llevó a la oreja.

Un tono, dos, tres.

—Hola...

—Hola..., ¿qué...? ¿Cómo está tu padre?

—Bien, todo ha salido bien, ya estamos en la habitación.

—Me lo ha dicho Jorge, por eso me he atrevido a llamar.

—Tío, te has sacado la lotería con ese hombre, es un encanto y una gran persona.

—Sí, bueno... —Sabía que no tenía que darle explicaciones, pero había una necesidad superior que lo obligaba a hacerlo—. Ya te dije que no somos pareja, solo amigos... Es complicado.

—Vaya...

—Bueno, me alegro de que todo haya ido bien. Voy a ver si ceno algo...

—Paty y yo vamos a salir a cenar. ¿Te... Te quieres venir?

—¿Es una cita, fontanero? —soltó sin pensar y se arrepintió al instante.

—Si fuera una cita, no seríamos tres. —A Sergio le molestaron sus palabras durante un instante, después se alegró de ver que volvía a ser el mismo, no la persona asustada que besó esa mañana. Y ese pensamiento hizo que se tocara los labios.

—¡Ya quisieras tú! —exclamó, intentando que solo quedara en una broma—. ¿Me recogéis?

—Sí, claro. Salimos en diez minutos.

Finalizaron la llamada, Alejandro se giró para volver a entrar en la habitación y se topó con una sonriente Paty, que la miraba con picardía, siendo consciente de con quién había estado hablando.

—¿Nos vamos? —le dijo ella.

—Sí, voy a despedirme de mis padres.

Entró en la habitación, intentando esquivar el momento de que le hiciera el interrogatorio, aunque era una soberana tontería, lo haría en el momento en que le dijera que Sergio cenaría con ellos.

Se despidió de sus progenitores, que le hicieron prometer que luego se iría a descansar a casa. Por suerte, esa noche su madre no tenía que actuar y se quedaría en el hospital. Él lo haría al día siguiente.

Salió al pasillo y emprendieron el camino a los ascensores. El teléfono de Alejandro comenzó a sonar, miró la pantalla y decidió no contestar. En ese momento, lo que menos le apetecía era hablar con Rubén, su mente solo tenía cabida para Sergio.

—¿Adónde quieres ir a cenar? Aquí cerca...

—Tenemos que recoger a Sergio.

—¿¡Cómo!?

—Viene a cenar con nosotros... —Alejandro no pudo evitar que una sonrisa nerviosa se dibujara en su cara, por más que intentó ocultarla.

—Parece que estáis limando asperezas, ¿no?

—Bueno, tú sabes...

—Lástima que los dos tengáis pareja... —dijo con clara intención de pinchar a Alejandro.

—Rubén es un amigo y, por lo que me ha dicho Sergio, las cosas entre Jorge y él son complicadas.

—¡Y tanto que son complicadas! —volvió a pinchar con la esperanza de que la inquietud de Alejandro hablara por él.

—¿Por qué? No sé, se les ve muy bien juntos.

—Yo no soy quien para contártelo. Es más, si lo hiciera, Sergio me mataría.

—Paty... —rogó con tono lastimero.

—Voy a contártelo, pero tienes que jurarme que no le vas a comentar nada a Sergio.

—Te lo prometo.

—Jorge sigue dentro del armario.

—¿En serio?

—Está casado y tiene dos hijos.

—¿¡Cómo!?

—Su mujer es lesbiana y es un matrimonio para cubrir apariencias.

—¡La leche! ¿Cómo puede prestarse a eso Sergio?

—Son amigos con derechos. Ni Sergio ni Jorge están enamorados, solo pasan un buen rato juntos cuando les apetece. No hay más. Sin embargo, Rubén y tú...

—Rubén y yo follamos. No te voy a decir que el chico no me gusta, pero no tengo intención de mantener una relación con él —se defendió con pasión y la alcahueta que habitaba en Paty se frotó las manos.

—Pues se os ve muy bien juntos... Y yo que pensaba que entre tú y Sergio podría haber algo... —siguió insistiendo.

—A ver, a mí Sergio me gusta, pero tampoco tendría una relación con él. Es un poco saborío, gruñón y sé que yo no le gusto... ¿O crees que no he intentado ya llevármelo a la cama?

—Solo estoy de acuerdo contigo en lo de gruñón, aunque antes no era así.

—¿Antes?

—Sí, antes de que no le quedara más remedio que volver a casa. Sergio no ha sido electricista toda su vida.

—¿No?

—Él estudió robótica y vivía en Madrid, trabajando en lo suyo.

—¿Y qué pasó para que volviera?

—Su padre. Cuando enfermó, tuvo que volver para hacerse cargo de él, su hermana no podía con todo.

—¡Vaya! Eso explica su mal genio...

—Y ya vamos a terminar la conversación porque mira quién nos está esperando ahí.

—¿Aquí vive? Me encanta esta zona, aunque el aparcamiento es complicado.

—Esa es la casa de sus padres. Ahora la tienen en venta. Si tanto te gusta, podrías comprarla —bromeó Paty, aunque esas palabras se quedaron resonando en la cabeza de Alejandro.

La conversación se cortó cuando Sergio subió al coche y les dedicó un saludo. Después, el silencio reinó hasta que llegaron al sitio donde iban a cenar. El local estaba muy lleno y no había aparcamiento cerca, así que Paty les pidió que fueran entrando ellos para coger mesa mientras ella aparcaba. Alcahueta por naturaleza.

Los dos hombres se saludaron al bajar dándose la mano, y ese apretón duró más de lo políticamente correcto, incluso acariciaron la del otro con el pulgar, sin poder evitarlo, sin querer perder el contacto, con la necesidad acuciante de seguir sintiendo la corriente que generaba el uno en el otro.

Alejandro dio un primer paso, Sergio el siguiente. Estaban demasiado cerca el uno del otro. Sus miradas se cruzaron, los dos sabían lo que querían,

lo que necesitaban, lo que anhelaban, pero el miedo y la duda en los ojos del electricista era patente, y el fontanero no quiso que ese beso que tanto deseaba diera pie a alejarlo más de él. Se acercó a su cara y posó sus labios en la mejilla del otro hombre, aunque lo suficientemente cerca de su boca, haciendo que rozara la comisura de sus labios.

Eso no era lo que Sergio esperaba cuando empezaron a acercarse el uno al otro, en el fondo quería que los labios de Alejandro se posaran sobre los suyos, volver a sentirlos como lo había hecho esa misma mañana, por más que su cabeza quisiera resistirse, era lo que más deseaba en ese momento. Sin embargo, cuando recobró la compostura después de romper el contacto, fue consciente de que eso era lo mejor que podría haber pasado. Y un sentimiento de bienestar lo inundó al saber que había quedado a merced del otro hombre y había respetado sus límites.

Paty entró en el restaurante y los vio charlando muy contentos. Pensaba que le iba a costar más trabajo que Sergio diera su brazo a torcer y dejara de ser tan apático con Alejandro, pero se había equivocado. No tenía duda de que a su amigo le gustaba ese hombre, y por sus ovarios que iba a conseguir unirlos. Conocía a la perfección al electricista, eran amigos de toda la vida, sabía por todo lo que había tenido que pasar por el simple hecho de ser homosexual, cómo sufrió bullying en el instituto y cómo había conseguido reponerse a todo ello y ser la gran persona que era.

Sintió el impulso de volver sobre sus pasos y desaparecer, de darles una intimidad que creía necesaria para que las barreras de Sergio cedieran por completo, pero Alejandro alzó la vista y le sonrió, haciendo que su plan de huida se fuera al traste.

Se acercó risueña a ellos y se sentó en uno de los dos huecos libres que quedaban en la mesa para cuatro. Un refresco de cola sin azúcar la estaba esperando y agradeció que Sergio la conociera tan bien. Con aquel calor asfixiante que empezaba a despuntar esos días, era su bebida preferida para sofocarlo un poco.

—¡Dios, qué bueno! —exclamó tras darle un largo trago.

—Ya te voy conociendo, Mocososa.

—¡No me llames así! Sabes que me da mucho coraje que lo hagas delante de la gente.

Alejandro se rio a mandíbula rota por el apodo y por la reacción de Paty, y se ganó la mirada de los dos.

—¿Te estás riendo de mí?

—Lo siento, es que me ha hecho mucha gracia.

—¿Ves por qué no puedes llamarme así delante de la gente? —acusó a Sergio, que apenas podía controlar la risa.

—No era mi intención, me salió sin pensar...

—¿Sin pensar? —dijo con un deje de maldad divertida en sus palabras.

—No se te ocurra...

—¡Flacucho!

Alejandro volvió a reír a carcajadas, aunque un ramalazo de envidia se instaló en su pecho. Él nunca había tenido una relación de amistad como la de

ellos con nadie. Siempre había sido un niño solitario, que no le gustaba relacionarse con nadie por miedo al rechazo, ya que fue consciente desde muy pequeño de que era diferente a los demás compañeros de clase.

—¡Hala! Ya has conseguido que se ría de los dos. ¿Pedimos?

En sus palabras no había reproche, sino, más bien, un sentimiento de alegría. Sabía que el día de Alejandro había sido muy duro, de hecho, todavía vestía la ropa de trabajo y algunas manchas de sangre se perdían en los pantalones oscuros de trabajo.

Pidieron las hamburguesas más grandes que había en la carta, engulleron como si no hubiera un mañana, hablaron de todo un poco, rieron y pasaron un buen rato, hasta que Paty comenzó a hablar de trabajo.

—¿Dónde crees que nos mandarán cuando terminemos la obra del hotel?
—le preguntó Paty a Sergio.

—Eeh...

—¿Qué pasa? Y no me digas que nada porque te conozco demasiado bien.

—Pensaba contártelo en otro momento, pero creo que este es el más oportuno. Estando en compañía y en un restaurante lleno de gente no me matarás.

—¿Qué has hecho?

—He recibido una oferta de trabajo que no puedo rechazar.

—¿Te vas a otra empresa? A Fabián le va a dar un infarto si lo dejas por otro.

—¿Quién es Fabián? —preguntó Alejandro con cierto deje de celos en sus palabras.

—Nuestro jefe —contestó Paty.

—No me voy a otra empresa... Germán me ha propuesto trabajar con él...

—¿Germán? —inquirió Paty con una mezcla de alegría y tristeza en la pregunta.

—Sí... Y no es aquí.

—¿Vuelves a Madrid? ¿Cuándo te vas?

Alejandro los miraba en silencio, sin poder creer que Sergio se fuera de la ciudad, sintiendo que algo en su interior se resquebrajaba y un dolor punzante atravesaba su pecho.

—En quince días tengo que estar en Pamplona.

—¡Hostias! ¡Cómo mola! —exclamó Paty.

—Está trabajando en una nueva prótesis de pierna para deportistas, y me

quiere a su lado.

—¡Hala! ¡Lo que siempre te ha gustado!

—¡No sabes lo feliz que estoy! Lo que temo es cómo se lo va a tomar mi hermana, aunque ella sabe que este momento llegaría.

—¡Enhorabuena! —irrumpió Alejandro en la conversación en la que había quedado al margen.

—Gracias —contestó Sergio.

—Voy al baño un momento.

Alejandro se levantó rápidamente de la silla y se dirigió al baño. No entendía por qué eso le había afectado tanto, pero lo cierto era que en ese momento la rabia y el dolor lo estaban consumiendo. Tenía ganas de gritar, de llorar, de darle un puñetazo a una pared y de subyugar en la cama a Sergio, en un vano intento de que cambiara de idea, de que no se fuera. No podía seguir negando lo que sentía por ese maldito electricista, le gustaba más de lo que imaginó en un principio, porque no era normal que sintiera todo lo que estaba sintiendo. No quería que solo pasara por su cama, como si fuera un capricho más, quería que le perteneciera, que no escapara de su lado, y la impotencia de saber que nunca sería posible lo estaba consumiendo.

Había llegado el momento de terminar con el juego, de poner las cartas sobre la mesa, pero se sentía cobarde, incapaz de hacerlo, quizá por orgullo, quizá por miedo, quizá por ser consciente de que él no sentía lo mismo. Lo mejor sería poner distancia, dejar que ese sentimiento que lo llenaba se enfriara poco a poco. Sí, que se fuera lejos sería la mejor manera de que todo terminara, de que no siguiera doliendo.

Se miró al espejo y vio que estaba llorando, ni siquiera se había dado cuenta de que lo estaba haciendo. Abrió el grifo y se enjuagó la cara, borrando el rastro de sus sentimientos, y se vistió con su mejor sonrisa.

Salió del baño, se dirigió a la barra y pagó la cuenta antes de que ellos pudieran hacerlo. Tanto Paty como Sergio habían estado al pie del cañón durante ese infernal día y era lo menos que podía hacer por ellos.

Volvió a la mesa y encontró una porción de tarta de queso en su sitio. Nuca había hablado con ninguno de los dos de sus gustos en repostería, pero habían acertado de lleno.

Se sentó y no dudó en degustarla.

—¡Joder! ¡Qué buena! ¿Cómo sabíais...?

—Tu madre me dijo que cuando llegamos esta mañana acababa de meter

una en la nevera porque era la favorita de su «bebé» —inquirió Sergio, recalcando la última palabra.

—Bastante tengo con que me llame así a mis casi veintiséis años para que también lo hagáis vosotros. Todavía no he sido capaz de conseguir que deje de hacerlo.

Entonces fue cuando Paty y Sergio se rieron a carcajadas. Era cierto que el pobre chico cargaba con esa cruz por parte de su madre, pero bastante se había reído de ellos cuando empezaron a cenar y escuchó cómo se habían llamado el uno al otro. Finalmente, Alejandro se unió a las risas, siendo consciente de que ya lo habían bautizado a él también, y la idea no le disgustaba en absoluto.

Salieron del restaurante y dejaron a Paty en su casa, donde se encontraron con Andrés, que bajaba del coche de ella. Se había encargado de ir a recogerlo a la nave.

Antes de emprender de nuevo el camino para que Alejandro lo dejara en su casa, Sergio miró con alegría a su amiga. Ese chico la hacía feliz, no podía ocultarlo y eso hacía que él también lo fuera. Eso haría que se fuera más tranquilo a Pamplona, al saber que ella estaría bien y que tenía quien estuviera a su lado como merecía.

Llegaron hasta la casa donde vivía Sergio y Alejandro paró en la carga y descarga que había a unos metros para que nadie pitara mientras se despedían. Era una tontería, porque todo se resumiría a una despedida de un par de segundos, pero igualmente lo hizo.

—Gracias por traerme y por la cena.

—Era lo menos que podía hacer después de todo lo que habéis hecho por nosotros hoy.

—No es nada, hombre.

—Es más de lo que piensas. Si le hubiera pasado algo más grave, yo... — Las palabras se atoraron en el nudo que se le empezó a formar en la garganta y una solitaria lágrima rodó por su mejilla.

—No pienses en eso. Todo está bien y se va a recuperar pronto.

—Perdóname. Bastante has pasado tú en las últimas semanas para que venga yo a ponerte la cabeza como un bombo.

—Sé lo duro que es verse en esa situación, mejor que yo no te va a entender nadie...

—Ya me di cuenta esta mañana. —Sergio se tensó al recordar el beso y un

hormigueo corrió de su estómago directo a su entrepierna—. Manejaste muy bien la situación y...

Alejandro miró a Sergio. Sus ojos desprendían un fuego que lo hechizaba, que lo atraía de una forma irremediable, que pedía a gritos que reprodujeran el momento de esa mañana, cuando sus labios se unieron, cuando sus lenguas se conocieron por primera vez, cuando consiguió que un sentimiento de bienestar lo llenara, haciendo que reaccionara y se hiciera cargo de la situación.

Tuvo ganas de acortar distancias, de entregarse a eso que estaba seguro de que los dos deseaban, pero no lo hizo; no debía hacerlo. Si quería poner distancias entre los dos, dejar de sentir todo lo que ese hombre provocaba en él, no podía hacerlo. Si se dejaba llevar, todo se complicaría aún más.

—Bueno, creo que debo irme. Necesito una buena ducha —dijo, aliviando la tensión del momento, viendo cómo los preciosos ojos marrones de Sergio empezaban a apagarse, hasta que no quedar rastro del fuego que los estaba invadiendo unos segundos antes.

—Eeh... Sí, te va a sentar genial. Bueno, mañana nos cuentas cómo va todo. Estoy seguro de que en la obra querrán saber cómo está tu padre.

—Vale...

Y, antes de que pudiera decir más nada, Sergio depositó un suave beso en sus labios, saliendo acto seguido del coche y encaminándose a su casa.

Sergio abrió la puerta con el pulso aún temblando. No podía creer lo que acababa de hacer, no entendía por qué lo había hecho, por qué se había dejado llevar por un instinto tan básico, por qué necesitaba tanto volver a sentir sus labios, cuando el chico no había dado señales de querer que eso sucediera.

Sintió que estaba volviéndose loco. No quería ser su trofeo, pero al mismo tiempo deseaba serlo, sentir su piel desnuda bajo sus manos, devorar su boca y su cuerpo, enterrarse en él, dejarse llevar por el placer y hacer que tocara las estrellas.

Sí, en aquel momento supo que no le importaba si quería utilizarlo para alimentar su ego, que quería perderse con él entre las sábanas antes de irse, darle lo que había querido desde el momento en que se conocieron. ¡Y qué demonios!, él también lo había deseado, aunque su cabezonería y su terquedad no se lo hubieran permitido.

Ahora lo tenía claro, más que en todo ese tiempo: necesitaba estar con ese hombre y no pensaba parar hasta conseguirlo, a pesar de que él empezara a construir una barrera entre ellos.

Habían pasado casi dos semanas desde el incidente de Antonio. El hombre ya estaba prácticamente recuperado, aunque todavía seguía de baja, descansando unos días en casa.

Sergio estaba ultimando los detalles de su partida, y un estado de nervios se había apoderado de él.

La noche anterior se había despedido de Jorge. Como cada viernes, lo habían pasado de maravilla, sin embargo, había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no pensar en Alejandro mientras gozaba con él en la cama. Si bien era consciente de que el médico no estaba enamorado de él, no se merecía que el fontanero copara sus pensamientos.

Miró el reloj y dejó lo que estaba haciendo. Debía meterse ya en la ducha si no quería llegar tarde a la despedida que sus compañeros le habían organizado, con Paty a la cabeza.

Pensar en ella le hizo sonreír. Esa mariliendre, como buena alcahueta que era, se sintió feliz cuando le confesó que deseaba pasar con Alejandro, al menos, una noche antes de irse. De hecho, lo había invitado a esa despedida, y él se había alegrado de que aceptara.

Desde que le dio aquel último beso en el coche, no habían hablado sobre ese tema, y, a pesar de que Alejandro ya no volvió a insistir ni a insinuarse, no habían cortado el contacto. Todo lo contrario, hablaban casi a diario, compartían risas, los momentos del día a día y supo a cada momento cómo evolucionaba su padre.

Salió rápido de la ducha, no tenía tiempo que perder. Buscó en el armario la ropa que se pondría, tenía... quería estar impresionante, mejor que nunca, para conseguir que Alejandro volviera a babear por sus huesos, sin saber que el fontanero no había dejado de hacerlo en ningún momento.

Se miró en el espejo del armario y sonrió, le gustaba lo que veía reflejado en él. Sabía que era guapo, atractivo, que tenía un cuerpo de infarto, y esperaba que todo eso se viera acrecentado con la vestimenta.

Se puso un poco de su perfume preferido: Boss Bottled. Se asomó por última vez al espejo y corrió al salón porque su teléfono estaba sonando.

—Dime, Paty.

—Sal, que ya estoy llegando.

—Voy.

Colgó el teléfono y corrió hacia la puerta. Paró en la entrada, cogió la cartera, las llaves y volvió a mirarse en el espejo.

«Me he vuelto un hedonista», pensó mientras salía a la calle.

Paty no tardó más de un par de minutos en parar delante de él. Lo miró de arriba abajo y silbó con admiración mientras Sergio se acomodaba en el asiento del copiloto.

—Si no fueras gay, ya estaría tirándote los tejos. ¡Qué asquerosamente bueno estás, cabrón!

Una sonora carcajada brotó de la garganta de Sergio. Nunca cambiaría y su frescura era lo que más le gustaba de ella, lo que siempre le arrancaba una sonrisa.

—Gracias, Mocososa.

—Te esperaba guapo, pero... ¡Madre mía! Sí que te has esmerado por la causa, ¿eh?

—No me queda mucho tiempo aquí y... por día que pasa, más necesito estar con él. ¿Por qué no me dijiste desde el principio que me estaba comportando como un idiota?

—¿Que no te lo dije? —Lo miró sorprendida.

—Bueno, sí, pero debiste hacerme entrar en razón.

—Ni que yo fuera tu madre, Flacucho.

—¿Crees que le gustaré?

—Si no le gustas, es porque está más coladito de Rubén de lo que dice.

—No es lo que me dijo... Espero que no.

Y entre charlas y risas llegaron al lugar donde habían reservado mesa para cenar. Aparcaron casi en la puerta y entraron en el local. Todos sus compañeros estaban allí. Ojeó por el lugar, pero no encontró a la persona que más deseaba ver. Alejandro no había llegado y la duda de que no lo haría se apoderó de él.

Se sentaron a la mesa y el camarero comenzó a llevarles las bebidas. Estaba inquieto, molesto, apenas conversaba con sus compañeros y, para terminar de rizar el rizo, estaba sentado de espaldas a la puerta, por lo que no tenía posibilidad de ver quién entraba y quién salía.

—Disculpad. Hubo un accidente y me han tenido en un atasco que... Ufff. Bueno, ya estoy aquí.

Sergio sintió que el corazón iba a salirsele por la boca cuando escuchó su

voz. Había perdido la esperanza de que apareciera. Ahora, aunque no estuviera sentado a su lado, sabía que estaba allí.

—Ya pensaba que no vendrías —dijo Paty, levantándose para saludarlo—. Siéntate aquí, que yo tengo que hablar con Fabián de la obra a la que voy el lunes.

Le dio un pellizco a Sergio en el costado antes de retirarse de su sitio y este se dobló ante el repentino ataque de su amiga. Acto seguido, se puso en pie para saludar al hombre que acababa de llegar y se quedó sin aliento. Si él se había esmerado para estar arrebatador, Alejandro no se había quedado atrás.

Tras darse la mano de la forma tan peculiar que siempre solían hacer, tras acariciarse con los pulgares, tomaron asiento y el camarero llegó para atender a Alejandro.

—¿Qué desea beber?

—Agua y un tequilita, ¿sí?

Todos lo miraron extrañados ante la petición. Nadie esperaba que fuera a cenar con agua, pero mucho menos que pidiera un tequila, y Alejandro sintió la necesidad de dar una explicación.

—El atasco me estresó y, bueno, mi madre es mexicana, ¿qué esperaban?

Entonces, Paty llamó al camarero de un silbido y gritó:

—¡Tequila para todos!

Sergio se llevó mentalmente las manos a la cabeza. El tequila nunca le había sentado bien, y mucho temía que no iba a ser el único que tendría que tomar esa noche por culpa de su amiga. Solo esperaba no emborracharse demasiado, necesitaba estar fresco para poder manejar la situación con Alejandro, ya no le quedaban oportunidades para conseguir su propósito.

La cena pasó entre risas y emociones. Sergio sabía que todos en la empresa lo apreciaban, que su jefe lo valoraba muy bien, aunque nunca pensó hasta qué punto, y sus palabras consiguieron emocionarlo hasta el extremo de no poder contener las lágrimas. Ese hombre había sido uno de sus mayores apoyos, le enseñó todo lo que necesitaba para trabajar con él y siempre estuvo a su lado.

Una copiosa comida, varias jarras de cerveza y tres tequilas después, llegaron al local de moda. Aún no estaba demasiado lleno y se podía bailar, aunque sabían que no tardaría mucho en estar hasta arriba, así que decidieron salir a la terraza y coger una mesa.

Algunos se sentaron, otros siguieron en la pista, entre ellos Sergio y Alejandro que se dedicaron a observarse en la distancia.

El alcohol empezaba a hacer mella en el electricista, dándole más valor del que ya tenía para acercarse al fontanero, por eso no dudó en tomarlo de la mano y tirar de él hasta la barra, acercándose al chico más de lo debido.

Tras dedicarle una sonrisa pícaro, se giró hacia el camarero y le pidió dos chupitos de tequila, teniendo que soportar la mala cara de Alejandro, que sabía que la resaca del día siguiente sería bastante mala para Sergio.

—No deberías tomar tanto tequila.

—¿Por qué?

—Porque el tequila es traicionero y seguro que no acostumbras a beberlo.

—Es mi despedida y no sé cuándo volveré a pegarme una buena fiesta como esta.

—Mañana te vas a arrepentir...

—No creo que me arrepienta de nada de lo que ocurra esta noche. Absolutamente de nada —le dijo a Alejandro, guiñándole un ojo y consiguiendo que al chico le temblaran las piernas.

Alejandro estaba empezando a pensar que Sergio pretendía que aquella noche la terminaran juntos. Si no fuera porque sabía de sobra que eso era imposible, ya lo hubiera tentado. Por mucho que quisiera poner distancia con él, lo atraía de una manera irremediable y si se lo pidiera, no dudaría en acceder a pasar la noche juntos.

Después de tomar el chupito, volvieron a la pista, bailaron con los compañeros, una canción tras otra. Salsa, merengue, bachata... Hasta que la melodía de Tu recuerdo interpretada por Ricky Martin y la Mari de Chambao llenó cada rincón de la sala.

Alejandro creyó derretirse cuando Sergio se acercó a él, lo tomó por la cintura e hizo que se moviera contra sus caderas, al compás de la música, haciéndole sentir lo excitado que estaba en ese momento. Aguantó como buenamente pudo las ganas que tenía de devorar sus labios, de perderse en su boca, de saborear de nuevo su lengua.

Fueron los cuatro minutos más largos de su vida, pero al fin la canción terminó y pudo separarse del hombre que cada noche colmaba sus sueños.

Las luces del lugar se encendieron y supieron el por qué de aquella balada. Era hora de cerrar y estaban echando a la gente.

Salieron todos de allí y se distribuyeron en los coches. Paty, como era de

esperar, llenó el suyo sin contar con Sergio, y organizó los de los demás para que tampoco hubiera hueco, por lo que a Alejandro no le quedó de otra que llevarlo a su casa. Algo que no le apetecía para nada porque bastante duro estaba siendo resistirse.

Sergio se tambaleaba de un lado al otro de la acera, incluso estuvo a punto de tener un traspies. Llegaron rápido al coche que, por suerte, no había aparcado demasiado lejos del local o habría tenido que recogerlo del suelo.

Condujo hasta la casa del electricista y, una vez llegaron, paró el coche en la carga y descarga. Mucho se temía que tendría que ayudarlo a entrar en casa y hasta acostarlo.

Alejandro hizo que pasara su brazo sobre su hombro y pasó el suyo por la cintura de Sergio, que ya no se tambaleaba.

Llegó a la puerta, le quitó las llaves de la mano y abrió. Cierto era que no estaba tan bebido como creyó en un primer momento, pero dudaba mucho que acertara a abrirla.

Una vez la entrada quedó despejada y dejó el llavero en el mueble de la entrada, decidió que era el mejor momento para salir huyendo de allí, pero Sergio lo agarró de la mano, tiró de su brazo y lo pegó a él.

Sergio lo deseaba, no quería que se fuera, quería que compartieran esa noche juntos, y por eso no dudó en besarlo, en quemar ese último cartucho que le quedaba; tenía una necesidad imperiosa, que era incapaz de controlar, de perderse en su cuerpo.

Alejandro, en un primer momento, se dejó llevar y respondió al beso. Tenía al alcance de su mano lo que tanto tiempo llevaba deseando, en aquel momento Sergio se servía en bandeja para él... Pero el sabor a tequila de su boca hizo que reaccionara y se apartara, tapándose la boca con una mano y meciéndose el pelo con la otra.

—¿Qué pasa, Alejandro?

—Esto no...

—¿No deseas que pase esto? —Sergio besó su cuello.

—Sabes que lo deseo desde el primer día, pero...

—¿Entonces?

—Estás bebido, y no podría soportar que mañana te arrepintieras de lo que pase.

—Creí que antes te había dejado claro que no pienso arrepentirme de lo que pase esta noche.

—Lo siento... No puedo. Una cosa es decirlo y otra lo que pienses cuando no estés ebrio.

—Alejandro...

—Date una ducha y acuéstate.

Alejandro se deshizo del agarre de sus brazos y se fue antes de que lo pudiera retener. Si volvía a hacerlo, si volvía a besarlo, toda su fuerza de voluntad se esfumaría y acabaría en su cama, a riesgo de sufrir su arrepentimiento a la mañana siguiente.

El domingo fue un auténtico infierno para Sergio en todos los sentidos. La resaca fue un calvario por culpa del maldito tequila, y pensar en el rechazo de Alejandro lo tenía de un humor aún peor.

Sergio no entendía nada de lo que había pasado. Los dos estaban deseosos de que ocurriera lo que tenía que ocurrir, pero Alejandro se había ido, alegando que al despertar estaría arrepentido.

Pasó el día dormitando y pensando en ese maldito niño malcriado que se había convertido ya en una obsesión, y no entendía por qué. Bien cierto era que no estaba acostumbrado a que los hombres lo rechazaran, pero cuando en una o dos ocasiones había ocurrido, simplemente había pasado del tema y había buscado a otro que calentara su cama. Sin embargo, ni se planteaba llamar a Jorge.

El lunes estaba siendo un auténtico caos. Había tenido que ir al notario con su hermana para firmar un poder que le permitiera vender la mitad de la casa que le correspondía en herencia. Si no lo hacía, tendría que volver para firmar la venta y perder al menos tres días de trabajo, algo impensable si acababa de empezar a trabajar. Además, necesitaba alejarse un tiempo de su tierra, volver a vivir la vida que siempre le había gustado.

Eran las siete de la tarde cuando, tras tomar un ibuprofeno para terminar de mitigar la resaca que todavía le duraba, se metió en la ducha. Esa noche Paty iba a cenar en casa, iba a ser la despedida particular de los dos amigos, que tardarían unos meses en volver a verse, como mínimo hasta Navidad.

Se vistió con ropa informal, a fin de cuentas, se sentían en confianza y dudaba que su amiga vistiera de etiqueta para la ocasión. Así que no dudó en vestir unos vaqueros y una camiseta básica de color blanco.

Estaba terminando de preparar el sushi cuando el timbre sonó. Le extrañó en la forma en que lo había hecho, ya que la de Paty era tan particular que sabía que era ella, así que imaginó que podría ser algún vecino pidiendo sal, pero nada lo tenía preparado para lo que le esperaba.

Abrió sin mirar por la mirilla, sin preguntar si quiera, y delante de él se encontró a Alejandro. Se quedó petrificado, era la última persona a la que esperaba esa noche.

Se apartó y le hizo un gesto para que entrara, imaginando que querría

hablar de lo que había pasado dos noches atrás, aunque para él estaba claro: a Alejandro ya se le había pasado el capricho de estar con él, ya no quería que fuera un trofeo más.

—¿Sabes por qué he venido?

—Lo imagino, pero no es buen momento. Paty está al llegar.

—Paty no va a venir.

—¿Cómo?

—Le pedí que organizara esto porque no estaba seguro de que quisieras hablar conmigo. Si hubieras sabido que era yo quien venía, podrías haberte negado.

—Ya...

—Te lo vuelvo a preguntar: ¿sabes por qué he venido?

—¿Por lo que no pasó el sábado por la noche?

—¡Chico listo!

—Mira, Alejandro. Lo siento, yo pensé que tú... Y yo...

—He venido porque hoy no estás borracho.

—El sábado tampoco... Bueno, sí, un poco borracho sí que estaba.

—¿Un poco? Casi no te tenías en pie, el tequila es muy traicionero... A ver, que me desvío del tema. Yo...

—Estaba borracho, pero sabía lo que quería. Llevo deseándolo desde que te di ese último beso en el coche.

—No podía arriesgarme a sufrir tu rechazo al día siguiente... ¿Qué has dicho? —Sergio acertó la distancia entre ellos y lo tomó por la cintura, acercándolo a él.

—Te deseo tanto que da miedo, te deseo desde el primer día que nos cruzamos en las escaleras del hotel y he sido un gilipollas por no querer verlo antes, por resistirme, por pensar que eras un niño malcriado y caprichoso y no el hombre que tengo delante de mí.

—Sí, soy un niño caprichoso, pero estoy cambiando mucho.

—Shhh.

Sergio atrapó sus labios. Sabía que había expuesto demasiado, que no debió decirle que siempre había estado en sus pensamientos, que le estaba inflando el ego más de lo que debía, pero nada de eso importó cuando sus lenguas se encontraron, cuando lamió y mordisqueó a su gusto el cuello de Alejandro, cuando lo escuchó jadear con sus caricias, cuando sus erecciones se saludaron.

—Bebé, me muero por enterrarme en ti.

—Y yo en ti.

—Soy activo.

—Yo también.

—Hagamos un trato. Si consigues que me corra en tu boca, tú empiezas, pero después me tocará a mí. Si no lo consigues, yo seré el primero —propuso mientras le quitaba la camiseta.

—Acepto. ¿Dónde está tu habitación?

Sergio sonrió travieso. Sabía que tenía buen aguante y que él sería el primero, jugaba con ventaja y no la pensaba desaprovechar. Cogió a Alejandro de la mano y lo condujo por el pasillo.

Entraron en la habitación y se desnudaron con urgencia, los dos estaban deseando disfrutar del otro, acariciar sus cuerpos desnudos, lamer cada rincón de ellos.

Alejandro se sentó en el filo de la cama. Sabía que le sobraba medio minuto para hacer que Sergio se corriera, su boca era prodigiosa, pero el otro hombre no lo sabía y esa era su mayor ventaja. Aunque hubiera aceptado que él fuera el primero en estar arriba, el juego le pareció de lo más delicioso. ¡Qué demonios! Lo dejaría ganar, mas antes lo llevaría al límite, le haría saber que él tenía el control y que gustoso se lo cedía.

Abrió las piernas, deseoso de recibirlo, y Sergio no dudó en acercarse a él. Alejandro se lamió los labios y, acto seguido, hizo lo mismo por el largo y ancho tronco del hombre que tenía delante. Sabía que le iba doler cuando lo penetrara, pero también que le iba a provocar un orgasmo descomunal, había visto la cara de placer de Jorge en aquel aparcamiento, había sentido envidia por no ser él quien recibía sus envites, sin embargo, ahora era su turno y no lo pensaba dejar pasar.

Su lengua jugó con el capullo, saboreó una gota de líquido preseminal que indicaba el grado de excitación de Sergio y eso hizo que engullera su polla hasta casi provocarle una arcada, arrancándole un gemido de placer y otro de queja cuando la sacó de su boca. Lo miró a los ojos antes de volver a hacerlo y pudo ver el fuego de la lujuria brillar en ellos. Sí, era cierto, lo deseaba tanto como él.

Su boca marcó un ritmo infernal acompasado de las caderas de Sergio, notó que las piernas empezaban a temblarle, que su clímax estaba muy cerca. Volvió a tragarla hasta tenerla por completo dentro de su boca, provocándole

una arcada que supo controlar, y volvió a abandonarla.

—Todavía no ha pasado el minuto...

—Lo sé, pero estás a punto.

—¿No era lo que querías?

—Eso era lo que querías tú. Yo quiero que me folles.

—Pero tú dijiste...

—Tenemos toda la noche por delante, ¿qué más da quién empiece?

Y, entonces, Sergio lo tuvo claro.

Tumbó a Alejandro en la cama, se coló entre sus piernas, rozó sus erecciones que resbalaban a la perfección gracias a su saliva, devoró su boca, su cuello. Lamió sus pectorales, mordisqueó sus pezones, jugó con ellos y siguió bajando por la fina línea de vello que delineaba en centro de sus perfectos abdominales. Su olor a hombre mezclado con el deseo, con la lujuria, con la pasión y la entrega consiguieron que se excitara más de lo que ya estaba y cuando introdujo su falo en su boca, creyó tocar el cielo, pero solo se permitió hacerlo durante unos segundos. No quería que esa perfecta erección se corriera y terminara el juego antes de tiempo.

Se incorporó en la cama, alargó el brazo, abrió el segundo cajón de la mesita de noche, le entregó un preservativo y un bote de lubricante y se los entregó.

Alejandro no entendía muy bien por qué se lo daba, hasta que Sergio se tumbó a su lado y dijo:

—Quiero sentirte dentro de mí, Bebé.

—Pero...

—Shhh. Ven aquí.

Alejandro hizo lo que le pedía. Sabía que ese paso había sido muy importante para Sergio, no tenía ni idea de si antes lo habría hecho con otros hombres, pero pensaba conseguir que disfrutara de la mejor experiencia de su vida.

Lo besó con ansia, con pasión, con lujuria, pero también con una ternura desmedida que hizo que el corazón de Sergio se saltara un latido. Lamió sus labios, a pesar de que su lengua reclamaba más atención. Se separó de él, lo miró a los ojos y sintió miedo de lo que veía en ellos. Si bien el fuego refulgía como la lava de un volcán en erupción, podía vislumbrar un sentimiento de entrega al que no quiso poner nombre y que le provocó cierto miedo.

Rozó sus erecciones, haciendo que un gemido ronco brotara de su garganta.

Dedicó atenciones a sus pezones y, finalmente, su boca volvió a darle placer. Aprovechó el momento de éxtasis en el que se encontraba para embadurnar uno de sus dedos con lubricante. Masajeó la entrada de su ano que se contrajo en el primer contacto, pero se fue relajando poco a poco hasta que consiguió introducirse en él. Unos instantes después, se coló un segundo. Entró y salió despacio, los rotó, los abrió y los cerró consiguiendo darle amplitud a la entrada y, cuando vio que estaba completamente relajado y entregado, los sacó provocando un jadeo de protesta en Sergio.

—¿Estás seguro?

—Sí —fue lo único que alcanzó a decir.

Alejandro se colocó el condón y vertió más lubricante en el capullo y el tronco. La visión de Sergio agarrado a los barrotes del cabecero de la cama, esperando el momento, era digna de cualquier escena de una novela erótica, pero solo él la disfrutaría.

Sergio abrió más las piernas para que tuviera un mejor acceso, y Alejandro no dudó en alzar sus caderas para poder penetrarlo mejor. Introdujo el capullo poco a poco, sin dejar de mirarlo a los ojos, mientras acariciaba su dura verga. Tenía que conseguir que se relajara más o le haría daño, y no quería que eso pasara.

Salió y volvió a entrar con calma, sin prisa, aunque sabía que no iba a durar un suspiro dentro de él, era demasiado el deseo contenido. Cuando vio que Sergio estaba cómodo con la invasión, empezó a hundirse un poco más con cada embestida, hasta que consiguió entrar por completo en él.

Estuvo unos segundos entrando y saliendo con suavidad, para que se su ano se acostumbrara a su verga, y en el momento en que vio que estaba cómodo, aumentó el ritmo.

Sergio notaba los continuos golpes certeros en la próstata que los estaban conduciendo a un orgasmo brutal. Notó los espasmos de su polla en la mano de Alejandro, que continuaba masturbándolo a la vez que lo penetraba sin descanso. Quiso avisarle, pero no tuvo tiempo. Se corrió en su mano y los borbotones de semen cayeron descontrolados sobre sus abdominales.

Alejandro abandonó su miembro, agarró sus caderas con las dos manos y buscó su propio placer, mientras Sergio apenas podía ya agarrar los barrotes del cabecero. Entonces, en su nebulosa de placer, vio cómo se quedaba tenso, quieto, enterrado por completo en él y sintió en su ano los espasmos de su verga al correrse.

El jodido fontanero le había provocado uno de los mejores orgasmos de su vida, y pensaba devolverle cada gota del placer que le había hecho sentir.

Alejandro salió de él y se tumbó a su lado, sin quitarse el condón siquiera. Estaba exhausto y todavía estaba recuperándose del orgasmo que acababa de tener.

Sergio se incorporó en la cama, ya un poco más repuesto. Se acercó a su miembro y le quitó el preservativo. Lo anudó, lo tiró al suelo y lamió los restos de semen que aún quedaban en el miembro de su compañero, arrancándole un último jadeo.

—¿Estás bien? —preguntó Alejandro.

—Nunca había estado mejor —dijo antes de besar sus labios—. ¿Tienes hambre?

—Bastante.

—Pues levanta, que la comida ya está lista. Después seguiremos jugando...

Y con esa promesa, los dos hombres abandonaron la cama. Completamente desnudos cenaron y se excitaron a partes iguales. Y en la cabeza de los dos rondaba un único pensamiento: no saber si una noche sería suficiente.

Despuntaba el alba cuando los dos amantes resoplaban tumbados en la cama. La noche todavía no había terminado para ellos, aunque el cansancio comenzaba a hacer mella.

Sergio se sentó en la cama y se apoyó en el cabecero de esta. Alejandro dejó caer la cabeza en su regazo y no dudó en acariciarle el pelo y la cara.

—¿Qué hora es? —preguntó Alejandro.

—Algo más de las siete —contestó Sergio tras mirar el teléfono que descansaba en la mesita de noche.

—Ya voy muy tarde.

—¿Tienes que irte?

—Sí. Tengo que hacer algunas gestiones de bancos. Desde que mi padre está de baja, y he aceptado el trabajo de oficina... Me gustan más las obras, son más entretenidas... ¿A qué hora te vas?

—Cojo el AVE a las nueve menos cuarto, así que tendré que salir de aquí en el tren de las...

—Déjame dejar solucionados algunos asuntos y yo mismo te llevaré a Sevilla.

—No es necesario, sé que estás muy liado...

—No pienso separarme de ti más del tiempo necesario. Hemos perdido muchos momentos desde que nos conocemos por culpa de nuestra cabezonería.

—Tienes razón, aunque...

—¿Aunque?

—Despedirnos hubiera sido mucho más doloroso, ¿no crees?

Sergio pronunció esas palabras sin creer en ellas, sentía cómo se le encogía el corazón de pensar que no volvería a verlo en mucho tiempo, y que cuando sucediera, probablemente él habría conocido a alguien.

—Sí, claro.

Alejandro aguantó las ganas de llorar. Para él era igual de doloroso, tenía claro que después de esa noche, jamás podría borrar el rastro de Sergio de su vida, en aquel momento era consciente de estaba colado por él... ¡Qué demonios! Estaba enamorado hasta las trancas.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Puedo darme una ducha antes de irme?

—Estás en tu casa —dijo Sergio, sin saber en ese momento cuánta razón tenía esa frase hecha.

Alejandro se levantó mostrando su desnudez sin ningún tapujo. Las manos y la lengua del hombre que dejaba en la cama habían recorrido su cuerpo durante toda la noche.

Sergio se tapó la cara con una almohada y ahogó un grito de rabia. Sí, era lo mejor que podría haber pasado, era consciente de que hubiera sufrido mucho si la relación entre ellos hubiera llegado a más, porque tenía muy claro que tenía que irse, que tenía que retomar el rumbo de su vida, que se lo debía a sí mismo y se lo merecía, y en aquel momento, Alejandro no podía dejarlo todo y seguirlo.

«¿Qué te hace pensar que te iba a seguir, estúpido?», se preguntó en silencio. No dudaba que le gustaba al fontanero, muchísimo para ser más exactos, pero lo de dejarlo todo y seguir a otra persona solo lo hacen los locos y los que están enamorados, y Alejandro no era ninguna de las dos cosas.

Alejandro volvió a la habitación con una toalla anclada en sus caderas. Su torso estaba perlado por algunas gotas de agua que caían de su pelo alborotado. Sergio contempló la estampa y, a pesar de que su polla estaba sensible de haber pasado la noche follando, no pudo evitar que una erección comenzara a despuntar ante la visión.

Se levantó de la cama, se acercó a él completamente desnudo, lo abrazó por la espalda, dejó caer la cabeza sobre su hombro y besó su cuello.

—No sigas haciendo eso... —susurró sin apartarse, moviendo la cabeza para darle un mayor acceso—. Tengo muchas cosas que hacer esta mañana.

—Lo sé, pero no quiero que te vayas.

Alejandro se apartó un poco, se giro y se abrazó a su cuello, uniendo su frente con la de Sergio.

—Cuanto antes me vaya, antes regresaré. Aprovecha para descansar un poco en mi ausencia, porque después no tendrás tiempo.

—Suena bien, aunque creo que prefiero terminar de hacer las maletas. Así, cuando vuelvas, descansaremos los dos, tú también lo necesitas.

—Me gusta... Sin embargo, dudo mucho que puedas mantener a tu verga quieta teniéndome a tu lado.

—Pretencioso...

—Pero te encanta, no lo niegues.

—Me encanta todo lo que venga de ti, niño caprichoso.

—¿Todo? —Sergio supo a qué se refería.

—Todo —dijo, sabiendo que hablaban del hecho de que esa noche, en más de una ocasión, había cedido el mando.

—¿Lo habías hecho antes?

—Sí, hace mucho tiempo, pero no fue, ni por asomo, tan placentero como lo de esta noche.

—Soy bueno en la cama...

—Me pone muy cachondo que seas tan egocéntrico, y si no fuera porque tienes que irte, ahora mismo pagarías por ello.

—Luego te permitiré que cobres todo lo que quieras, pero ahora tengo que trabajar.

—¡Ese es mi chico!

Esa frase hizo que los dos se tensaran y rompieran el abrazo. Sonaba bien la condenada, pero decía más de lo que los dos estaban dispuestos a reconocer en ese momento.

Alejandro se vistió rápidamente con la ropa que había traído el día anterior. Pensó en pasar por casa para coger alguna limpia, pero no tenía tiempo, así que era lo único que podía hacer, aunque Sergio no pensó lo mismo.

—Todavía hay ropa en el armario... Lo digo por si no quieres usar la misma, más o menos tenemos la misma talla.

—Me acabas de salvar la vida. Me conformo con unos calzoncillos y una camisa.

—Sírvete tú mismo.

—Gracias —susurró en los labios de Sergio mientras lo besaba.

Alejandro se separó de Sergio de mala gana y fue al armario. Tenía que reconocer el buen gusto del hombre y no dudó en coger la camisa que llevaba puesta el sábado por la noche. Dudaba que le quedara igual de bien que a él, pero le hizo especial ilusión vestirla.

Cerró la puerta, se la puso y se miró en el espejo, observando de reojo a Sergio mientras lo hacía.

—No me queda tan bien como a ti, pero puede valer, ¿no crees?

—Te queda genial. —Sergio se acercó a él y lo abrazó por detrás—. Quédatela, así tendrás un recuerdo mío.

—¡Si eres un romántico! ¿Quién eres y qué has hecho con mi electricista favorito? —Sus palabras provocaron en Sergio una sonora carcajada—.

Parece que no fuéramos a vernos nunca más.

—No nos veremos en unos meses.

—¿Me llamarás cuando vengas de visita?

—¿Solo cuando venga de visita?

—Puedes llamarme siempre que quieras, pero sabes a qué me refiero.

—No quiero que salgas ahora de esta casa, ¿dudas de que quiera volver a estar contigo?

Sergio observó el brillo de júbilo de los ojos de Alejandro a través del espejo y se sintió feliz. Era una tontería pensar que eso significaba una especie de compromiso entre ellos, pero, en realidad, una parte de él, lo deseaba. Aun así, no dijo nada más. No podía pedirle al hombre que tenía delante que lo esperara, ni que mantuvieran una relación a distancia. No se sentía con fuerzas de pronunciar esas palabras y que le diera un contundente no por respuesta. Tampoco quería arriesgarse a que el fontanero le pidiera que no se fuera, porque, aunque no lo quisiera reconocer, sería capaz de, al menos, planteárselo, y demasiado había limitado ya su vida. Ese era su momento de realizarse profesionalmente y no quería que nada ni nadie lo detuviera.

Alejandro terminó de vestirse con rapidez mientras Sergio se puso un fino y corto pantalón de pijama. Lo acompañó hasta la puerta y lo despidió con un profundo beso, con el que le demostró las ganas que tenía de que pronto estuviera de vuelta.

Cerró la puerta, se apoyó en ella y se quedó ahí durante algunos minutos, hasta que un mensaje sonó en su teléfono.

Corrió hasta la habitación y lo cogió de la mesita de noche. El mensaje era del hombre que acababa de salir por la puerta, y le extrañó.

¿Necesitas que te traiga algo cuando vuelva?

Sergio no lo pensó ante aquella pregunta, tecleó de forma instintiva y envió el mensaje antes de tener tiempo de arrepentirse de hacerlo.

Te necesito a ti.

Dejó el teléfono donde mismo estaba antes y se fue directo a la ducha. Mientras, sentado en el coche y sin arrancar, Alejandro se debatía en si volver a entrar en la casa o ir a trabajar.

Sergio no estaba poniéndoselo fácil, la noche anterior había ido hasta allí para dejar las cosas claras entre ellos, para pedirle que no insistiera, que le hacía daño saber que lo que había entre ellos nunca sería una realidad, pero no

pudo resistirse a sus palabras, a su mirada de ruego, a sus besos, a sus caricias... Había sido débil, sabía que lo iba a pasar muy mal, sin embargo, la necesidad de sentir que era suyo era superior a todos sus miedos y a todo el dolor que esos últimos momentos juntos iba a provocar en él.

Finalmente, ganó la opción de la responsabilidad. Así que arrancó el coche y se dirigió al edificio donde tenía la sede la empresa de su padre.

El timbre de su teléfono resonó en todo el coche, y descolgó rápidamente al ver que era su madre. Sabía que le esperaba una buena bronca por no avisar de que no llegaría, pero aquella noche solo habían existido él y Sergio.

—Buenos días.

—¿Buenos días? ¿Dónde te has metido? Acabo de despertar y he visto que tu cama estaba sin deshacer. ¿Estás bien, bebé?

—Estoy bien, mamá. Se me olvidó avisarte.

—¿Has pasado la noche con Rubén?

—Sabes que no veo a Rubén desde que pasó lo de papá.

—¿Entonces?

—He dormido en casa de Sergio...

—Lo sabía. Por mucho que me lo negaras, sabía que entre vosotros había algo. No sabes cuánto me alegro, rey mío.

—Mamá, no te montes películas. Te recuerdo que mañana se va para Pamplona.

—¿Y qué más da eso?

—Para, por favor.

—Está bien... El tono de tu voz me dice que no va a ser fácil decirle adiós. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. Por cierto, pasaré luego por casa para coger algo de ropa. ¿Me preparas una maleta para no perder tiempo?

—Claro que sí, bebé.

—Necesito aprovechar hasta el último minuto que nos quede juntos.

Se despidieron en el momento en el que Alejandro aparcó el coche. Cogió el móvil del asiento del copiloto y no pudo evitar volver a leer el último mensaje que había recibido. Sergio le había dicho que lo necesitaba l, pero a él ya lo tenía, y no dudó en hacérselo saber.

A mí ya me tienes.

Guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón, entró en la cafetería que

había junto al edificio y pidió un café doble. Aquella mañana iba a ser un infierno y necesitaba estar despejado para poder afrontarla.

Eran varios trámites los que tenía que hacer relacionados con la empresa, aunque también uno personal. En poco más de una hora, tenía una reunión con un agente inmobiliario, ya era hora de que tuviera su propia casa.

El timbre de la puerta sonó y Sergio supo que era Paty. Acudió a abrir la puerta y se encontró con la cara de expectación de su amiga. La miró muy serio durante un par de segundos y la hizo pasar, viendo cómo la expresión de su amiga se tornaba seria. Le encantaba hacerla creer que estaba enfadado, para después reírse a su costa.

—Llegas un poco tarde a cenar, ¿no?

—Yo...

—¿Dejarás algún día de alcahuetear?

—Creí que...

—Pues te quedaste sin sushi, Alejandro y yo dimos buena cuenta de él..., y de mi cama, todo sea dicho de paso —dijo antes de reír.

—¡Serás capullo! —exclamó Paty al ser consciente de que había sido víctima de una de sus bromas—. Venía yo feliz de la vida porque no tenía noticias tuyas, y eso solo podía significar que las cosas habían ido bien. Pero me recibes con esa cara de apio revenío y haces que me ponga en lo peor, y todo para reírte a mi costa. Eres malo, Flacucho, muy malo. Eso no se le hace a una amiga.

—Ni las encerronas tampoco, ¿no crees?

—Vale, me callo. Pero ha salido bien, así que no te quejes.

—En eso tienes razón. A las ocho estaba saliendo de aquí, y espero que no tarde demasiado en volver.

—Estáis aprovechando bien el tiempo, ¿eh?

—Sí, y creo que esto no puede ser bueno. Quizá habría sido mejor que nada hubiera pasado entre nosotros. Sinceramente, no sé qué sentimientos alberga hacia mí, si sigo siendo un simple capricho, pero a mí me ha calado hondo el maldito niñato...

—Habla con él, dile lo que sientes, lo mismo te llevas una sorpresa...

—¿Qué sabes tú?

—Lo que yo sepa se queda entre Alejandro y yo. Si tú quieres saber, arriésgate y pregunta.

—¡Qué cabrona eres! Alcahuetear para que nos liemos y no me quieres dar información ahora... De verdad, que hay veces que no te entiendo.

—Una cosa es que haya querido uniros y otra que me meta en lo que sentís.

Si quieres enfadarte, enfádate, yo no pienso hablar contigo de lo que Alejandro siente o deja de sentir, ni haría lo mismo con él de ti.

—Vale.

—No te enfades conmigo, que te vas mañana... ¿Tanto te gusta?

—Bastante. Pero bueno, ya pasará. Mañana empiezo una nueva etapa y estoy feliz por ello.

—Te voy a echar de menos, Flacucho.

—Y yo a ti, Mocosa, aunque podrías pegarte una escapadita con tu Andrés de vez en cuando.

—Y podemos llevarnos a alguien más... —Lo miró con picardía y supo que se refería a Alejandro.

—Vamos a dejar estar el temita, ¿vale?

—Está bien, no te insisto. ¿Quedamos esta noche para cenar?

—Vale. ¿Aquí o salimos a alguna parte?

—Aquí, pero no preocuparos por la comida, yo la traigo. Y... —Miró el reloj—. Me voy, que Andrés va para mi casa para comer juntos porque trabaja esta noche.

—¿A qué se dedica?

—Es enfermero, de eso conocía a Jorge.

—¡Aaah! Bueno, luego nos vemos, no te quito más tiempo.

Paty salió de la casa y Sergio se volvió a centrar en las dos maletas que se llevaría. El resto de las cosas las tenía metidas en cajas para que su hermana se las enviara por mensajería cuando se vendiera la vivienda.

Iba a echar de menos todo lo que le rodeaba, pero la ilusión de emprender un nuevo camino era superior a la tristeza de dejarlo todo atrás.

Sintió ganas de tirarse en la cama y descansar un poco, mas, si lo hacía, corría el riesgo de quedarse dormido, y cuando llegara Alejandro no escucharía el timbre.

Se fue a la cocina y abrió la nevera. No había mucho donde elegir, no tenía gran cosa porque se iría al día siguiente, así que decidió que pediría comida a domicilio, y recordó que Alejandro le había preguntado si necesitaba algo, tras lo que se olvidó del teléfono. Podía pedirle que se encargara de recoger el almuerzo.

Fue a su dormitorio y cogió el móvil. Tenía un mensaje de poco después de la contestación que le dio a si necesitaba algo. Tuvo que sentarse en la cama al leerlo.

—A mí ya me tienes —dijo en voz alta.

Una sensación de dicha y miedo se apoderó de él. El corazón se le aceleró y el aire parecía que no llegaba a sus pulmones. ¿Qué quería decir con que ya lo tenía? ¿Acaso lo que había pasado entre ellos no era solo un capricho? ¿Estaba viendo cosas donde no las había? ¿Se estaba ilusionando con algo que no era real?

Las preguntas se sucedían una tras otra, haciendo que se sumiera en un estado de confusión mayor a cada respuesta que no obtenía.

Paseó por la habitación, de un lado a otro, sin parar. Su cabeza le decía que no lo volviera a ver, que unas horas más a su lado se traducirían en un dolor más intenso, pero su corazón no opinaba lo mismo, y necesitaba apurar hasta el último segundo a su lado.

Con manos temblorosas, tecleó. Supuestamente, para decirle que trajera la comida, pero ya era incapaz de controlar la situación.

Acabo de ver tu último mensaje. Mentiría si dijera que no te creo, anoche nuestros cuerpos no necesitaron palabras para gritar a los cuatro vientos que se pertenecían. Ven ya a casa, te necesito.

Al final vas a tener razón y soy un romántico.

:P

¿Traes algo para comer?

Envió el mensaje sin parar a leer lo que había escrito. Debió hacerlo, incluso pensó en borrarlo, pero en ese momento vio que Alejandro estaba en línea, que ya lo estaría leyendo, y ¡qué demonios, estaba escribiendo! No, ya no podía eliminarlo.

Vamos que tener que pedir la comida. Estoy llegando a la puerta y ahora mismo solo pienso en sentirte dentro de mí, soy incapaz de coger el coche e ir a comprar la comida. Abre, por favor.

Sergio corrió a la puerta y la abrió, en el preciso instante en que Alejandro se paraba delante de ella.

No fueron necesarias palabras. Alejandro fue directo a capturar los labios del hombre que tenía delante y cerró de una patada. Necesitaba sentirlo, saber que lo que se habían dicho en mensajes era real, que se pertenecían, que no era una ilusión, un sueño... Y no, no lo era, podía sentir su deseo, su pasión, su lujuria en cada toque de su lengua, en cada caricia de sus dedos, en la prominente erección que unía con la suya y en los jadeos ansiosos que salían

de su garganta.

Entre besos y deshaciéndose de la ropa, llegaron a la habitación. Tropezaron con una maleta y a punto estuvieron de caer, lo que hizo que sus unidas bocas rieran, haciendo chocar sus dientes.

Cuando estuvieron completamente desnudos, Sergio tiró de Alejandro hasta la cama he hizo que se tumbara bocabajo. Se subió a horcajadas sobre él y besó su cuello, sus hombros, lamió su espalda y le arrancó un suspiro. Estaba agotado, podía sentirlo.

—Estás cansado —afirmó mientras alargaba el brazo para abrir un cajón de la mesita de noche.

—Bastante. Creí que nunca saldría de la oficina.

Alejandro notó el frescor de un aceite caer por su espalda y dio un respingo involuntario, que fue calmado cuando Sergio posó sus manos sobre el líquido y empezó a embadurnarlo.

Un gemido brotó de su garganta cuando notó los suaves dedos del hombre presionar sus músculos. Ni en sus mejores sueños hubiera imaginado que recibiría un masaje al llegar a casa.

—Si sigues haciendo eso, conseguirás que me duerma —dijo tras unos minutos de magreo por parte de Sergio, que volvió a estirar el brazo y cogió unos pañuelos de papel de la caja que reposaba sobre la mesita de noche.

—Eso lo haremos luego, ahora tengo planes mejores.

Secó la espalda y repartió un reguero de besos por ella, hasta llegar a su culo, tan redondas, tan perfectas, tan duras. Se coló entre sus piernas, alzó sus caderas y lo obligó a ponerse de rodillas.

Abrió un poco más sus nalgas y rozó su polla por la rosada y contraída entrada de su ano, bañándola con una gota de líquido preseminal, efecto de haber estado masajeando su espalda durante esos minutos, lo excitaba el solo hecho de acariciarlo.

Besó la zona sacra y bajó con su lengua hasta el agujero que en un rato follaría sin descanso, pero antes quería regalarle un beso negro, ese con el que volvía locos a todos sus amantes, que hacía que suplicaran por ser llenados con su miembro.

Lamió la rosada aureola, haciendo que se destensara, mientras con una mano comenzó a masturbarlo. Un gemido tras otro salía sin control de la garganta de Alejandro, y eso conseguía que él estuviera más excitado a cada momento.

Unos segundos después, introdujo su lengua, sin importarle si el conducto estaba limpio o no, la lujuria se había apoderado de él y era incapaz de controlarla. La invasión provocó que Alejandro pronunciara su nombre en un jadeo y una gota de semen se depositara en su mano.

—Sergio, por favor, te necesito dentro de mí.

—Date la vuelta. Quiero ver tu cara mientras te follo y cuando te corras.
—Tras lo que le dio una palmada en una de las nalgas, se hizo a un lado para permitir que se girara y para coger un condón y lubricante.

Le miró a los ojos y sentimientos contradictorios se anudaron en su pecho. Su entrega era tal que la satisfacción y el miedo chocaban en su interior. Sí, aquello tenía que ser real, Alejandro tenía que estar sintiendo lo mismo que él, y quizá había una posibilidad para ellos, aunque fuera mínima, casi imposible, ya que nunca había creído en las relaciones a distancia, aunque por el hombre que demandaba placer bajo él, estaría dispuesto a plantearse.

Vertió un poco de lubricante en sus dedos y fue directo a su culo mientras se colocaba el condón con la mano libre.

—Más preliminares, no —se quejó Alejandro.

—No quiero hacerte daño, sabes que la tengo muy gorda.

—Está bien... Es que me pueden las ganas.

Sergio lo preparó lo más rápido que pudo. Si no entraba pronto, se correría antes de hacerlo, y no estaba dispuesto a que eso pasara. Sacó los dedos del interior y comenzó a penetrarlo, poco a poco, con calma, entrando y saliendo, hasta que, finalmente, se enterró por completo en él.

Se tumbó sobre Alejandro, demandando sus labios. Lo besó con delirio, con fuerza, con lujuria, con deseo, pero también volcó en su boca todo lo que estaba sintiendo, una ternura infinita.

Alejandro rodeó sus caderas con sus piernas, dejándole claro que estaba listo, y él marcó un ritmo lento en principio, pero infernal después.

Los gemidos de ambos llenaron la habitación, el sudor perlaba sus frentes y la lujuria los consumía, hasta que Alejandro estalló, haciendo que los borbotones de semen bañaran los cuerpos de ambos, contrayendo los músculos de su ano y arrastrando a Sergio con él a la espiral de placer en la que estaban inmersos.

Y entonces, sumidos en la bruma de éxtasis, el electricista lo tuvo claro y desapareció el miedo.

—Ahora que te tengo, no sé cómo voy a ser capaz de vivir sin ti —confesó

sin haber salido aún de él, pero mirando expectante sus ojos.

Alejandro abrió los ojos de forma desmedida cuando fue consciente de lo que acababa de decirle Sergio. Estaba confuso, pensando que hubiera sido producto del momento, del orgasmo, pero vio el miedo en la mirada del otro hombre y supo que debía hablar, que la tristeza empezaba a llenar su rostro.

—Sé que no va a ser fácil... —El mundo de Sergio se vino abajo, aquella no era la respuesta que había esperado—. Las relaciones a distancias son complicadas, pero...

—¿Pero? —El brillo ilusionado de los ojos de Alejandro hizo que la esperanza volviera a inundar su corazón.

—Podemos intentarlo.

—¿Podemos intentarlo? —Sergio no tenía claro que aquello fuera un sí o algo para salir del paso, y Alejandro pareció leerle el pensamiento.

—A ver, hace unos meses no habría dudado en hacer las maletas e irme contigo, pero ahora las cosas son diferentes... Estoy cambiando en muchos aspectos, porque mi cabeza dice que lo más lógico es que vayamos conociéndonos, aunque sea en la distancia.

—¿Dónde está el niño sobrado que me tiró los tejos en un karaoke?

—Creo que está madurando. Además, en este momento, no puedo dejar tirada a mi familia. —Alejandro acarició su frente y bajó por la mejilla.

—Tienes toda la razón del mundo. Entonces...

—¿Entonces?

—¿Somos novios?

—¡Qué cursi suena eso, por favor! —Sergio rio y en ese momento salió de él—. Somos.

—Vale. Somos.

Se fundieron en un profundo beso, cargado de algo que bautizaron como cariño, para sellar la unión que acababan de formalizar. Sergio sabía que era una locura, pero, por primera vez en mucho tiempo, sentía que tenía todo lo que siempre había querido, a pesar de que fueran a estar separados. Solo esperaba que la distancia no terminara con lo que tenían, porque quería, necesitaba, que saliera bien.

Alejandro no podía creer que aquello hubiera pasado, que Sergio se

hubiera abierto de esa manera, que necesitara que lo que había entre ellos no terminara al día siguiente, cuando partiera hacia Navarra, que él también sintiera algo más que una simple atracción. Iba a luchar por esa relación, por ese hombre, por el que había empezado a tener los pies sobre la tierra. Jamás había estado tan seguro de algo como en ese momento lo estaba.

—¿Pedimos algo de comer? —preguntó Sergio, besando el cuello de Alejandro.

—Sí...

—¿Qué quieres comer?

—¿Aparte de a ti? —La pregunta hizo que Sergio hundiera la cabeza en su hombro riendo a carcajadas—. Pizza.

—¡Genial! Voy al salón, que he dejado el teléfono allí cuando he ido a abrirte la puerta.

—Pues voy contigo. —Un brillo de impaciencia iluminó la mirada de Alejandro—. Te he traído un regalito y tengo algo que contarte.

—Mi teléfono está sonando. Debe ser mi hermana, hoy tenían una reunión en la inmobiliaria porque había un cliente interesado en comprar la casa.

Sergio salió corriendo antes de que la llamada se cortara. Llegó al salón, descolgó y puso el teléfono en altavoz, así podría buscar en Google el número de la pizzería mientras hablaban.

—Hola, Mariola. ¿Qué tal ha ido todo?

—Hola, hermanito. Muy bien. La semana que viene firmamos la venta de la casa. —Sergio se quedó sorprendido ante la noticia

—Pero... ¿no ha querido verla el cliente?

—No. A mí también me ha extrañado, se ha conformado con ver las fotos de la web.

—¡Vaya! Sí que ha sido rápido todo... —susurró Sergio con un deje de tristeza. A fin de cuentas, se había criado allí y eran muchos los recuerdos que atesoraba.

—¿Estás seguro de querer venderla? Porque si me dices que no...

—No, tranquila. Yo no voy a poder mantenerla estando fuera y tú podrás quitarte algunas trampas de encima.

—Eso sí. Ninguno de los dos hombres ha regateado el precio ni nada, cosa que me ha extrañado.

—¿Dos hombres?

—Sí. Eran padre e hijo, y después se unió una señora.

—¿Cómo se llaman? —preguntó interesado por saber quién habitaría allí.

—Estaba tan nerviosa que no lo recuerdo. Lo tengo apuntado en un papel, pero ahora voy conduciendo. Luego te lo digo.

—No hay prisa, solo era curiosidad.

—¿Vas a venir a merendar? Tus sobrinos quieren despedirse de ti.

—Eehh... —Se giró hacia Alejandro y este afirmó con la cabeza—. Sí, e iré acompañado. —Le guiñó un ojo.

—¿Viene Paty?

—No. Tengo que presentarte a alguien.

—¿¡Cómo!? ¿Desde cuándo...?

—Mariola, para, estás en altavoz.

—Vale, me callo. Después nos vemos.

Alejandro observaba la complicidad de los hermanos y sintió un poco de envidia, era algo que nunca había vivido, ya que su madre no pudo tener más hijos, y su padre siempre se negó a la adopción. Cosa que seguía sin entender.

Miró a Sergio moviendo una pequeña bolsa, de un lado a otro, de una de las joyerías más importantes de la ciudad. El electricista se sorprendió al reconocer el logotipo y se acercó a él.

—¿Qué es eso? —preguntó un poco asustado.

—Algo para nosotros. Ábrelo.

—Creo que te estás precipitando...

—Por favor, ábrelo.

Sergio tomó la bolsa y se sentó en el sofá, pero no miró qué había dentro hasta después de llamar a la pizzería y encargar la comida. Eran las dos de la tarde y sus estómagos empezaban a rugir de forma alarmante.

La abrió y vio dentro de ella tres cajas: una pequeña y dos grandes. Por su peso, ya había adivinado que no se trataba de unos anillos, y pudo adivinar por el logotipo de las de mayor tamaño que se trataba de dos relojes.

—¿Y esto?

—Uno para ti y otro para mí. Así, cuando mires la hora, sabrás que en la otra punta de España el mismo tictac estará sonando.

—Al final, resulta que el romántico eres tú.

Sergio besó a Alejandro. Ese niño había conseguido colarse muy hondo en su corazón, y con cada gesto lo hacía aún más.

Alejandro se separó de él y sacó la caja pequeña. Había llegado el momento de hablarle de su última locura, una que le había hecho especial

ilusión, sobre todo, al saber que contaba con el apoyo de sus padres. No con el económico, no lo necesitaba, nunca había tocado la cuenta que habían ido engrosando a lo largo de su existencia sus progenitores. Esa mañana, en un primer momento, había decidido ir solo a la reunión, pero, finalmente, pensó que era un paso muy importante y que ellos debían formar parte del momento.

Se levantó rápidamente y tomó las llaves que estaban colgando en la cerradura. Cuando volvió a sentarse, sacó los dos llaveros que encajaban formando uno solo, colocó una de las partes en el manajo que acababa de coger y se lo entregó.

—Pero...

—El día que operaron a mi padre y vinimos a recogerte para cenar, le dije a Paty que me encantaría vivir por esta zona, y ella me dijo que tenías tu casa en venta...

—¿No habrás...?

—El comprador de esta mañana no ha necesitado ver la casa porque ya la conoce. Sí, Sergio, soy yo quien se ha reunido con tu hermana, acompañado de mis padres. Pensé que tú vendrías y te daría allí la sorpresa, pero creo que le firmaste un poder a ella o algo así, ¿no?

—¡Estás loco! Pero... —Todo aquello hizo que la palabra obsesión rondara por la mente de Sergio.

—¡Eh! No te formes líos en la cabeza. No he hecho esto como un arrebato de pasión ni porque quiera tenerte atado ni nada por el estilo. Yo quería comprar desde antes de saber que estaba en venta y vosotros queríais vender. No hay más. De hecho, la reunión estaba concertada desde hace un par de días, antes de que pasara nada entre nosotros.

—Es verdad... Fue hace un par de días... Aun así... —Nada terminaba de quedarle claro.

—Sergio, no soy un psicópata, no estoy obsesionado contigo. Si hubiera sido otra casa de esta misma zona la que estuviera en venta, no habría dudado en comprar esa. Paty te puede confirmar nuestra conversación de aquel día, que dije lo de vivir en esta zona antes de que supiera... —Sí, lo creía, y no iba a permitir que el pobre chico siguiera dando explicaciones.

—¡Cállate!

Sergio se abalanzó sobre él y devoró su boca. Estaba perdido, completa y absolutamente perdido. Acarició su cara, su pelo y cubrió su cuerpo con el suyo, haciendo que sus erecciones se rozaran, arrancándole un jadeo al

sentirla.

Abandonó sus labios, descendió por su cuello, por sus pectorales, jugó con sus pezones y continuó bajando hasta llegar a su erección. La acarició, la sacudió arriba y abajo, y, sin previo aviso, la engulló, metiéndola por completo en su boca.

—¡Joder, Sergio!

Alejandro agarró su cabeza y marcó el ritmo. Sergio lo dejó hacer, adoraba a ese hombre, sentir cómo se deshacía con sus caricias y con su boca. No tardó en correrse y bebió hasta la última gota de su orgasmo. Ese del que no disfrutaría en una temporada.

Disfrutando aún de los últimos latigazos de placer, levantó el rostro del hombre que permanecía arrodillado ante él, su mirada suplicante le dijo a Sergio que necesitaba sus besos y no dudó en hacerlo, aunque el momento se vio interrumpido por el timbre de la puerta.

—Cariño, debe ser el repartidor —susurró Alejandro entre besos.

Sergio gruñó y se separó de él. Cogió el pantalón corto que vestía cuando llegó y se lo puso rápidamente, esperando que el repartidor no se diera cuenta de la erección que se marcaba a través de la fina tela.

Pagó al chico que traía las pizzas, que sí había reparado en lo que él intentaba ocultar y aguantó la risa, y cerró la puerta.

Alejandro lo esperaba sentado en una silla junto a la mesa, donde dejó las cajas, y tiró de él para encajarlo entre sus piernas abiertas. Le bajó el pantalón y no dudó en devolverle el orgasmo que le había regalado unos minutos antes.

Sergio se entregó a su boca y se corrió pensando en la tierna palabra que le había dedicado cuando llamaron a la puerta: «Cariño».

Tras devorar las pizzas, un gran polvo y una buena siesta, las manecillas del reloj que vestían en sus muñecas marcaban las siete de la tarde, y estaban llamando a la puerta de Mariola. No podían quedarse mucho tiempo, porque Paty estaría en casa a nueve y media como muy tarde, pero, al menos, podría despedirse de su familia.

Mariola abrió la puerta y se lanzó a sus brazos, sin reparar en el hombre que acompañaba a su hermano. Una vez deshizo el agarre para dejarlo entrar, miró a quien se escondía detrás de él y sus ojos se abrieron de forma desorbitada.

—Creo que ya os conocéis.

—Él es... Esta mañana...

—Sí, Mariola, él es Alejandro, el cliente de la inmobiliaria que ha comprado nuestra casa, y... —Sergio miró al hombre sonriente.

—Y soy su pareja, Mariola.

—¿Por qué no me habías dicho nada, Flacucho? Esta mañana estaba yo de los nervios y era tu novio quien...

—Frena el carro, señorita Pepis, que yo no sabía lo que iba a hacer. Me lo ha dicho después de hablar contigo a mediodía.

—Por Dios, pasad, que con la impresión...

Los dos hombres entraron y dos niños se abalanzaron sobre Sergio. Con ellos en brazos, llegaron hasta el salón, donde Juan los esperaba con el mandil puesto y una bandeja de dulces en las manos. Su cuñado era un gran repostero, aunque su negocio estuviera en horas bajas por culpa de la crisis. Apenas les llegaba para subsistir y el dinero de la venta les vendría muy bien para cancelar deudas y vivir de una forma más desahogada. Hasta había intentado que su hermana se quedara con el dinero íntegro, pero no había accedido a ello.

Degustaron el café y los dulces, hablaron de todo un poco, Sergio sufrió el interrogatorio de su Mariola y Alejandro prometió que al día siguiente pasaría por la pastelería para llevarle dulces a su madre.

Llegaron a la casa con ganas de echarse a dormir de nuevo, pero eso tendría que esperar. Paty estaba al llegar con la comida mexicana del restaurante al que solían ir a comer, y pensar en ese delicioso guacamole hizo

que a ambos se les hiciera la boca agua.

El timbre sonó y Alejandro acudió raudo a abrir mientras Sergio terminaba de poner la mesa. Una sonriente Paty cargada de bolsas aguardaba tras la puerta y no dudó en abrazarse al chico, aun a riesgo de que la comida terminara desparramada dentro de las bolsas.

Alejandro le quitó la comida de las manos y ella corrió a abrazar a su amigo, que, aunque aún no la había puesto al tanto del paso que habían dado, sabía que estaba feliz del momento que estaba viviendo.

—¿Y esos relojes? Sabía que teníais buen gusto, pero no que fuera el mismo.

—Es un símbolo de compromiso... —dijo Sergio, haciendo que Paty boqueara y abriera los ojos como platos.

—¿Un qué? —Sergio rodeó con uno de sus brazos la cintura de Alejandro, y los dos mostraron sus relojes en la muñeca izquierda.

—Te salió bien la jugada, Mocosa. Vamos a intentarlo. —Los dos hombres se miraron y se dedicaron un tierno beso.

—¡Hostias! ¡Lo sabía! Sabía que lo que había entre vosotros no era un capricho, una simple atracción... ¡¡¡Lo sabía!!! Que sepáis que yo tengo que ser la madrina de esa boda, ese puesto no me lo quita nadie...

—¡Paty, para! No empieces con tus cuentos de princesas.

—Tenías razón, Sergio. Ha sido exactamente como me dijiste que pasaría —rio Alejandro mientras pronunciaba las palabras.

—¿Habéis estado hablando de mí, sinvergüenzas? Ya os vale a los dos...

Paty siguió con su perorata durante parte de la comida. La otra parte se dedicó a alegrarse por ellos, a desearles lo mejor, al llorar cuando se despedía de Sergio, haciendo él lo propio, sin sentir vergüenza por sus emociones, sin intentar ocultarlas. Ella era su mejor amiga desde que tenía uso de razón, la que siempre había estado a su lado e, incluso, lo había defendido. Él era el único fuera de los marcos legales que sabía que su verdadero nombre era Patricie, ya que tanto sus padres biológicos como ella eran checos. Sus padres españoles la adoptaron cuando ella tenía cuatro años, tras la muerte de sus verdaderos progenitores en un accidente de tráfico.

Alejandro se quedó atónito ante esa confesión por parte de ella. Si su padre hubiera accedido en su día a adoptar, podría haber ayudado a otra niña como Paty. Nunca había entendido su negativa y nunca había recibido una explicación al respecto.

Eran las doce de la noche cuando su amiga se despidió de ellos en la puerta de la casa. Estaban agotados. Desde que la noche anterior Alejandro apareciera en la puerta de la casa de Sergio, tan solo habían dormido un par horas y habían hecho bastante ejercicio. Por eso, tras disfrutar una vez más de sus cuerpos hambrientos y deseosos de placer, cayeron rendidos en un profundo sueño del que los despertó la alarma del teléfono a las cinco de la mañana.

Tras un adiós de campeonato entre las sábanas, se ducharon y vistieron a toda prisa. Tenían que salir hacia Sevilla cuanto antes si no quería perder el AVE que lo llevaría hasta Madrid y desde allí hasta Pamplona.

Hasta llegar al peaje fueron relativamente en silencio. Los dos estaban tratando de asimilar que no se verían en una buena temporada, y eso era algo que los tenía bastante tristes.

—¿Cuándo tienes pensado bajar?

—Pues creo que hasta el puente de octubre no podré escaparme.

—Eso es mucho tiempo... Tendré que escaparme algún fin de semana a verte.

—Eso estaría genial. Podríamos hacer turismo rural, me han dicho que hay parajes maravillosos por allí.

—Sí. Tengo curiosidad por conocer un pequeño pueblo perdido de la mano de Dios que se llama Ochagavía.

—¿Ochagavía?

—Sí. Tienen un río donde se puede matar gente.

—¿Cómo? Me estás dando miedo...

—¿No has leído El nido del lobo? Según la autora, en su río se puede matar gente.

—No, no lo he leído, no había escuchado hablar de él... ¿Te gusta leer?

—¿Ves? Tenemos que conocernos mejor. Soy adicto a la lectura, da igual el género, aunque prefiero que sean thrillers de autores españoles.

—¡Vaya! Nunca lo hubiera imaginado...

—¿Tienes Facebook?

—Sí, ¿por qué?

—Después voy a pedirte amistad y voy a etiquetarte en un vídeo que va a conseguir que te rías a carcajadas. ¡Esa mujer está como una cabra! Cuando lo veas, entenderás lo de matar gente en el río.

—Así iré distraído en el tren.

—¿Te gusta leer?

—La verdad es que no leo demasiado fuera de lo que incumbe a mi ámbito profesional.

—Pues deberías.

—¿Has compuesto alguna canción más?

—Alguna ha salido en las últimas semanas pensando en cierto electricista que me traía de cabeza.

—Quiero escucharla.

—Todavía no está terminada.

—¿Nunca has pensado en presentarte a algún talent show? Cantas muy bien, y tus canciones son muy buenas.

—Ya, pero yo prefiero componer, quedar en un segundo plano, las hordas de fans no me molan.

—¡Guau! Cualquiera, con tu talento, no habría dudado en aprovecharlo.

—Aunque no lo parezca, soy bastante tímido para esas cosas.

Continuaron hablando de cine, de música y de todo lo que se les iba ocurriendo, hasta que llegaron al parking de la estación de Santa Justa. Los dos estaban nerviosos, con la emociones y sentimientos a flor de piel, deseando que el tiempo se parara en los relojes que vestían, evitando que llegara el momento de la despedida.

Sí, habían decidido intentarlo en la distancia, pero los dos sabían que había muchas probabilidades de que no funcionara, y no querían que eso pasara.

Cada uno tiraba de una de las maletas y tenían unidas las manos libres. Las dos temblaban, las dos sudaban y ninguna de las dos quería soltar la otra. Aquello iba a ser más complicado de lo que ambos pensaron en un primer momento.

—Tengo que pasar ya el control para acceder al andén.

—Sí... —dijo sin poder mirarlo a los ojos.

—Te llamo cuando llegue a Madrid.

—Vale —susurró. La congoja no lo dejaba hablar.

—Alejandro, mírame, por favor. —Sergio tomó su cara entre sus manos y sintió que se le encogía el corazón cuando vio sus ojos anegados de lágrimas

—Va a funcionar, ¿vale?

—Lo sé, pero te voy a echar de menos.

—Y yo a ti, Bebé. —Esa última palabra consiguió que Alejandro sonriera.

—Después de la cantidad de veces que te la he metido en cuarenta y ocho horas, ¿me sigues llamando bebé?

—Teniendo en cuenta que tienes siete años menos que yo... Sí, eres mi bebé y soy un asaltacunas por ello.

—¿Tienes treinta y dos años?

—¿Es un problema?

—No, para nada... Hay muchas cosas que todavía nos queda por descubrir el uno del otro.

—Las descubriremos. De eso se trata, ¿no?

Alejandro no dijo nada más. Devoró los labios del hombre que no volvería a ver en unos meses, aunque en su cabeza ya había estado organizando su calendario para escaparse a la mayor brevedad posible. En cuanto su padre estuviera de nuevo en la empresa, vería la forma de cogerse cuatro o cinco días.

Sergio lo abrazó y lloró al igual que Alejandro, el niño ya era parte de él, y saber que no volvería a tocarlo en meses hacía que la angustia lo carcomiera por dentro. Tenía que hablar con Germán y ver si se podía ausentar unos días antes de octubre. No se sentía capaz de aguantar más de tres meses sin verlo.

La megafonía anunció que debía darse prisa. Algunas personas los miraban asombrados, otros cuchicheaban cuando pasaban a su lado, pero a ellos les importaba una mierda que los juzgaran. ¡Joder! ¡Que estaban en pleno siglo XXI!

Se dedicaron un último y tierno beso antes de que Sergio tirara de las dos maletas con el billete y el DNI en la mano. A cada paso que daba, mayor era la presión que sentía en el pecho, mayor era el dolor de la distancia, mayor era la ansiedad por darse la vuelta y mandar todo a la mierda.

Alejandro lo vio alejarse sin poder controlar las lágrimas. En ese momento, deseaba volver a ser un niño malcriado, que en un impulso comprara un billete de tren y siguiera al hombre que necesitaba para poder seguir respirando, con nada más que lo que llevaba puesto. Entendió en ese instante que estaba madurando de verdad, el peso de las responsabilidades, que ya nunca volvería a ser el «bebé» de su madre por mucho que la mujer lo siguiera llamando así.

Sergio subió al tren con la respiración entrecortada y sacó el móvil, esperando que Alejandro le pidiera que lo dejara todo por él, estaba dispuesto

a hacerlo si lo hacía, pero sabía que ya no era el niño caprichoso que había conocido unas semanas antes, que jamás le pediría algo así. Estaba a punto de guardarlo cuando vibró en su mano y se sobresaltó al ver que era de él. No, no le pedía que volviera, tan solo había una palabra que para ellos lo significaba todo.

Somos.

Sí, su bebé estaba creciendo, lo que había entre ellos avanzaría y esperaba que nunca terminara. Por ello, no dudó en responder con otra única palabra.

Siempre.

Alejandro subió a su coche tan seguro de lo que sentía por el hombre que se acababa de marchar que no pudo evitar que el miedo lo invadiera. Nunca había sentido nada igual por nadie, y no sabía cómo iba a manejar todo aquello, lo único que tenía claro era que quería que funcionara.

Arrancó tras enjugarse las lágrimas y sonarse la nariz y puso rumbo de vuelta a casa. La autopista se le hizo interminable debido al dolor de la ausencia de Sergio y al cansancio que acusaba por la falta de sueño. Por eso no dudó en parar a tomar un café en el camino.

Sentado en la terraza de la estación de servicio, degustó el café y un cigarro que casi le revolvió el estómago. Llevaba dos años sin fumar, pero la situación le había pedido a gritos que volviera a hacerlo.

Observó a una perra rodeada de un par de cachorros. El animal no tenía buen aspecto, aunque se veía que estaba cuidada porque descansaba sobre una cama de cartones. Seguramente, el personal del bar había preparado ese improvisado refugio.

Escuchó aullar a los pequeños animales y supo que algo no andaba bien. Tiró el cigarro, se levantó de la silla y se acercó a ellos. Su corazón se saltó un latido al ser consciente que la madre no respiraba, que estaba muerta, y los dos perritos lo sabían.

Entró rápidamente en el bar y se dirigió al primer camarero que encontró. El hombre llevaba la bandeja llena, así que espero a que sirviera a los clientes y después lo abordó.

—Perdona, ¿os estáis haciendo cargo de la perra y los cachorros?

—Sí. Mi jefe les da comida y agua.

—¿Podría hablar con él?

—Un momento. —El joven se acercó a la barra y gritó—: ¡Luis, te buscan!

Un hombre de unos cincuenta años, grueso, con el pelo poblado de canas y cara de buena persona se acercó a Alejandro, y quedó a la espera de que hablara para saber qué necesitaba.

—Disculpe que lo moleste. La perra... —dijo, señalando hacia el sitio donde el animal yacía inerte— está muerta.

—¡Pobre animal! Llegó hace cinco días preñada hasta la boca y hace tres

nacieron los cachorros. La veía débil, pero imaginaba que era por el parto... —se lamentó el hombre con un deje de culpabilidad en la voz—. Voy a llamar a la Guardia Civil para que se haga cargo del animal y lleve los cachorros a la perrera. Yo no puedo quedármelos, mi mujer me mataría si añado dos más a los tres que ya tenemos.

Escuchar eso hizo que el corazón de Alejandro se encogiera y no pudo evitar acordarse de Paty, de la historia que le había contado, de su vida, de cómo se quedó sola en el mundo y encontró unos padres que la quisieron de la misma manera. Y una nueva locura se adueñó de él, pero no una de la que se arrepentiría, una de la que estaba muy seguro de querer llevar a cabo.

Salió de nuevo a la terraza, tomó a los cachorros, se sentó para seguir tomando su café y los acomodó en su regazo, a la espera de que la Guardia Civil llegara.

No tardó en hacerlo, ni tan siquiera había terminado el nuevo cigarro que había encendido, ni tan siquiera el dueño los había avisado todavía, simplemente pararon allí para tomar café.

—Muchacho, ya se hacen cargo ellos —le dijo el dueño del bar—. Ahora vuelvo, que me llaman.

Los agentes lo saludaron con un escueto «buenos días» y tendieron sus manos para que les entregara los cachorros, pero Alejandro se quedó inmóvil.

—¿Adónde tengo que dirigirme para adoptarlos?

Los dos hombres que tenía frente a él se miraron y se retiraron unos pasos para hablar entre ellos. Alejandro no podía apartar la vista de los cachorros, le conmovía el ruego de auxilio que veía en sus ojos.

Luis salió de nuevo y se acercó a él con cara de no saber qué estaba pasando, iba a explicarle lo que había sucedido, pero los otros dos le pidieron que se acercara. Volvieron a hablar entre susurros antes de volver adonde él permanecía sentado.

—Entonces, dice usted que el animal estaba solo —afirmó el más veterano de los agentes.

—Sí, completamente solo.

—No había ningún cachorro con la perra —insistió el otro.

—No, ya había parido cuando llegó aquí.

Alejandro no entendió al principio lo que estaba ocurriendo, hasta que fue consciente de la jugada de los tres hombres. Mandar a los cachorros a la perrera con tan corta edad era una sentencia de muerte asegurada.

Sintió sus miradas clavadas en él, y supo que tenía que reaccionar de inmediato.

—Bueno, señores, los dejo hacer su trabajo. Tengo que llevar a «mis» cachorros al veterinario y después a casa.

—Que tenga buen viaje —le deseó uno de los agentes.

—¿Cuánto le debo? —preguntó a Luis.

—Está de suerte, hoy invita la casa.

Alejandro se despidió del hombre y fue directo a su coche. Los Guardias Civiles lo acompañaron y acomodaron a los animales en dos pequeñas cajas, aunque la ayuda no se quedó ahí. Lo escoltaron hasta la entrada de la ciudad, y uno de ellos le recomendó la clínica veterinaria adonde solía llevar al suyo.

Fue directo, sin llamar siquiera, los animales estaban recién nacidos y precisaban de la atención urgentemente.

Para su sorpresa, ya lo estaban esperando, el buen hombre había dado el aviso de que aparecería por allí.

Se llevaron a los dos cachorros y esperó pacientemente a que le dieran noticias, que no tardaron en llegar. Una chica sonriente cruzó la puerta por la que habían desaparecido antes sus nuevos amigos y se dirigió a él.

—Están bien, solo un poco deshidratados. Le aconsejo que los deje aquí un par de días, hasta que se repongan, y después se los podrá llevar a casa. Nosotros nos encargamos de ponerles vacunas, hacerles sus cartillas de vacunación y darle cita para la colocación de los chips.

—¡Genial! Ando un poco perdido en estas cosas y haré caso a todo lo que me digáis.

—Me da que han caído en muy buenas manos. Si me acompaña, le diré cuánto le saldría...

—El dinero no es problema, hagan todo lo que tengan que hacer.

—Bien —dijo la chica, sorprendida por sus palabras—, pues vamos a rellenar algunos papeles, podrá pasar a verlos y le diré los horarios de visita.

Tras los trámites y la visita a los cachorros, Alejandro llegó a la oficina completamente agotado. Eran las doce de la mañana y el trabajo se había acumulado de una manera desorbitada. Por suerte, la secretaria de su padre se había encargado de aplazar las visitas para el día siguiente, algo que le facilitó bastante las cosas, aunque dudaba que tuviera tiempo de parar a comer.

A cada correo respondido, a cada transferencia ordenada, a cada papel

firmado, rogaba y deseaba que su padre volviera pronto al trabajo. Entendía a la perfección que al pobre hombre le hubiera salido una úlcera, aquel estrés era capaz de matar a cualquiera, y eso hizo que fuera consciente de su empeño para que trabajara con él.

Su estómago comenzó a rugir y miró el reloj, que marcaba las tres de la tarde. Se sobresaltó al darse cuenta de que Sergio no lo había llamado, o quizá sí lo había hecho y no lo había escuchado por estar enfrascado en todo el jaleo de esa infernal mañana.

Buscó su teléfono y vio dos llamadas perdidas y un mensaje, que fue directo a mirar.

Te he llamado, pero imagino que estarás descansando. La cobertura es pésima, te llamo cuando llegue a Pamplona.

Con la angustia alojada en su pecho, tecleó rápidamente un nuevo mensaje, deseoso de que Sergio no estuviera enfadado por no haber podido atenderlo. Las primeras horas separados y ya la estaba cagando.

Lo siento. Mi mañana ha sido un caos desde que salí de la estación. Luego te cuento, pero te adelanto que tengo dos nuevos compañeros de piso para no sentirme tan solo sin ti.

Envió el mensaje y, acto seguido, una foto de los dos cachorros.

El mensaje entró en el teléfono de Sergio, haciendo que saliera del duermevela en el que estaba inmerso. Sonrió al ver que Alejandro al fin contestaba, y las dudas de que se estuviera arrepintiendo de todo se disiparon.

Lo leyó y miró asombrado la foto que le acababa de mandar. Dos cachorros, que debían tener días, acurrucados en su regazo, en lo que parecía ser una clínica.

¿Y eso?

Las dos aspas azules se marcaron, Alejandro estaba en línea y escribiendo.

Paré a tomar café en El Fantasma porque cierto hombre no ha permitido que duerma mucho últimamente y estaba cansado. Me encontré con una perrita muerta y estos dos cachorros. Le pregunté a la Guardia Civil qué tenía que hacer para adoptarlos y miraron para otro lado. ¡Soy papá de dos cachorros!

Sergio se emocionó al leer sus palabras. El corazón de Alejandro no tenía límites, y se sentía orgulloso de él y de que fuera parte de su vida. Sabía que

esos cachorros no podían haber caído en mejores manos, y un sentimiento de alegría lo invadió. El niño estaba creciendo y madurando a pasos agigantados, y eso era algo bastante bueno para que lo que había entre ellos fuera posible.

Volvió a mirar la foto y recordó algo.

En el patio trasero de la casa hay una caseta que construyó mi padre para Bobby. Murió poco antes de que yo volviera. Vas a tener que construir otra para que cada uno tenga la suya, pero ya tienes algo de trabajo adelantado.

Envió el mensaje y esperó paciente su respuesta. Seguía en línea y estaba escribiendo.

¡Qué bien! Nunca he sido muy manitas, pero estoy seguro de que mi padre estará encantado de ayudarme... Aunque ellos aún no saben nada. Estoy en la oficina todavía y creo que me quedan un par de horas, como mínimo. Voy a bajar a por un bocata porque me rugen las tripas.

No te entretengo más. Luego hablamos.

Sergio no salía de su asombro. En Alejandro ya quedaba muy poco del niño caprichoso y malcriado que conoció el primer día en las escaleras, que se insinuó de forma descarada en el karaoke, que lo encandiló a la vez que hizo que quisiera apartarlo de su lado, para evitar las tonterías que implicaban su inmadurez. En aquel momento, lo que sintió por él fue pura química, un deseo carnal de follarlo sin descanso, de sentir placer en estado puro; sin embargo, ahora el sentimiento era muy diferente. Siempre había tenido claro que la atracción se acababa diluyendo con el tiempo, pero el amor persistía.

«¿Es amor lo que estoy sintiendo?», se preguntó a sí mismo antes de volver a caer en un estado de duermevela del que se había adueñado Alejandro.

Sergio pisó el suelo de la estación de Pamplona-Iruña y solo le faltó besarlo. Lejos de llegar a la hora prevista, una huelga de trenes le obligó a retrasar el trasbordo en Madrid y eran las seis y media de la tarde cuando al fin llegó.

Salió del control de acceso y la alegría se apoderó de él. Germán había ido a buscarlo, hacía años que no lo veía, pero el profesor seguía igual que siempre, por él no pasaba el tiempo.

—Pero, muchacho, ¡qué bien te veo! —le dijo el hombre antes de que se fundieran en un abrazo—. Me alegra tenerte de vuelta.

—Muchas gracias, Germán.

—No te veo muy contento —afirmó mientras avanzaban hacia la salida.

—Claro que lo estoy, ¿cómo no estarlo?

—Sí, pero te veo apagado... —Frenó en seco, haciendo que él también lo hiciera—. Has dejado a alguien allí, ¿verdad?

—Sigo siendo transparente para ti... Sí, he dejado allí a alguien importante.

—Pues debes quererlo mucho para estar así. ¿Cómo se llama el hombre que te ha robado el corazón?

Sergio se quedó sin palabras. Nunca había comentado con Germán su orientación sexual, no porque tuviera miedo ni nada por el estilo, simplemente porque lo veía como su profesor, no como un amigo.

—¿Sabes que yo...?

—Pues claro. Sergio, era muy evidente lo que hubo entre mi sobrino Rodrigo y tú.

Miles de recuerdos llegaron golpeando con fuerza al escuchar ese nombre. Rodrigo había sido el primer hombre del que se había enamorado, con el que vivió y experimentó muchas cosas, y el que le rompió el corazón en mil pedazos el día que se cansó de él. Porque Sergio lo amó con locura, le entregó todo su ser de todas las maneras posibles, aunque para Rodrigo siempre fue un desahogo, alguien con quien pasarlo bien, con quien compartir maravillosos momentos de cama, pero con quien no pensaba compartir su vida.

—Perdona, que me has dejado fuera de juego. Se llama Alejandro —pronunció su nombre y todos los recuerdos desaparecieron.

Durante el trayecto hasta la casa que Germán había alquilado para Sergio, se fueron poniendo al día de sus vidas. Lo invitó a cenar esa noche en su casa y, aunque estaba muy agotado, no se negó a ello.

Dejaron las maletas y volvieron a subir al coche. Condujo hacia las afueras y llegaron a una zona residencial que no tenía pinta de ser barata para vivir, mas Sergio sabía que Germán se podía permitir ese nivel de vida.

Dolores, la mujer de Germán, los recibió con cariño, cosa que Sergio agradeció enormemente. A pesar de haber visto a la señora solo un par de veces en su vida, el calor que le brindó le hizo sentir bien.

Entraron en el salón y el corazón de Sergio dio un vuelco. Delante de él tenía al hombre que más daño le había hecho en la vida, pero también el que había conseguido que se hiciera más fuerte y menos confiado. Sintió ganas de salir corriendo, pero analizó lo que provocaba en él antes de hacerlo. No, no se iría. No iba a negarse a sí mismo que le había causado una impresión fuerte, aunque lejos de sentir dolor, odio, rabia o ira solo había sido la sorpresa de no esperarlo allí.

Tras los saludos iniciales, Sergio se disculpó con los presentes. Tenía que llamar a Alejandro, no lo había hecho cuando llegó tal y como le prometió.

—¡Hola! ¿Has llegado bien?

—Hola, cariño. Sí, todo bien, aunque estoy agotado.

—Normal. ¿Ya estás en tu piso?

—No, paré para dejar las maletas y Germán me ha invitado a cenar a su casa. Aunque si llego a saber... —Se mordió la lengua para no seguir hablando.

—¿Qué pasa?

—No es nada.

—Sergio...

—Está bien. Había alguien que no esperaba encontrarme.

—¿Algún antiguo amor?

—El peor de todos.

—¿Te ha dolido verlo? —preguntó Alejandro con un tono triste que no pasó desapercibido para Sergio.

—No. Simplemente, no lo esperaba aquí. En fin... ¿Cómo están nuestros cachorros?

—¿Nuestros cachorros?

—Hombre, claro. Vale que los has adoptado unilateralmente, pero yo soy

tu mitad, y por tanto también son míos. —Las carcajadas de Alejandro sonaron en el auricular—. ¿Has ido a verlos esta tarde?

—Sí, he pasado por la clínica hace un rato. Ahora voy para la casa de mis padres a contarles que son abuelos.

Sergio sintió unos pasos detrás de él y supo al instante de quién se trataba, aunque hizo como si no lo hubiera escuchado. Sintió la necesidad de que supiera que era agua pasada.

—Bueno, amor, me están esperando para cenar.

—Pásalo bien... —Sergio adivinó en sus palabras un tono celoso que hizo que sintiera mariposas en el estómago.

—Lo pasaría mejor si estuvieras conmigo. Avísame cuando te vayas a dormir.

—¿Para qué? —preguntó Alejandro extrañado.

—Para no despertarte con una llamada cuando llegue a casa.

—Vale. Te aviso.

—Y...

—¿Y?

—Te quiero.

Tras pronunciar las dos palabras, Sergio cortó la llamada. No quería creer que saber que Rodrigo estaba escuchando la conversación fue el motivo por el que lo había dicho. Incluso se sintió la peor persona del mundo cuando ese pensamiento rondaba su cabeza. Pero no, simplemente le había nacido decirlo. Era consciente de que eso era lo que sentía por el niño que le había robado el corazón, y una sonrisa de satisfacción se dibujó en su rostro porque había sido capaz de verbalizar lo que ya sabía.

Se giró y se encontró con Rodrigo cruzado de brazos y con una expresión en su rostro que no supo descifrar, entre decepción y cabreo.

—Sergio...

—¿Ya está la cena?

No quiso escuchar su palabrerío barato, ese con el que lo había conquistado cuando apenas tenía veinte años. Pasó por su lado y entró en el salón, donde Germán y Dolores los estaban esperando para sentarse a la mesa.

La comida estuvo deliciosa. La mujer de su nuevo jefe era una gran cocinera y Sergio prometió darle algunas de las recetas que su cuñado le había enseñado a lo largo de los años. Eso le recordó que no había hablado ni con su hermana ni con Paty, y no dudó en sacar el teléfono mientras tomaban el

postre para mandarles un mensaje a ambas. Sonrió al ver que tenía un mensaje de Alejandro, un mensaje que hizo que su corazón se acelerara.

Yo también te quiero.

—¿Un mensaje de tu novio? —preguntó Rodrigo con tono mordaz.

—Sí. Así es el amor, ya nos estamos echando de menos —contestó de forma distendida.

—Ha tenido suerte ese Alejandro, un hombre como tú no se encuentra en cualquier parte —dijo Dolores, ajena a lo que en el pasado había ocurrido entre él y Rodrigo.

Después de una entretenida sobremesa, Sergio miró el reloj, lo acarició, como si con ello estuviera rozando el perfecto cuerpo de Alejandro. Volvió a la realidad y decidió que había llegado el momento de ir a casa, su bebé aún no se había acostado y le apetecía volver a hablar con él.

—Bueno, sintiéndolo mucho, creo que ya es hora de irme a descansar. Mañana empiezo en un nuevo trabajo y tengo que estar al cien por cien —soltó como si les estuviera contando un cotilleo que ellos no sabían, y arrancándoles una risa a Dolores y Germán. Rodrigo seguía con la misma expresión que había tenido desde que había hablado con Alejandro.

—Venga, que te acerco a tu casa, muchacho.

—No, Germán, pido un taxi.

—No es necesario, yo te llevo.

Sergio y Germán se miraron y no necesitaron palabras. El profesor sabía que aquello no le agradaba a su antigua alumno, y su cabeza estaba intentando buscar una excusa para sacarlo del aprieto, pero no contaron con Dolores.

—Pues solucionado. Rodrigo te puede dejar en tu casa, que le coge de camino para ir a la suya.

Ya no había escapatoria posible. Por suerte, el trayecto era de no más de cinco minutos, aunque sabía que el maldito cirujano había encontrado la excusa perfecta para decirle lo que no le permitió cuando estuvieron solos.

Salieron de la casa entre sonrisas forzadas, y cuando se cerró, Rodrigo le preguntó la dirección, subieron al coche en silencio y así estuvieron hasta que llegaron al edificio donde viviría mientras trabajara allí.

Sergio hizo el intento de bajarse, pero el otro hombre lo tomó del brazo para impedirlo. Podría haberse zafado, el agarre no era fuerte, pero la idea de dejar las cosas claras en aquel preciso instante le pareció lo mejor.

—¿Qué quieres?

—Que me invites a subir.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Sergio, sabes que lo vamos a pasar muy bien...

—¡Qué equivocado estás!

—¿Acaso tu novio te da lo que yo te daba? ¿Ese sexo salvaje que nos regalaba orgasmos infinitos?

—No...

—Solo vamos a pasarlo bien...

—Alejandro, además de los mejores orgasmos que haya tenido en mi vida, me da mucho más.

—No hay nada que sea mejor que eso.

—Te equivocas de nuevo. Me da algo que tú nunca sentirás por nadie: amor. Si no necesitas nada más...

Rodrigo se abalanzó sobre él, directo a sus labios. Sergio se quedó quieto, sin hacer nada, sin mover los suyos, con los ojos abiertos y cierta sensación de asco en el cuerpo.

Cuando quien besaba fue consciente de su frialdad, se separó atónito. Siempre había correspondido sus besos, siempre lo había tenido cuando había querido, y no entendía por qué ahora era diferente. Sergio siempre había sido el mayor de sus caprichos, pero ya no quedaba nada del niño que conoció antaño. Y no solo su físico se lo gritaba, sino su forma de actuar, su decisión, la claridad de sus ideas, su madurez... Se había convertido en un hombre con valores, y, aunque eso le cabreaba mucho en ese momento, tenía que reconocer que se alegraba. Alejarse de él era lo mejor que le podría haber pasado en la vida.

—Lo siento, no se repetirá, me ha quedado claro.

Sergio bajó del coche y entró en el portal del edificio. Se sentía eufórico, bien consigo mismo como nunca lo había estado. Desde que lo vio plantado en el salón de la casa de Germán, había temido que pasara eso y que, por mucho que quisiera a Alejandro, sentir sus labios le hicieran caer en sus garras, pero no había sido así. No se había apartado porque quería que sintiera que ya no le provocaba nada, que era parte de su pasado, que se diera cuenta de que nunca más volvería a tenerlo a su disposición, porque esa era la realidad, tenía muy claro a quién quería dedicar todos y cada uno de sus besos.

Subió raudo las escaleras y, una vez dentro del piso, no dudó en quitarse la

ropa y sacar de la maleta un pijama, aunque no lo vistió. Le mandó un mensaje, no quería despertarlo si se había olvidado de avisarle.

¿Estás despierto?

Esperó paciente la contestación, que tardó un par de minutos en llegar.

Acabo de entrar en mi habitación. Te llamo.

Sergio, rápidamente, hizo una videollamada a través de WhatsApp. No solo quería escuchar su voz.

—Hola, Flacucho. No había caído en que podemos hacer esto.

—Hola, Bebé.

—¿Estás desnudo?

—Completamente. Desnudo y armado. —Bajó el teléfono para que Alejandro pudiera ver la erección que ya era más que evidente.

—Creo que me sobra ropa... ¿Un poquito de cibersexo? —preguntó mientras se quitaba los zapatos y se sentaba en la cama.

—Desnúdate para mí.

Alejandro sonrió perverso, apoyó el teléfono contra el cabecero de la cama, de forma que Sergio pudiera ver el espectáculo, y decidió que le contaría en otro momento la bronca que acababa de tener con su padre a cuenta de los cachorros.

Era viernes por la tarde cuando Alejandro salía de la tienda de bricolaje cargado de maderas y todo lo necesario para poder construir la caseta extra para los cachorros. Aunque los primeros meses dormirían dentro de la casa, después pasarían al patio, que estaba perfectamente acondicionado para ellos.

A pesar de que su padre había montado en cólera cuando supo que había adoptado a los animales, su cabreo ya había pasado y no dudó en ayudar a su hijo. Seguía sin entender la reacción del hombre, que había sido la misma que siempre que se hablaba de cualquier tipo de adopción en su casa, y, por primera vez en toda su vida, se planteó que quizá sí habían intentado adoptar un hijo en algún momento y no salió bien, sin embargo, él no recordaba nada de eso.

Condujo hasta su casa... Todavía le parecía increíble que tuviera casa propia, pero así era. Solo habían pasado un par de días desde que Sergio se había ido, todavía no habían firmado la compraventa, aun así, ya vivía allí y había trasladado casi todas sus pertenencias, que no eran pocas.

Descargó los materiales en el salón porque ya tenía un coche pitando detrás de él, cogió el trasportín para los animales y fue directo a la clínica veterinaria antes de que cerraran. Estaba deseando tener a sus cachorros, así no se sentiría tan solo.

Aparcó a una calle de distancia y recorrió el camino andando. Se sorprendió al ver que Paty estaba esperándolo en la puerta acompañada de Andrés y no dudó en sisearles para que vieran que ya estaba llegando.

—¿Qué hacéis aquí?

—Tengo que conocer a mis sobrinos —dijo Paty, como si fuera la mayor obviedad del mundo.

—Yo tengo que irme porque entro a trabajar en un rato. ¿La llevas luego a casa?

—Sí, claro.

Paty y Andrés se despidieron con un beso digno de películas antiguas, y Alejandro contuvo las carcajadas a duras penas. La deslenguada y, en ocasiones, bruta Mocosa era una romántica y delicada flor en el fondo.

Entraron en la clínica y la chica de recepción les dijo que tendrían que

esperar un poco porque había entrado una urgencia. Así que se sentaron en la sala de espera y charlaron de cómo le había ido el día, hasta que el teléfono de Alejandro sonó.

Miró el nombre de la pantalla y dudó en contestar. Se trataba de Rubén y, aunque Sergio sabía que habían mantenido el contacto, una llamada un viernes por la tarde solo podía significar que quería que pasaran la noche follando. Nunca se le había dado bien dale calabazas a nadie, aun así, descolgó.

—Hola, Rubén —Paty lo asesinó con la mirada.

—Hola, Alejandro... —sonó preocupado.

—¿Estás bien?

—No, no estoy bien. Oye, ¿cómo se llamaba el médico con el que estaba saliendo Sergio?

—Jorge, ¿por qué?

—Estoy en urgencias con mi padre, creemos que ha sido ictus.

—¡Joder, tío! Lo siento. Creo que los viernes por la noche no suele trabajar, pero... Déjame hacer unas llamadas y ahora te digo.

Alejandro colgó el teléfono y miró a Paty, que lo observaba con cara de no entender nada.

—Le ha dado un ictus al padre de Rubén y quería saber si Jorge estaba trabajando.

—Llamo a Andrés y le pregunto.

—Sí, por favor.

Paty salió de la sala de espera y Alejandro volvió a llamar a Rubén. Le dijo que Paty estaba intentando averiguar si estaba en el hospital, aunque dudaba mucho que así fuera. El hombre lloró al otro lado del teléfono, se desahogó y él sintió no poder estar allí para consolarlo, pero ahora tenía obligaciones que no podía desatender sin más.

Paty entró y le arrebató el teléfono a Alejandro, sabía que estaba hablando con Rubén por la cara de consternación que tenía su amigo.

—Rubén, he hablado con Andrés y él con Jorge.

—¿Está aquí?

—No, no está, pero va para allá.

—Pobre hombre, si tenía planes...

—No tenía planes, estaba tirado en el sofá viendo una película.

—Muchas gracias, Paty.

—No es nada, hombre. Mantennos informados, ¿vale?

Paty le devolvió el teléfono a Alejandro y los dos hombres se despidieron, tras lo que lo guardó en el bolsillo y miró a la que ya se había convertido en su amiga, que tenía su mente en otro lugar. Y, por lo poco que la conocía, sabía que alguna diablura estaba rondando su mente.

—¿En qué piensas?

—¿Te imaginas que esos dos...?

—Paty, por Dios, ¿cómo puedes estar pensando eso en esta situación? Tienes que hacerte mirar tu alcahuetería, esto ya roza lo enfermizo...

—Es que no lo puedo evitar... —soltó con cierto deje de vergüenza en sus palabras y Alejandro se apiadó de ella.

—Pues Jorge se lo pasaría muy bien... —Paty abrió la boca sorprendida

—. A ver, no es Sergio, pero yo me lo pasé de puta madre con él.

—¡Alejandro!

—¿En serio vas a hacerte la sorprendida y vas a decirme que te ruborizan estas cosas?

—Bueno, no, a quién voy a engañar. ¿Tan bueno es en la cama?

—Folla como un dios.

—Pues me alegra saber que Sergio lo supera —dijo orgullosa.

—Hacerlo con Sergio no tiene calificación posible.

—¿Por qué?

—Porque no es solo sexo.

—¡Qué bonito, por Dios! —exclamó verdaderamente emocionada.

La recepcionista cortó la conversación y les pidió que la acompañaran a la recepción. Una vez allí, le dio a Alejandro la factura que pagó gustoso y algunas indicaciones para el cuidado de los cachorros.

—Aquí tienes las cartillas de vacunación. Esta es la de Flacucho y esta la de Mocosa. Simpáticos nombres has elegido para los cachorros...

Paty se llevó las manos a la boca y no pudo reprimir una solitaria lágrima que salió sin permiso de sus ojos. No podía creer que Alejandro le hubiera puesto esos nombres ni por qué Sergio no se lo había contado cuando habían hablado esa mañana. Aunque pensó que, quizás, él tampoco lo sabía.

Tras meter a los cachorros en el trasportín, se dirigieron al coche y de allí a su casa. Paty había decidido quedarse a cenar, y si se alargaba la noche, se quedaría a dormir también, cosa que a Alejandro le hizo mucha ilusión, todavía no se habituaba a dormir allí sin Sergio.

Entraron en la vivienda y escuchó ruidos. Los materiales que había dejado

en el salón ya no estaban y Alejandro temió haberse dejado la puerta abierta al salir, hasta que el olor de una rica chimichanga llegó a su nariz. No había de qué preocuparse, su madre estaba en casa y estaba seguro de que su padre estaba preparándolo todo en el patio para construir la caseta al día siguiente.

—¡Ya estamos aquí! —gritó para hacer saber a sus progenitores que ya estaba en casa.

—Justo a tiempo para la cena —dijo su madre, saliendo de la cocina—. ¡Paty, qué sorpresa! —Gabriela abrazó a la inesperada visita—. Antonio, pon un cubierto más. Mira quién ha venido a vernos.

Antonio entró en el salón y se le iluminó la cara al ver de quién se trataba. La rodeó con sus brazos en un gesto paternal que dejó a los demás emocionados. Paty fue quien lo auxilió el día que se puso tan malo en la obra, que no se separó de su lado hasta que subió en la ambulancia y que, incluso, había pasado tardes enteras con él en el hospital. Esa mujer loca se estaba convirtiendo a pasos agigantados en la hija que nunca pudo tener.

—Bueno, pues aquí os presento a Flacucho y a Mocosá —dijo Alejandro cuando finalizó la tierna escena.

Tras una cena copiosa en la que su padre protestó porque su comida no tenía picante, daban las doce de la noche cuando todos salieron de su casa y se quedó solo con sus cachorros. Subía las escaleras con ellos en brazos y su teléfono comenzó a sonar. Sabía perfectamente de quién se trataba, era el momento de desearse buenas noches, pero tendría que esperar a que acomodara a los pequeños.

Los dejó en el sitio que había dispuesto para ellos, se quitó la ropa, preparó la sorpresa que iba a darle a Sergio y se tumbó en la cama. Un tono tras otros esperó a que descolgara la videollamada y, mientras, acarició la erección que empezaba a despuntar por la anticipación de lo que sabía que pasaría en breve. Había descubierto lo excitante que era el sexo en la distancia, ver cómo su hombre se daba placer sin tocarlo, siendo ambos simples espectadores.

—Hola, Bebé, pensé que ya te habrías dormido.

—Estaba subiendo las escaleras cuando has llamado.

—Ya estás desnudo —afirmó—. ¿No piensas presentarme a nuestros cachorros?

—Sí, estoy desnudo y duro como un leño. Después te presentaré a los niños. Ahora tengo una sorpresita para ti.

Giró la cámara del teléfono y Sergio vio dos sillas dispuestas una cerca de la otra. Se fijó en que había un vibrador anclado en una de ellas y se quedó mudo. Alejandro nunca dejaría de sorprenderlo y eso le encantaba.

Alejandro volvió a cambiar la cámara y lo observó en silencio. En los ojos de Sergio brillaba esa lujuria que tanto le gustaba y se anotó un tanto mental: sabía que la idea le había fascinado.

—Fóllate para mí, cariño.

No hubo más palabras. Alejandro se levantó de la cama fue directo a las sillas. Colocó el móvil en la que estaba libre, enfocando el vibrador con el que jugaría. Le puso un condón, lo embadurnó de lubricante y puso otro tanto en la entrada de su ano. Jugó con sus dedos dentro de él hasta que consideró que estaba preparado y poco a poco fue haciendo que el aparato lo penetrara mientras se masturbaba. Cuando sintió que estaba listo, comenzó la cabalgada.

—Joder, Alejandro, me tienes a mil —lo alentaba Sergio—. Quiero ver cómo te corres, cómo disfrutas. Regálame tu orgasmo.

Sus palabras lo excitaban aún más de lo que ya estaba. Sabía que no iba a tardar mucho en correrse. Las duras embestidas que golpeaban su próstata y las atenciones que estaba dedicando a su polla lo tenían al límite, y no se equivocaba; no duró más de un par de minutos en derramarse en su mano. Un orgasmo brutal se apoderó de su cuerpo haciéndolo caer en la silla, con el vibrador clavado hasta las entrañas y con una pizca de tristeza anudada en su corazón por no ser Sergio quien le estaba proporcionando ese placer de manera carnal.

Abandonó la silla y se fue directo a la cama, necesitaba tumbarse para no caer al suelo.

—Te toca a ti —le dijo a Sergio.

—Me corrí poco después de que empezaras a cabalgar sobre el vibrador. La escena era demasiado caliente para no hacerlo. Eres increíblemente sexi, jodido niño.

—Lo sé —espetó entre arrogante y divertido, y eso hizo que los dos rieran.

Continuaron charlando durante un rato más, si por ellos hubiera sido, habría sido toda la noche, pero al día siguiente había que trabajar.

Sergio miró el techo de su habitación en Pamplona con la poca claridad que la luna le regalaba. Esperaba que todo aquello fuera suficiente para mantener vivo lo que había entre ellos, porque cada día que pasaba más necesitaba tener a Alejandro junto a él.

Habían pasado dos meses desde que Sergio se fue a trabajar a Pamplona y Alejandro bajó nervioso del tren que lo había llevado a esa misma ciudad. En principio, solo sus padres y Paty sabían de aquel viaje, era una sorpresa que llevaba semanas planeando, aunque unos días antes de emprender el viaje, consiguió contactar con Germán, que no dudó un instante en dar cuatro días libres a su pupilo.

Era un caluroso jueves del mes de septiembre, y maldijo para sus adentros haber confiado en que el clima sería fresco, como solía ser siempre en el norte de España, pero no importaba. Tirando de la maleta y con la chaqueta colgada del brazo, se dirigió presto a recoger el coche que había alquilado.

Esperó impaciente su turno en el mostrador de la empresa de alquiler, firmó los papeles cuando le tocó y se dirigió casi corriendo al aparcamiento, al sitio donde le habían indicado. Guardó el equipaje en el maletero y, acto seguido, se subió al coche y programó las indicaciones en el GPS. Tan solo unos pocos minutos le separaban del lugar de trabajo de Sergio, y se moría de ganas por llegar y besar de nuevo a su hombre, algo que necesitaba casi tanto como respirar.

Después de perderse en un par de ocasiones, por fin aparcó en las inmediaciones del recinto al que se dirigía. Entró en el edificio y preguntó por Germán en la recepción. Por suerte, el buen hombre no tardó más de un par de minutos en presentarse delante de él.

—¡Al fin te conozco, muchacho! —exclamó el buen hombre mientras andaban el camino hasta la sala donde Sergio se encontraba trabajando entre prótesis y ordenadores—. Está solo y nadie os molestará durante unos minutos, pero después lo vas a tener que secuestrar y llevártelo a su casa para que podáis tener intimidad.

—Muchas gracias, Germán. No sé cómo voy a agradecerte todo esto.

—¿Qué tal si esta noche vais los dos a cenar casa? Así te conocerá mi mujer también, que lo está deseando desde que supo que venías.

—Cuenta con ello —respondió sonriente Alejandro.

Germán lo dejó en la puerta y se fue. Alejandro lo observó trabajar durante unos segundos antes de acercarse a él. Había echado mucho de menos el contacto físico con Sergio, aunque eso les había servido para hablar durante

horas y horas, conociéndose el uno al otro un poco más.

Sergio estaba concentrado en su trabajo y no sintió sus pasos, lo que le concedió a Alejandro ventaja para sorprenderlo. En el más absoluto de los silencios, posó sus manos sobre los ojos del hombre que trabajaba y este dio un respingo.

—¿Quién...? —empezó a preguntar Sergio, aunque no terminó la pregunta. Por imposible que pudiera parecer, sentía que era Alejandro, conocía perfectamente su olor y el tacto de sus dedos sobre su piel.

—Somos —dijo Alejandro, conteniendo la emoción al pronunciar la palabra.

—Siempre —balbuceó Sergio mientras se retiraba las manos y se levantaba de la silla.

No podía creer lo que estaba viendo. Alejandro estaba delante de él, con los ojos anegados por las lágrimas y la respiración agitada. Temió que fuera un sueño, pero, una vez más, el olor de su hombre se coló en su nariz, y no dudó en lanzarse sobre él y abrazarlo. Había echado tanto de menos su tacto, su ronroneo, la suavidad de sus labios... Hundió la cabeza en el hueco del cuello y el hombro y lloró.

Alejandro le separó la cabeza del lugar donde la tenía escondida, tomó su rostro con las manos y posó sus labios sobre los de él. El mundo que los rodeaba dejó de existir para ellos. Sus lenguas se encontraron y saludaron con ansias, pero también con una ternura que amenazaba con hacer reventar sus corazones por el amor tan inmenso que albergaban.

Un par de minutos después, cuando se separaron, volvieron a abrazarse. Felices por el encuentro, y temiendo el momento en que la distancia volviera a instalarse entre ellos.

—¿Qué haces aquí, cariño? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque si te lo hubiera dicho, no sería una sorpresa.

—Te quiero. —Un nuevo beso surgió entre ellos.

—Recoge tus cosas, que estoy deseando llegar a casa. —Alejandro tomó su mano y la llevó a su más que erecta verga.

—Ya quisiera yo, pero tengo...

—Tu jefe me ha pedido que te secuestre y te lleve conmigo.

—¿Cómo? ¡Claro! Por eso esta mañana me ha dicho que nos tomábamos unos días y que hasta el martes no volviera por aquí. ¡Él lo sabía!

—Ha sido mi cómplice en todo esto, y como pago le he prometido que

iremos a cenar esta noche a su casa.

—No sé si podrás cumplir esa promesa... Creo que no te voy a dejar salir de mi piso en estos cuatro días.

—Eso suena muy bien. Vámonos ya o te bajaré los pantalones y te haré la mamada de tu vida aquí mismo.

Miró el reloj y dijo:

—Todavía no está abierta la farmacia de la esquina de mi calle, tendremos que parar en algún supermercado para comprar condones y lubricante.

—¿No tienes en casa? —preguntó sorprendido.

—¿Para qué los iba a tener si la única persona con la que podía usarlos estaba en la otra punta de España?

Sergio se giró para apagar su ordenador y recoger los papeles que tenía desperdigados por la mesa. Alejandro temió estallar de felicidad por las palabras que acababa de escuchar. Muchas habían sido las veces que había sentido celos de Rodrigo, que temió que, en un momento de debilidad, los rescoldos de lo que hubo entre ellos se hubieran avivado y se hubiera dejado llevar, pero no, ahora, más que nunca, tenía claro que el hombre que se movía a toda prisa por la sala era suyo y de nadie más.

Salieron cogidos de la mano del edificio, y solo los separaron para subir y bajar del coche y para pagar en la caja del supermercado. Llegaron al piso de Sergio y se besaron, desnudaron y acariciaron con urgencia.

—Necesito una ducha urgentemente, Sergio.

—Te acompaño.

Sergio tiró de él hasta el baño y buscó un par de toallas mientras Alejandro regulaba el calor del agua. Se estaba lavando el pelo cuando su compañero llegó para hacerle compañía. Sintió sus manos recorrer su espalda, masajear sus hombros, como hizo aquel último día que estuvieron juntos.

—Echaba de menos tus caricias.

—Yo te echaba de menos entero. Tus caricias, tus besos, tus ojos, tu lengua, entrar en ti, sentirte dentro de mí... Nunca había necesitado tanto a una persona. —Alejandro se giró y se abrazó a él.

—Te quiero, Flacucho.

—Y yo a ti, Bebé.

Se fundieron en un ardiente beso que hizo que sus pieles se erizaran. Sergio se separó y se postró de rodillas ante él. Anhelaba degustar el placer de su hombre y no podía esperar más tiempo para hacerlo.

Acarició su tronco, lo sacudió, se relamió los labios mirándolo a los ojos y engulló su polla hasta que el capullo golpeó su garganta. Aguantó la arcada y un placer indescriptible lo sacudió al escucharlo gemir. Masajeó sus testículos y un dedo travieso continuó su camino, buscando la entrada de su ano. Alejandro no dudó en abrir las piernas, para que tuviera un mejor acceso, y eso hizo que Sergio se pusiera aún más cachondo.

Introdujo un dedo y sintió sus manos agarrar su cabeza. Se quedó inmóvil y Alejandro comenzó a embestir su boca al mismo tiempo que él introdujo otra falange en su culo, a la que unió una tercera. Le temblaban las piernas, el orgasmo estaba muy cerca, y por ello paró de inmediato.

—¿Por qué paras? —preguntó Sergio con voz ronca.

—Porque quiero correrme mientras me follas.

Los dedos de Sergio abandonaron el ano de Alejandro y se levantó rápidamente. Abrió la mampara de la ducha, cogió un condón que había sobre el inodoro y no tardó más de diez segundos en colocárselo. Acto seguido tomó un bote de lubricante y embadurnó su polla, en la que ya se marcaban las venas producto de la excitación.

—Date la vuelta y apóyate contra la pared, cariño.

Alejandro le hizo caso y abrió las piernas. Sergio restregó su miembro lubricándolo y comenzó a hundirse en él lentamente. A pesar de que su compañero había jugado en varias ocasiones con el vibrador para él, el aparato no se acercaba al tamaño de su polla, y no quería hacerle daño después de dos meses sin recibirlo.

—¿Estás bien?

—Sigue, necesito tenerte entero dentro de mí. Echaba mucho de menos tu polla.

—Me encanta que me hables así.

—Dame duro, mi vida, me muero por volver a sentir tus espasmos cuando te corres.

—¡Alejandro, por Dios!

Sergio hizo lo que le había pedido. Alejandro recibió entre gemidos y jadeos sus envites, los golpes en su próstata, y no tuvo tiempo de avisarle de que se corría. Su polla descargó chorros de semen como si hiciera mucho tiempo que no lo hacía. Contrajo los músculos de su ano, dificultando la tarea al otro hombre, que se dio por vencido y se dejó arrastrar por un orgasmo que le hizo tocar las estrellas.

Su mitad estaba allí, entregándose por completo a él. Y no solo su cuerpo, sabía que también su corazón y su alma, lo sabía, podía sentir que los dos ya solo eran uno, y eso lo hacía el hombre más feliz del mundo, aunque también lo llenara de miedos. Pero poco podía hacer ya. Él también se había entregado por completo al hombre que ahora abrazaba, sin haber salido todavía de él.

—Vamos a terminar la ducha —suplicó Alejandro—. Me muero de ganas por tumbarte en la cama y abrazarte, acariciarte, besarte... y contarte algo que hará que todo cambie.

—¿Que todo cambie? —preguntó Sergio extrañado mientras salía de Alejandro.

—Para bien, mi amor, para bien.

—Pues no perdamos tiempo, que ahora me has dejado con la intriga.

Terminaron de ducharse y, aún mojados, se tumbaron en la cama. Alejandro se colocó encima de Sergio y devoró su boca, lamió su cuello y sintió que los dos empezaban a empalmarse de nuevo. Ese hombre tenía poderes mágicos y hacía que la recuperación postcoital fuera más rápida que de costumbre.

—Alejandro, vamos a empezar otra vez y no me has contado eso tan importante.

—Mi padre está pensando en vender su empresa. —Un brillo de felicidad iluminó la cara de Alejandro.

—¿Y qué tiene que ver eso con nosotros? —preguntó Sergio, sin entender en qué les afectaba.

—Que tendría que buscar trabajo, y lo mismo me da allí que aquí.

—¿Me estás diciendo que te vendrías a vivir conmigo? —La alegría que sintió al pensar en esa posibilidad hizo que su corazón se acelerara y amenazara con salirse de su pecho.

—Es una posibilidad...

—¿Una posibilidad? No, corazón, es una realidad, quiero tenerte a mi lado cada día. Es más, si quieres, ya puedo empezar a buscar aquí trabajo para ti.

—¡Para, loco! Te he dicho que está pensándolo, y probablemente lo haga, porque el susto de la úlcera ha hecho que se plantee muchas cosas, pero todavía no ha dicho un sí rotundo ni hay comprador a la vista.

—No le faltarán ofertas, de eso estoy seguro.

—¿De verdad quieres tenerme a tu lado cada día?

—Sé que es una locura, que casi no nos conocemos, pero no he estado tan enamorado de nadie en mi vida. Te necesito tanto...

Alejandro no pudo decir nada. Un nudo se formó en su garganta y no pudo contestarle que él sentía exactamente lo mismo, así que decidió que fuera su boca quién se lo demostrara, que fuera su lengua, sin articular palabra, quien le dijera todo lo que le provocaba.

Y así, con un silencio que solo interrumpió los gemidos y jadeos de ambos mientras se amaban, se demostraron que aquello no era un encoñamiento, que no era algo pasajero, que los dos estaban irremediabilmente unidos y que así sería para siempre... ¿O no?

De mala gana, salieron del piso de Sergio y fueron a cenar a casa de Germán. Alejandro se dio cuenta de que su compañero estaba tenso, y podía imaginar el porqué de su actitud, ya que le había contado que Rodrigo era sobrino del anfitrión y que probablemente estaría allí.

Apartó una mano del volante y tomó la suya. La alzó, besó sus nudillos y, aprovechando que el cambio de marchas era automático, permanecieron unidas hasta que llegaron a su destino.

Bajaron del coche y Alejandro notó que el nerviosismo de Sergio iba en aumento, cosa que no le hizo ni pizca de gracia. ¿Y si se había equivocado y realmente seguía existiendo algo entre ellos? Los celos volvían a carcomerle.

La puerta de la vivienda se abrió y delante de ellos se presentó un hombre alto, fuerte, guapo hasta decir basta y con unos ojos azul cielo que hicieron que Alejandro tuviera que contener un suspiro. En un segundo, lo estudió, se dio cuenta de que tenía ante él a un depredador nato, y entendió por qué Sergio había caído en sus garras.

—Hola, chicos, os estábamos esperando.

—Rodrigo, te presento a Alejandro.

Alejandro lo saludó tendiéndole la mano, sin soltar la otra de Sergio y le alegró sentir que se relajaba, que el mal momento ya había pasado y que solo tenía la tensión del primer encuentro.

Entraron en la casa y Germán los recibió con alegría, aunque rápidamente se fue a la cocina a terminar de darle los últimos toques a la comida que había preparado.

De uno de los pasillos, llegó Dolores, que no dudó en abrazar y comerse a besos a Sergio e hizo lo mismo cuando le presentó a Alejandro.

Se sentaron los cinco a comer y las conversaciones fluyeron entre risas y confesiones.

—¿A qué te dedicas Alejandro? —preguntó Rodrigo cuando estaban empezando el segundo plato.

—Trabajo en la empresa de mi padre, estudié económicas para heredarla, pero también cursé, por puro gusto, magisterio por la rama de música.

—Entonces te gustará mucho la música.

—Sí, y no solo le gusta, sino que compone y canta muy bien —dijo Sergio,

orgullosa de él.

—Tampoco es para tanto, eso es porque tú me miras con buenos ojos —susurró, avergonzado por el piropo, y le dio un suave codazo en el brazo.

—No, cariño, tienes canciones muy buenas.

—¡Pues yo quiero escuchar alguna! —exclamó Dolores con sincera alegría en sus palabras.

—Pon alguna de las que tienes en el móvil y sabremos si lo mío es ceguera porque te amo.

—Solo espero que no sea reguetón de ese —suspiró Germán, haciendo aspavientos con las manos.

Alejandro sacó el móvil del bolsillo un poco cohibido. Buscó en sus archivos y decidió que era el mejor momento para poner la última que había compuesto y que Sergio aún no había escuchado. Era una canción dedicada a él, a cómo se dio todo entre ellos para llegar al punto en el que estaban.

Sergio no pudo evitar que las lágrimas se le saltaran. Reconoció cada instante, cada situación, cada sentimiento que el uno provocó en el otro. Esa era la canción de ellos, y no solo era preciosa, sino que en la voz de Alejandro sonaba a música celestial.

—Pues tengo que darle la razón a Sergio —espetó Rodrigo—. Cantas muy bien y la canción es brutal.

—Tan brutal como quien me inspiró a componerla.

—¡Qué bonito, por favor! —exclamó emocionada Dolores.

La cena terminó y Germán sirvió unas copas. Todos bebieron menos Alejandro, a quien su sentido de la responsabilidad no se lo permitió porque tenía que conducir.

El teléfono de Sergio sonó y se excusó de la reunión. Su hermana, como cada día, llamaba para darle las buenas noches, y de paso aprovechaba para hablar con sus sobrinos, a los que echaba muchísimo de menos también.

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó curiosa Dolores.

—Trabajábamos en la misma obra. Él con la electricidad y yo con la fontanería, que es a lo que se dedica la empresa de mi padre. Nos cruzamos en un rellano... Más bien nos chocamos. —Alejandro sonrió al recordar el día que dio comienzo a todo.

—¡Dolores! —la voz de Germán sonó desde la cocina—. ¿Dónde están los frutos secos?

—¡Voy!

Dolores se levantó del sofá y dejó solos a Alejandro y a Rodrigo. El joven no pudo evitar sentirse incómodo, pero el cirujano no pretendía que fuera así y rompió el hielo.

—Has tenido mucha suerte de encontrar a Sergio, es una gran persona.

—Sí, todavía me cuesta creer que lo nuestro sea una realidad... No me lo puso fácil.

—¿No? Pero si se nota a leguas que está loco por ti...

—Sé lo que hubo entre vosotros —soltó Alejandro a bocajarro.

—Eeh... Eso es pasado. Me da mucha pena porque sé cuánto vale y yo no lo supe ver, pero eso solo significa que lo nuestro no tenía que ser. Le hice mucho daño, ¿sabes? Y eso es algo que él nunca me perdonará, y yo tampoco.

—Sinceramente, me alegro de que lo vuestro no llegara a ninguna parte. — Sus palabras arrancaron una carcajada a Rodrigo.

—No te voy a engañar, el día que llegó intenté un acercamiento entre nosotros, pero él me dejó las cosas bastante claras.

—¿Un acercamiento? Te lanzaste a comerle los morros.

—¿Te lo ha contado?

—Pues claro, nos lo contamos todo.

—Lo siento, ¡qué vergüenza, por favor!

—Ni te preocupes. Sé que mi hombre levanta pasiones. —Rodrigo rio de nuevo.

—Ya no es el chiquillo flacucho que yo conocí, ¿y qué quieres que te diga? Uno tiene ojos en la cara... —Abandonó la pose divertida y se puso serio—. Estoy seguro de que vais a ser muy felices juntos, y prometo no volver a lanzarme. Aunque hay algo que quiero que te quede claro: si algún día lo vuestro se tuerce, no dudaré en aprovechar la oportunidad.

—Siento decirte que esa oportunidad no llegará.

—Lo sé... Por cierto, tengo un amigo cantante y creo que puede interesarle la canción.

—No tenía pensado vendérsela a nadie.

—Pero puede que quiera que le compongas alguna. Si quieres dedicarte a esto, él puede ser un buen trampolín para conseguirlo.

—¿Quién es?

—Daniel Villegas.

—¿Daniel Villegas? ¿¡Conoces a Daniel Villegas!?

—Bastante bien... —Alejandro no necesitó más palabras para saber a qué

se refería, y sintió un poco de pena al ver cierto halo de tristeza en la mirada de Rodrigo.

La conversación se cortó cuando Germán y Dolores llegaron al salón con los cuencos de frutos secos.

Alejandro se evadió a otro mundo pensando en la conversación que acababa de tener. Si lo que Rodrigo había dicho era cierto, y sabía que sí lo era porque pudo ver la sinceridad en su mirada, no tenía nada que temer. Ni él ni Sergio pretendían mantener una relación más allá de la cordialidad, su compañero se lo había dejado bien claro, ni siquiera quería que entre ellos hubiera una amistad.

Una mano se posó sobre su pierna y su mente volvió al salón en el que se encontraban. Sergio lo miraba extrañado por su actitud, había vuelto de hablar por teléfono y él no se había dado cuenta.

—¿Dónde tenías la cabeza?

—Estaba en otro mundo, el cansancio me tiene disperso.

—Normal, muchacho, son muchas horas de tren. —«Y lo que no es el tren», pensó Alejandro para sus adentros.

—Pues, venga, iros ya a descansar, niños —los azuzó Dolores, aunque en descansar era en lo que menos pensaba Sergio.

Tras despedirse, salieron de la casa y no tardaron más de cinco minutos en llegar al piso. Tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acabar desnudos en el ascensor, así que cuando cruzaron la puerta, no perdieron tiempo en charlas ni nada que no fuera caer en la cama y amarse sin palabras.

Después de la tormenta, quedaron abrazados y satisfechos. A Alejandro comenzó a entrarle sueño, pero antes de dejarse mecer por los brazos de Morfeo, quería contarle la conversación que había tenido con Rodrigo.

Sergio se quedó perplejo. No esperaba que Rodrigo hubiera hablado así de él, que lo tuviera en tan alta estima, aunque era algo que le importaba bien poco. Era imposible una amistad entre ellos, fue demasiado el daño que le causó en su momento y, aunque lo había perdonado con el paso de los años, era algo que no olvidaría, nunca. Se llenó de felicidad al ver la cara de alegría de Alejandro cuando le contó que le había propuesto hablar con Daniel Villegas para que escuchara sus canciones. Definitivamente, los años habían hecho que el cabrón que le jodió la vida cambiara e hiciera cosas de forma altruista, sin buscar nada a cambio, y se alegraba muchísimo de que así fuera.

—Mi hermana ha alucinado cuando le he dicho que estás aquí, no lo sabía

—dijo para apartar a Rodrigo y todo lo que lo envolvía de sus pensamientos.

—Solo lo sabían Paty, mis padres y Germán.

—¿Con quién has dejado a los cachorros?

—Con su tía Paty. Tremenda disputa tuvo mi madre con ella por ver quién se los quedaba. La próxima vez le toca a mi progenitora o saldré en los periódicos.

—¿A tu padre ya se le pasó el cabreo?

—Sí, eso ya es agua pasada. Va todos los días a ver a los perros y siempre les está comprando juguetitos. Tengo la impresión de que los quiere más que a mí.

—Eso es lo que siempre les pasa a los abuelos.

Siguieron hablando durante un rato más, pero el cansancio podía con ellos. Alejandro fue el primero en quedarse dormido, y después lo hizo Sergio mientras observaba el rostro del hombre que tanto quería.

UN AÑO DESPUÉS...

Sergio se paseaba nervioso por su despacho en el recinto donde trabajaba. Al día siguiente, a esa misma hora, Alejandro estaría ya en su casa, con sus maletas, dispuestos a empezar una nueva vida. Y en un par de semanas, bajarían a recoger a los perros y las pocas cosas que le quedaban por traer, ya que habían sido muchas las cajas que había recibido últimamente.

Recibió un mensaje de Alejandro contándole que estaba de los nervios y que iba camino de la casa de sus padres, para preguntarles si ellos se iban a quedar con los animales o se los dejaba a Paty. Su padre, cada vez que tenía que quedarse con ellos, ponía el grito en el cielo, aunque después lo invadía la tristeza cuando los recogía.

Durante ese año, habían pasado por momentos de mucha angustia por estar separados, momentos que les sirvió para conocerse mejor, para extrañarse, y cuando se encontraran, saltaran chispas.

Después de la primera vez que Alejandro le dio la sorpresa de presentarse en su trabajo, las ocasiones en que se encontraron fueron más continuas. Unas veces en su tierra, algunas en Pamplona y otras en Madrid, a mitad de camino.

La relación se había afianzado, se habían convertido en un solo camino que los dos estaban deseando pasear juntos.

Alejandro, durante ese año, no solo había ayudado a llevar el negocio con su padre y había intervenido activamente en la compraventa de la empresa, también había compuesto varias canciones para Daniel Villegas y un par de autores más del panorama musical español, aunque la canción de ellos no había consentido cederla a nadie.

Paty les dio una gran sorpresa hacía un par de meses, cuando les anunció que Andrés y ella habían decidido casarse. Sergio se alegró por su amiga, y no pudo evitar soñar con que algún día él y Alejandro también darían ese paso.

Jorge siguió con su matrimonio de apariencias. Fueron muchas las ocasiones en las que Sergio le aconsejó que terminara con todo aquello, pero tanto él como su mujer estaban cerrados en banda, el miedo a ser señalados y que sus familias les dieran la espalda no les permitía ser plenamente felices.

Rubén llevaba su propio calvario. Efectivamente, lo que sufrió su padre fue un ictus, y el hombre aún seguía con rehabilitación para poder recuperar

parte de la movilidad del lado izquierdo del cuerpo. Por suerte, encontró mucho apoyo en Jorge y se convirtieron en grandes amigos, aunque nadie sabía si en algo más. Todos pensaban que sí, pero ellos siempre lo habían negado.

El negocio de Juan comenzó a salir de la crisis gracias, en buena parte, a Gabriela. Alejandro le había llevado pasteles en más de una y de dos ocasiones y ella no había dudado en recomendar la pastelería a sus amistades, e incluso hacerle promoción en su canal de YouTube, que contaba con cinco millones de seguidores. Por lo tanto, entre el dinero que habían cogido por la venta de la casa y el repunte, Mariola y su familia habían pasado de pasar apuros para llegar a final de mes, a vivir de una forma bastante cómoda.

Antonio y Gabriela, tras la venta de la empresa a Fabián, habían decidido partir hacia México en un viaje que duraría un par de meses, pero que no llevarían a cabo hasta que su hijo se instalara definitivamente en Pamplona con Sergio.

Alejandro llegó con los perros a casa de sus padres. Había prometido a su madre que cenaría con ellos esa noche y esperaba no tener que pasar después por casa de Paty para dejar a los animales. Su padre cada día estaba más insoportable con las responsabilidades. Que sí, que eran suyas, era innegable, pero en un par de semanas todo ese jaleo habría terminado.

Entró con sus llaves y los perros correataron por la casa como solían hacer cada vez que iban. Tras saludar a sus padres, los sacó al jardín para que correataran con total libertad.

Gabriela había preparado chimichanga, el plato que más le gustaba a su hijo, aunque con menos pique de lo habitual para que Antonio pudiera comerlo y no protestara porque su plato era diferente.

—Mamá, me tienes que dar tu receta del guacamole, a Sergio le encanta.

—Claro que sí, bebé.

—¿Te vas a llevar a los perros? —preguntó Antonio como si lanzara el más envenenado de los dardos.

—No puedo, voy con dos maletas. En el próximo viaje, que Sergio vendrá conmigo, ya me los llevo.

—¿Y qué piensas hacer con ellos?

—Pensaba dejarlos aquí, pero me estoy dando cuenta de que no es buena idea, así que los dejaré en casa de Paty.

—Es que...

—Antonio... —lo cortó Gabriela.

—De verdad que no entiendo qué problema te suponen los pobres animales. Mamá está encantada de tenerlos aquí. —Alejandro soltó los cubiertos de forma brusca sobre la mesa.

—No tengo ningún problema, pero es tu responsabilidad, y cuando adoptas, aunque sean dos perros, tienes que hacerte cargo de ellos.

—¿Y yo no me hago cargo de ellos?

—Al menos, una vez cada dos meses, están aquí o en casa de Paty.

—Te juro que no comprendo tu actitud, no sé qué demonios te pasa con las jodidas adopciones. —El volumen de su voz aumentaba por momentos—. Desde que era niño, siempre ha sido un tema tabú. Por más que mamá y yo te insistimos, no fuiste capaz de permitir que tuviéramos ni un triste canario, y un hermano... Eso ya era un pecado capital —espetó de forma sarcástica.

—Qué sabrás tú de la responsabilidad que implica adoptar a una persona, de los trámites y los años que puede durar el proceso, del desgaste psicológico que conlleva. No hables de lo que no tienes ni puta idea —escupió las últimas palabras.

—¿Acaso tú sí? Porque lo dudo mucho. No sabes cuánta falta me hizo siempre tener un hermano, alguien con quien hablar, ese amor fraternal que solo él te puede dar. Tú sí que no tienes ni puta idea, papá.

—¿Me estás culpando de todas las estupideces que has hecho en tu vida porque no te dimos uno más de tus caprichos?

—¡¡¡No era un capricho!!! Tú hablas de responsabilidades, de la importancia de apechugar con ellas, pero ¿dónde has estado tú siempre? Porque he pasado semanas sin verte, no has ido a ninguno de los recitales del conservatorio, ni siquiera fuiste a mi graduación en la facultad. ¿Quién te crees que eres para hablarme de responsabilidades ni adopciones? ¡Tú no has pasado por eso! ¡No has querido pasar por eso!

—¡¡¡Sí he pasado por eso, joder!!!

—¡Antonio, cállate ya, por favor!

—No me callo, Gabriela, no me da la gana de callarme llegados a este punto. Además, sabes que el momento de saberlo cada vez está más cerca.

—¿De qué estás hablando, papá?

—Tu madre y yo pasamos por una adopción frustrada antes de que llegaras a nuestras vidas.

—¿Intentasteis adoptar antes de tenerme a mí?

—Siéntate, cariño, creo que es el momento de que sepas la verdad.

Antonio, ve a tomarte la pastilla de la tensión, que estás encendido como una bombilla.

Gabriela permaneció con las manos de su hijo entre las suyas, buscando las fuerzas para contarle una parte dura de su vida que le afectaba directamente a él.

—Mamá, habla ya. Este silencio me está matando.

—Cuando tu padre y yo nos conocimos éramos muy jóvenes. Los dos estábamos llenos de proyectos, de sueños por cumplir, de momentos por vivir. Nos enamoramos el primer día que nos vimos, fue un flechazo como el que tú tuviste con Sergio. Todo era bonito, perfecto, nuestro amor era colosal y decidimos casarnos a los pocos meses. Todo iba de maravilla y pensamos que ser padres haría que nuestra felicidad fuera más completa. Lo intentamos por activa y por pasiva, pasamos por todo tipo de tratamientos e inseminaciones, pero no pudo ser, yo no podía ser madre...

—Pero me tuvisteis a mí.

—Déjame continuar. El día que supimos que era imposible, caí en una profunda depresión, aunque tu padre siempre lo tuvo claro, adoptaríamos uno, dos, tres o todos los niños que hicieran falta, pero seríamos una familia feliz de todas formas.

»Comenzamos el proceso de adopción de una niña a la que pensábamos llamar Julieta. Después de dos años de proceso, cuando ya estábamos a punto de firmar la adopción, la madre biológica apareció y decidió que no continuaría con ello. El juez le devolvió a su hija y nosotros nos quedamos destrozados.

—¡Joder, mamá!

—Un año después, insistí a tu padre para que volviéramos a intentarlo. Se negó en rotundo, pero lo puse entre la espada y la pared. Si no lo volvíamos a intentar, estaba dispuesta a pedirle el divorcio. Él, que me quiere más que a nada en este mundo, aceptó con una única condición: esa sería la última vez.

—Y no lo conseguí...

—Sí, cariño, sí lo conseguimos. Adoptamos a un precioso niño mexicano que llamamos Alejandro y que nos ha hecho los padres más felices del mundo, desde que llegó a nuestras vidas con tan solo dos años.

—¿Cómo?

—Sí, Alejandro —sonó la voz de su padre detrás de él—, ese es el motivo por el que nunca cedí a una nueva adopción. Tu madre sufrió lo impensable

durante los dos procesos, hasta el punto de dejar el mundo de la interpretación...

—¿Me estáis diciendo que soy adoptado?

—Para nosotros eres nuestro hijo de igual forma.

—Me habéis mentido toda mi vida, ¡joder! —Se levantó de la silla y se dirigió a la puerta.

—Alejandro...

—No, papá, dejadme. Ahora mismo necesito estar solo y pensar en todo esto, es más de lo que esperaba esta noche.

—Pero, bebé...

—Mamá, estoy bien, pero no sé si podré perdonar que me lo hayáis ocultado hasta hoy. Necesito espacio, ¿vale?

Alejandro salió por la puerta y llamó a los perros para que lo siguieran al coche. Su padre quiso decirle que los dejara allí, pero él le vio las intenciones y negó con la cabeza antes de salir del que siempre había considerado su hogar. Tenía claro que padres no son siempre los que te conciben, pero en ese momento se sentía fuera de lugar en todos los aspectos de su vida.

Salió de la casa, se subió al coche y golpeó la frente contra el volante. En ese instante pensó que sería genial pillarse un pedo de mil demonios y despertar con una resaca que no le permitiera pensar, pero la imagen de Sergio cruzó por delante de él. En ese momento de su vida, sentía que él era lo único real que tenía.

Arrancó el coche y fue directo a casa de Paty, aunque la llamó en el camino para no llegar y encontrarse que no había nadie. Decidió que se lo contaría a Sergio cuando llegara a casa, o mejor cuando estuvieran juntos al día siguiente. Sus brazos serían su mayor consuelo.

Paty estaba vomitando como una posesa en el baño, con Andrés sosteniéndole la cabeza, cuando el timbre de su piso sonó. Aunque los síntomas que últimamente había estado teniendo lo evidenciaban, la prueba de embarazo que descansaba sobre el lavabo no dejaba lugar a dudas.

Sabía que con eso no se acababa el mundo, pero que su vida daría un giro radical era bastante obvio. Por lo pronto, tendría que dejar de trabajar a pie de campo, algo que no quería, mas Fabián en muchas ocasiones le había pedido que se incorporara a la plantilla de la oficina, sobre todo, desde que adquirió la empresa de Antonio.

—Abre la puerta, Andrés, seguro que será Alejandro.

Andrés dejó a Paty algo más repuesta y corrió a abrir. Nada lo tenía preparado para lo que se mostró ante él. Alejandro estaba llorando sin consuelo, con los dos perros a su lado que también gimoteaban, y lo único que pudo hacer el buen hombre fue darle un abrazo antes de dejarlo entrar.

—¿Ha pasado algo malo? ¿Por qué estás así?

—Necesito hablar con Paty, ella sabrá entenderme y aconsejarme, mejor que nadie, con lo que está pasándome.

—Sí, ya viene, se encuentra un poco indispuesta.

—¿Está mala? —preguntó con preocupación evidente.

—Mejor que te lo cuente ella.

Paty apareció en el salón con la cara descompuesta. Alejandro se levantó rápidamente, asustado por las pintas de la que se había convertido en su mejor amiga, y corrió a su lado.

—¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Que a ese le voy a cortar la churra —dijo, señalando a Andrés.

—¡Hostias! —exclamó Alejandro al ser consciente de lo que eso significaba.

—Estoy embarazada... —gimoteó llorando.

—Pero ¿eso cómo puede ser? Si os estabais cuidando...

—Puede que se nos olvidaran aquí las pastillas cuando nos fuimos aquel fin de semana a Prado del Rey...

—¡Paty!

—Y pensamos que no pasaría nada —agregó Andrés.

—Bueno, esto no es nada malo, y en unos meses os vais a casar.

—Ya, cariño, pero ahora mismo las hormonas me tienen loca y hablan por mí... Eso y que me paso el día vomitando. No estoy con mi mejor humor. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué vienes llorando así? ¿Has discutido con Sergio?

—Vamos a sentarnos. Ahora, más que nunca, te necesito.

—Cuéntame —le pidió Paty cuando estuvieron sentados.

—Acabo de saber que... soy adoptado.

—¿¡Que qué!?! ¡La hostia!

Alejandro rompió a llorar de nuevo y Paty lo abrazó. Claro que lo entendía mejor que nadie, ella también lo era, y por ello no veía lo malo a eso, por qué su amigo estaba en ese estado.

—¿Te lo han dicho tus padres o te has enterado de otra forma?

—Me lo han dicho mis padres.

—¿Y cuál es el problema?

—Que han tardado veintiséis años en decírmelo, que me han ocultado la verdad todo este tiempo, ese es el problema.

—Sus motivos tendrían, ¿no crees?

—¿Qué motivos, Paty? Ser adoptado no es algo malo, es algo maravilloso, tú mejor que nadie lo sabes.

—Yo lo he sabido siempre, mis padres adoptivos nunca me lo ocultaron nunca porque mis padres biológicos me quisieron, no me abandonaron. El destino me los arrebató. Quizá no te lo contaron antes para que tú no te sintieras menos por el abandono. ¿No te lo has planteado?

—Ahora mismo no soy capaz de plantearme nada, estoy demasiado enfadado con ellos por habérmelo ocultado.

—Tómate tu tiempo, ahora tienes muchas cosas que asimilar, pero no dudes nunca del inmenso amor que te tienen, por mucho que no te hayan dicho la verdad. Piensa que si no hubiera sido por ellos, ahora no estarías viviendo esta vida, que todo podría haber sido muy diferente. Es normal que estés enfadado con ellos, pero no dejes que eso te ciegue.

—Si sé que tienes razón, ¡joder!, pero ahora mismo estoy como en una pesadilla.

—¿Se lo has contado a Sergio ya?

—No, he decidido hacerlo mañana, cuando llegue a Pamplona. ¿Sería mucho pedir que te quedes con los perros? Si no te sientes con fuerzas, lo

entiendo, no quiero ponerte en un compromiso. Llamo a Mariola...

—¿Qué dices! Mis sobrinos se quedan conmigo, ellos me darán cariño para sobrellevar este cóctel de hormonas locas que tengo.

—¿Voy a tener que ponerme celoso? —preguntó Andrés con fingida preocupación, haciendo reír a Alejandro.

—Calla, calla, que ahora mismo te tengo una tirria...

Después de un rato de charla, Alejandro salió de la casa de Paty, despidiéndose de sus perros, que no vería hasta unos días después, cuando regresara con Sergio para llevarlos a su nuevo hogar. Estaba más tranquilo, hablar de todo lo que había pasado con su amiga era lo que necesitaba, y estaba seguro de que pronto lo vería todo con más claridad.

Paty cerró la puerta y fue directa a su habitación. Se cambió de ropa ante un atónito Andrés, que no sabía qué pretendía hacer cuando casi eran las doce de la noche.

—Voy a ver a Gabriela.

—¿Ahora?

—¿Te vienes o te quedas?

—¿Cómo te voy a dejar conducir sola? Eres capaz de vomitar en la primera rotonda.

—¡Ya te vale!

—Lo siento... —se disculpó el pobre hombre, siendo consciente del infierno que le quedaba por pasar con el embarazo hasta que las hormonas se estabilizaran.

Salieron del piso y no tardaron más de diez minutos en llegar a la impresionante casa. Paty llamó al timbre y fue Antonio, con un semblante triste, quien le abrió. Se abrazó a la chica que quería como a una hija y dejó salir un llanto desconsolado que a ella le rompió el corazón.

Llegaron al salón y descubrió a Gabriela tumbada en el sofá, con la mirada perdida y su mente en otro lugar. El panorama era desolador y estaba allí para intentar que no lo fuera tanto; esperaba conseguirlo.

—Gabriela, mi amor, Paty está aquí.

—No tengo ganas de ver a nadie.

—Alejandro ha estado en mi casa y hemos estado hablando —dijo, sabiendo que eso la haría salir de su estado de letargo.

Gabriela se incorporó de inmediato y le pidió que se sentara a su lado. Paty no se había equivocado al soltar aquellas palabras.

—¿Cómo está mi bebé? ¿Qué te ha dicho?

—Ven, Antonio, siéntate a mi lado. —El hombre no dudó en hacerlo—. Está bien, aunque bastante enfadado con vosotros.

—Pero... —intentó hablar Gabriela, aunque Paty no la dejó.

—No está enfadado por el hecho de ser adoptado, sino porque se lo habéis ocultado. Os dije que esto explotaría algún día, y creo que lo ha hecho de la peor manera posible.

—¿Le has dicho que tú lo sabías?

—¡Nooo! Bastante mal estaba para que encima se sintiera traicionado por mí.

—Todo ha sido culpa mía... —se lamentó Antonio.

—Tarde o temprano lo iba a saber. Estoy segura de que él y Sergio se casarán, y la partida de nacimiento no engaña.

—Pero no debí decírselo de esa manera. Estaba enfadado porque me estaba diciendo verdades como puños, y reventé, casi se lo escupí a la cara.

—Ya no sirve de nada lamentarse. Ahora, tenéis que darle su tiempo, que se serene, que piense las cosas en frío y pueda verlo desde todos los ángulos. Esto pasará y perdonará que no se lo hayáis contado. Habéis criado a una persona maravillosa, le habéis inculcado valores y una educación exquisita. Seguro que en unos días esto será solo un mal recuerdo.

—Ojalá tengas razón, Paty, ahora mismo siento que me han robado el corazón... Mi bebé... —Gabriela casi no podía hablar y Paty no dudó en abrazarla.

—Los dos motivos de la discusión están conmigo, Alejandro me ha pedido que me haga cargo de ellos y he aceptado, pero lo cierto es que no creo que pueda. Pensaba llamar a Mariola, que era la intención de vuestro hijo...

—No, por Dios, déjamelos aquí. Ellos son parte de mi Alejandro y los necesito conmigo —rogó Gabriela.

—Yo no tengo problema en que se queden, pero ¿por qué no puedes tenerlos contigo? Es raro en ti...

—Porque me paso el día vomitando como una posesa. —Miró a Andrés que se había mantenido en silencio por no despertar a la bestia que habitaba en su futura esposa—. Estamos embarazados.

—¡Ay, mi niña! ¡Qué alegría nos das en este momento! —Antonio la abrazó y, acto seguido, hizo lo mismo con Andrés.

Gabriela volvió a llorar, pero esta vez de felicidad por la pareja. Dentro

de todo lo malo que había pasado ese día, aquella noticia era un soplo de aire fresco.

—¿Traes a los perros del coche, cariño?

—Te acompaño —dijo solícito Antonio.

—Me alegro muchísimo, Paty —Gabriela le acarició el rostro.

—No lo teníamos planeado, pero sucedió.

—¿Alejandro lo sabe?

—Sí. Cuando llegó a casa, no tenía mi mejor aspecto —contestó, intentando poner su mejor sonrisa, aunque notaba cómo empezaban a humedecerse sus ojos.

—Sabes que nos tienes para todo lo que necesites, ¿verdad? Eres parte de esta familia.

—Lo sé... —susurró Paty con la congoja alojada en su garganta.

Paty había perdido a cuatro padres, pero sabía que en ellos había encontrado a dos más, el destino así lo había decidido, y se sintió dichosa por ello.

Abrazada a la mujer que había tomado el rol de nueva madre, deseó con toda su alma que Alejandro reaccionara y no los hiciera sufrir, para que él tampoco lo padeciera.

Perdonar era la única forma para conseguir que la felicidad volviera a sus vidas, y estaba segura de que su amigo lo haría, solo esperaba que no tardara demasiado y que, algún día, pudiera también perdonarla a ella cuando supiera que hacía un año que Gabriela se lo había confesado, el mismo día que Alejandro adoptó a los cachorros.

Alejandro apenas había podido dormir un par de horas esa noche. Eran demasiadas las cosas y sentimientos dando vueltas en su cabeza como para conciliar el sueño. Lo único que había conseguido relajarlo un poco más después de salir de casa de Paty fue hablar con Sergio y mantener una buena dosis de sexo cibernético, ese que ya solo necesitarían en contadas ocasiones a partir de ese día.

Llegó a la estación de Santa Justa, dejó el coche en el parking y fue directo al andén donde tenía que coger el AVE. Había apurado tanto la hora de partir que no tuvo tiempo de parar a tomar un café. Ya habían anunciado de dónde saldría su tren y que quedaban pocos minutos para la puesta en marcha.

Dejó las maletas en el sitio destinado para ellas y buscó su asiento. No marcaría el reloj que ambos vestían en sus muñecas las tres de la tarde cuando pisara el suelo pamplonica. Sergio y su nueva vida juntos era lo único que conseguía que los nubarrones de la noche anterior dieran paso a algunos rayos de sol, aunque mucho temía que tardaría en brillar por completo.

Sergio ansiaba que llegara la hora de la comida. Recogería a Alejandro e irían directos a casa para empezar a colocar todo lo que contenían las cajas que se apilaban en su salón. Por suerte, no habían sido muchas, y ya solo quedaban las maletas que traería y los perros cuando los recogieran a la semana siguiente.

La noche anterior había notado raro a Alejandro, como si quisiera contarle algo y se frenara. Le preguntó qué le pasaba, pero el chico le dijo que no se preocupara, que no era importante y que al día siguiente, cuando estuvieran juntos, se lo contaría.

Sergio no se quedó muy conforme, pero si no quería hablar, no sería él quien lo obligara hacerlo. Disfrutaron de uno de esos ratos que compartían en la distancia, y que esperaba que fuera el último de sus vidas, necesitaba tener a su lado al hombre que le había enseñado lo que era el verdadero amor y no separarse nunca más de él.

Sonreía al pensar cuán retorcido era el destino. Si le hubieran dicho, poco más de un año atrás, que aquello estaría pasando, se habría reído a carcajadas hasta tener agujetas en el estómago.

La mañana pasaba con una lentitud pasmosa, incluso llegó a pensar que su

reloj se estaba quedando sin pilas, pero el del ordenador no engañaba. Los nervios y las ansias de que Alejandro llegara le estaban jugando una mala pasada.

—Sergio, ¡traigo noticias! —Germán irrumpió en la sala, donde se encontraba trabajando y divagando, como si un tsunami hubiera entrado por la puerta.

—¿Qué pasa?

—Pasa que ha llegado el colofón de mi carrera y el despegue de una brillante para ti.

—¿De qué estás hablando?

—¿Qué me dirías si te propongo que nos vayamos a trabajar para el ejercito de los Estados Unidos?

—Que estás loco.

—Pues mira lo que tiene este loco en su poder.

Sergio cogió la carta que Germán hondeaba en el aire y, con tan solo ver el membrete, un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Su nivel de inglés era alto, especializado en la rama en la que trabajaba, y entendió palabra por palabra lo que allí ponía y lo que significaba. Germán no estaba loco, aquello era una propuesta formal para hacer un trabajo de investigación y desarrollo para el ejercito de los Estados Unidos de América, y serían muy tontos los dos si dejaban pasar la oportunidad.

—¡Esto es la leche!

—Si estás de acuerdo, mi querido compañero, en seis meses, como mucho, tenemos que tener terminado este proyecto y partir directos a un futuro brillante.

—Tengo que hablarlo con Alejandro, no quiero volver a separarme de él. Este último año ha sido un infierno.

—¿Y por qué no se va contigo?

—Su familia está aquí, tiene unos padres que lo adoran y...

—Y su novio va a estar allí, que es el que se supone que estará con él hasta el fin de sus días. Además, ¿no me dijiste que sus padres van a pasar largas temporadas en México? Le va a venir muy bien estar al otro lado del océano, ¿no crees?

—Mirándolo así...

—Muchacho, no puedes dejar pasar esta oportunidad.

Continuaron hablando durante un rato más hasta que el teléfono de Sergio

sonó. Sonrió al ver que era Alejandro y no dudó en descolgar al tiempo que Germán salía de la sala.

—Hola, cariño, ¿ya estás en Madrid?

—Sí, y no sabes el puto cabreo que tengo encima.

—¿Por qué?

—Porque se ve que vivimos en otro planeta y no nos hemos enterado de que hoy había huelga de trenes. Me va a tener que tocar esperar como la primera vez que tú fuiste a Pamplona. ¡Dios!, con las ganas que tengo de verte, de abrazarte, de besarte y de follarte... ¡Qué calvario! ¡Vaya dos días de mierda llevo!

—Tranquilízate. Solo son unas horas más, después no nos va a separar nada ni nadie.

—Hasta ganas de llorar tengo...

—¿Por qué no me cuentas qué pasó ayer?

—No, necesito que me abrases cuando te lo cuente, y los abrazos virtuales no me valen.

—¿Tan grave ha sido?

—Sí... No... Bueno, sí... Mira, ya no sé si es grave o si lo estoy magnificando.

—Venga, pues tranquilo. Ahora te tomas una cerveza, comes algo, lees un poco y cuando vengas a darte cuenta, ya estás de nuevo en el tren.

—Gracias, amor.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—Por saber calmarme siempre que los nervios se apoderan de mí.

—Eso ha sonado muy poético... Me gusta. Lo podrías usar en alguna canción.

—Eres único. Voy a tener que darte parte de los derechos de autor de mis composiciones.

—Te quiero. Por cierto, luego tengo que contarte algo muy importante y que nos afecta a los dos si se lleva a cabo.

—¿Me vas a dejar con la intriga?

—Así llevo yo desde ayer. Ahora te aguantas.

Entre carcajadas y palabras de cariño se despidieron. Alejandro guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y se encaminó a la zona de los bares que había en la estación, pero frenó en seco al pasar por los stands que se mostraban delante de él, y lo tuvo claro. No pensaba esperar durante horas

ningún tren.

—Buenas tardes. Tenía una consulta acerca de una reserva que tengo en la estación de Pamplona-Iruña.

—Buenas tardes, señor. Dígame en qué puedo ayudarle... —La chica no puedo evitar mirarlo de arriba abajo, bombones como Alejandro no se presentaban por allí a todas horas.

—Verá, tenía reservado un coche en unas horas, pero debido a la huelga, se ha retrasado mi llegada. ¿Hay posibilidad de coger el coche aquí?

—Permítame su carné de conducir y voy a ver qué se puede hacer.

Alejandro sacó la documentación de la cartera y esperó pacientemente a que la chica comprobara la reserva. Un par de minutos después se dirigió a él.

—Es usted cliente VIP de la compañía. Podemos cancelar la reserva sin ningún coste y gestionar ahora mismo una nueva aquí. ¿Le interesa?

—Eso sería perfecto. Necesito llegar cuanto antes a Pamplona, hace dos meses que no veo a mi novio. —Alejandro sonrió divertido al ver un halo de decepción en la chica, no era la primera vez que le pasaba una situación igual que aquella.

—El único inconveniente es que su coche era automático y ahora mismo no disponemos de ninguno.

—Eso es lo de menos.

Tras hacer todo el papeleo, un chico lo acompañó a la zona que la empresa de alquiler tenía reservada para sus coches. Lo revisaron y, después de dar Alejandro el visto bueno, se subió a él tras guardar las maletas. Por suerte, el coche de su madre no era automático, y no había perdido la práctica en el manejo.

Programó el GPS y se sintió feliz de saber que en unas cinco horas estaría abrazando a Sergio. Estaba seguro de que le echaría una bronca monumental por haber sido tan impaciente, pero no podía esperar el doble de tiempo para verlo.

Condujo durante un par de horas hasta que cogió la salida en dirección Almazán-Gómara. Ahí empezaron a rugirle las tripas y pensó que era el momento perfecto para comer algo, aunque no demasiado para que la digestión no le provocara sueño.

En poco más de tres horas estaría por fin en Pamplona, alejado de la pesadilla que había vivido la noche anterior, refugiado en el calor de Sergio.

Terminó de comer, se tomó dos cafés y volvió a la carretera. Si todo iba

bien, no volvería a parar hasta llegar a destino; si le entraba un poco de modorra, tendría que hacerlo antes. Una vez en la carretera, se dio cuenta de que esa no había sido una buena idea teniendo en cuenta que solo había dormido un par de horas, pero ya estaba hecho, y pararía siempre que lo necesitara. Aun si se echaba una siesta en cualquier estación de servicio, llegaría antes que el tren que tenía que esperar.

Durante el trayecto, la música de la radio lo acompañó a ratos, durante otros, una nueva composición empezaba a tomar forma en su cabeza con la frase que le había dicho a Sergio, porque era verdad, él siempre conseguía infundirle la calma que necesitaba en cada momento.

Y entre melodías y canciones pagó el peaje de Oriz-Tiebas. Tan solo veinte minutos le separaban de su destino. Tenía ganas de gritar, de reír, de llorar... Y muchas lágrimas eran las que le quedaban por derramar.

No pudo hacer nada. Vio a varios vehículos apartarse, pero él no lo consiguió. Un kamikaze iba directo hacia su coche, y supo que ese era su final, que nunca más volvería a ver a Sergio, ni a sus padres, ni a sus perros, que su vida se terminaba ahí, en aquel coche de alquiler, cuando tan cerca estaba de empezar a cumplir sus sueños junto al hombre que amaba... Y, en parte, no se equivocó.

El choque frontal hundió el motor del coche, los airbags saltaron, dio dos vueltas de campana y cayó bocabajo.

Alejandro notó cómo el embrague se clavaba en su pierna, cómo todo daba vueltas a su alrededor hasta que un golpe seco dejó parado el automóvil, y con él su vida. La sangre goteaba desde el suelo, todo se nublaba a su alrededor, las imágenes más bonitas de su vida pasaron como una película acelerada por su cabeza y sintió que su corazón dejaba de latir.

El teléfono de Sergio sonó en su bolsillo cuando salía a tomar un café. Imaginó que sería Alejandro quien llamaba para decirle que ya estaba en el tren camino de Pamplona, pero no, era Gabriela, su madre, y a la mente le vino eso tan misterioso que su novio tenía que contarle, algo le decía que tenía que ver con sus padres.

—Buenas tardes, Gabriela. ¿Cómo estáis? Alejandro todavía no ha llegado... Gabriela, ¿estás llorando?

—¡Ay, Sergio! ¡Mi bebé! ¡Mi Alejandro!

—¿¡Qué pasa!? ¿Qué le ocurre a Alejandro?

—Nos acaba de llamar la Guardia Civil... ¡Ayyy, Dios mío!

—Gabriela, por favor...

—Sergio, soy Antonio.

—Antonio, ¿qué ocurre?

—Nos acaban de llamar para decirnos que Alejandro ha tenido un accidente y... Lo han trasladado al Complejo Hospitalario de Navarra... Sergio... Mi hijo está muy mal, no... no saben si va a salir de esta.

—No, no, no. No me digas eso, Antonio, no. Voy saliendo para el hospital, luego hablamos.

—Vale, hijo, yo estoy viendo vuelos, trenes... Lo que nos lleve antes hasta allí.

Sergio colgó el teléfono y salió corriendo del recinto. En la puerta se cruzó con Germán, que al ver su cara supo que nada bueno tenía que estar pasando.

—¿Adónde te llevo?

—Al Complejo Hospitalario. Alejandro...

—Vamos, muchacho. Rodrigo nos será de mucha ayuda, es allí donde trabaja.

El camino hasta el hospital se hizo tortuoso y lento. La cabeza de Sergio no paraba de dar vueltas, pensando en qué se iba a encontrar, con miedo a que fuera verdad que todo pintaba tan mal. Si perdía a Alejandro, no se veía capaz de continuar con su vida, no la concebía sin él.

Llegaron a Urgencias y Sergio entró como alma que llevaba el diablo. Fue directo a la recepción y maldijo tener que esperar a que terminaran de atender a la persona que había delante.

—Disculpe. Necesito información sobre un paciente que ha entrado de Urgencia, Alejandro Riquelme León.

—Solo podemos dar información a los familiares directos. ¿Es usted uno de ellos?

—Soy... Soy su marido.

—¿Su marido?

—Sí, su marido —apoyó Germán sus palabras.

—Está en el quirófano en este momento y no podría decirle cuánto durará la operación. Hay orden de que mandemos a la sala de espera quirúrgica a los familiares que llegaran. Cuando la intervención termine, les informarán de cómo ha ido todo.

—Muchas gracias, señorita.

—¿Saben dónde...?

—Tranquila. Sé dónde está... ¿Nos podría decir qué cirujano está interviniendo a Alejandro?

—Señor, eso no...

—Rodrigo Rubiales es mi sobrino...

—Entonces sabrá que Alejandro está en las mejores manos. —La chica le guiñó un ojo y Germán no necesitó más palabras, era su sobrino quien estaba en ese quirófano, el que tenía la vida de Alejandro en sus manos y estaba seguro de que todo saldría bien.

La espera se hacía eterna, nadie salía a decir nada, las llamadas de Gabriela y Paty no dejaban de entrar, y Sergio no tenía respuestas.

Nunca había sido un hombre creyente, pero esa tarde rezó todo lo que sabía y todo lo que se inventó. Sabía que Rodrigo era uno de los mejores cirujanos de España, pero eso no calmaba su inquietud. La Guardia Civil dijo que tuvieron que reanimarlo en un par de ocasiones y que tuvieron que hacerle un torniquete en la pierna para que no se desangrara. Eso no podía traer nada bueno.

Germán lo observaba, no había querido dejar a su pupilo, sabía que aquel momento era muy duro para él. Dolores no había dudado en correr a en auxilio de los dos hombres, les llevó café y algunos dulces para sobrellevar la espera, pero Sergio solo había tomado un par de cafés y agua. Nada más entraba en su estómago.

La puerta de la sala de espera se abrió y apareció una enfermera, que les pidió que la acompañaran a la antesala del quirófano, donde el cirujano les

informaría de todo.

Sergio se sentó en la silla del escritorio, Germán se colocó detrás de él y dejó caer sus manos en sus hombros, dándole suaves apretones, mostrándole su total apoyo.

La puerta se abrió a sus espaldas y dio un salto de la silla. Miró a Rodrigo a los ojos y lo que vio en ellos le rompió el alma.

—Rodrigo...

—Siéntate, por favor.

—No.

—Está bien. A ver, la cirugía ha sido bastante complicada. Hemos tenido que extirpar el bazo, contener una hemorragia interna, entró dos veces en parada y...

—¿Y qué? ¡Rodrigo, por Dios! Solo dime que está vivo, solo eso...

—Ven aquí. —Rodrigo tiró de él y lo abrazó—. Está vivo, pero no sé si...

—Tiene que salir adelante, Rodrigo. Si se muere, me voy con él.

—Hay algo más, Sergio. Te juro que lo he intentado, pero los tejidos estaban muy dañados, los huesos hecho añicos...

—¿Qué...?

—El pedal del embrague y el motor... Hemos tenido que amputarle la pierna izquierda por encima de la rodilla. Lo siento, no he podido hacer más, te juro que no he podido... —Rodrigo rompió a llorar.

Sergio tomó su cara entre sus manos e hizo que lo mirara a los ojos. Sí, estaba siendo totalmente sincero con él, sabía que había hecho hasta lo imposible, y como cirujano se sentía frustrado.

—Rodrigo, le has salvado la vida.

—Por ahora. Las próximas setenta y dos horas son cruciales. En unos minutos van a trasladarlo a la UCI. Daré orden para que te dejen pasar a verlo...

—Gracias, Rodrigo.

—Es mi deber, lo sabes. Eso sí, solo pueden pasar sus familiares y... he dicho que tú eres su marido para que no haya problemas.

—Gracias de nuevo.

Rodrigo le hizo un gesto con la cabeza a su tío para que saliera de la sala y este no dudó en hacerlo. Se acercó a Sergio y apoyó una de sus manos en su hombro.

—Escúchame. Sé que nosotros... Pero quiero que sepas que estoy aquí

para lo que necesitéis, ¿vale? —Sergio se dejó abrazar de nuevo por Rodrigo, podía sentir que lo que le transmitía era un afecto sincero, lejos de cualquier otra intención—. Tienes que ser fuerte, pequeño.

Hacía muchos años que nadie lo llamaba con ese apelativo, él había sido el único, y sintió alegría al darse cuenta de que no le afectaba que lo llamara así. Rodrigo era su pasado, aunque hubiera tomado un papel tan importante en su presente en aquel preciso instante.

Pasaron varios minutos antes de que una enfermera entrara en la sala para avisar de que ya habían trasladado a Alejandro. Rodrigo acompañó a Sergio a la UCI, lo ayudó a vestirse y entró con él.

Alejandro yacía sobre la cama. Goteros, cables, drenajes... Su rostro amoratado e hinchado... Un tubo que salía de su boca... La viva imagen del peor de los desastres.

Sergio se acercó y tomó su mano con miedo, como si temiera hacerle más daño del que ya tenía. La acarició y depositó un suave beso en ella. Su niño malcriado y caprichoso, su bebé, se debatía entre la vida y la muerte y él no podía hacer nada. Rabia, frustración y dolor llenaban su corazón en ese momento.

Rodrigo se acercó por el otro lado de la cama, miró los monitores y acarició el pelo de Alejandro.

—Muchacho, tienes que luchar. No puedes dejar solo a Sergio ahora que ha encontrado el amor verdadero. —Sergio lo miró al escuchar sus palabras.

—¿Le habéis inducido el coma o...?

—No. Está en coma por sí solo.

—¿Crees que...?

—No sé cuánto tiempo va a estar así, y por ahora es preferible que no despierte, se lo tendríamos que inducir.

—¿Secuelas?

—Hasta que no despierte, no sabré decirte. Fueron dos paros antes de llegar aquí y dos en la intervención. Tuvo mucha suerte de que una ambulancia fuera detrás de él en la autopista, venían de trasladar un paciente a Madrid. Si no hubieran estado... Eso y que ha sido a veinte minutos de Pamplona.

—¡Dios mío!

—A ver, hemos actuado muy rápido, hasta los bomberos llegaron en cinco minutos para sacarlo del amasijo de hierros, pero no sabemos cómo habrá afectado la falta de oxígeno al cerebro.

—Te tienes que recuperar, mi vida. No me dejes solo. Ahora voy a llamar a tus padres, hace un rato estaban buscando la forma más rápida de venir, mañana estarán aquí. Y Paty amenaza con sacarte de la tumba como te mueras... ¿Sabes una cosa? Cuando salgas de aquí, nos vamos a ir a vivir a Estados Unidos. A Germán y a mí nos han hecho una oferta irrechazable y estoy seguro de que allí despejará tu carrera como compositor... ¿Ves? No puedes abandonar ahora, amor.

—Deberíamos salir ya.

—Mañana a primera hora estaré aquí de nuevo, no pienso separarme de ti hasta que salgas de esta, y después tampoco. Te quiero, Bebé.

Sergio volvió a besar su mano y rompió en un llanto desconsolado. No podía creer que les estuviera pasando eso, que sus caminos se hubieran visto truncados por un kamikaze que había dado positivo en alcohol y drogas. Con lo responsable que siempre había sido Alejandro a la hora de conducir desde que se conocieron, no era justo que le estuviera pasando eso.

Salieron de la UCI y se deshicieron de las ropas de un solo uso. Caminaron por el pasillo en silencio hasta llegar a la sala de espera en la que estaba Germán. El buen hombre se despidió de ellos, ya eran casi las dos de la mañana y al día siguiente tenía que trabajar.

—¿Te llevo a casa? —le preguntó a Sergio.

—No voy a moverme de aquí.

—Sergio, tienes que descansar, aquí no puedes hacer nada, y Alejandro te necesita al cien por cien —le rebatió Rodrigo.

—Pero...

—Tío, vete tú. Yo lo acerco luego a su casa para que se dé una ducha y descanse un rato.

—Está bien. Mañana hablamos, muchacho.

Vieron marchar a Germán, inmóviles. Lo único que quería Sergio era volver a entrar en la habitación y no despejarse de Alejandro, pero sabía que eso no podía ser.

—Vamos, te invito a cenar a una hamburguesería que está abierta a estas horas.

—No tengo hambre, yo no...

—No es discutible. Te prometo que cuando volvamos, hablaré para que te dejen entrar de nuevo, pero tienes que alimentarte.

—Vale... —suspiró resignado.

Salieron del hospital y subieron al coche de Rodrigo. En el camino al restaurante, Sergio llamó a Antonio y lo puso al tanto de todo... de casi todo. Omitió cuán grave era la situación y lo que había pasado con su pierna, bastante estaban sufriendo en la distancia para que todo fuera aún peor. Se lo contaría cuando llegaran a Pamplona al día siguiente.

Diez días. Diez días con sus noches y Alejandro no reaccionaba. Lo único que daba algo de consuelo a Sergio era saber que las setenta y dos horas críticas ya habían pasado, pero todavía no había despertado. Eso lo tenía en una angustia permanente, sobre todo, porque a Rodrigo no le gustaba nada que todavía no hubiera salido del letargo. Los primeros días, lo prefirió, aunque ya no le auguraba nada bueno.

Una pierna, Alejandro había perdido una pierna. Cuán caprichoso era el destino, lo mismo que te daba te quitaba. Sergio bien lo sabía.

Se culpaba por haber arrastrado a Alejandro a Pamplona, adonde él había ido a trabajar en nuevas técnicas de prótesis de piernas para deportistas de élite. Y, ahora, el hombre que iba a acompañarlo toda la vida iba a necesitar una de ellas.

Si no hubiera sido tan impulsivo, si hubiera esperado a coger el tren que debía... Pero ¡qué demonios! Él hubiera hecho lo mismo en su lugar.

Cogió la cartera, las llaves y el móvil y salió a la calle. La parada de taxi estaba cerca, cosa que le venía genial porque se le habían pegado las sábanas y en media hora era el pase de visita para ver a Alejandro. En realidad, no tenían muchos problemas para pasar en otras horas, pero cualquier momento era perfecto para verlo.

Un claxon sonó haciéndolo dar un brinco. Giró la cabeza para ver qué ocurría y se encontró con el coche de Rodrigo, que pasaba por allí en dirección al hospital. El día anterior le dijo que entraba a trabajar a las ocho y ya iba con el tiempo bastante justo.

—¿Vas para el hospital?

—Sí, claro.

—¡Sube!

—Vas un poco tarde, ¿no?

—Sí...

—A ver, mírame. —Sergio conocía perfectamente esa cara—. ¡Tú esta noche has follado!

—Yo...

—Lo siento, me salió sin pensar.

—Pues me alegra que te haya salido, señal de que nuestra actual relación

no es tan mala como pensaba.

—Rodrigo... Nunca pensé que diría esto... Me hiciste mucho daño, pero, en este último año, en estos últimos días, me ha empezado a caer muy bien el tipo en el que te has convertido.

—¡Guau! Jamás creí que escucharía eso de tu boca... Me has alegrado la mañana.

—¿Yo te he alegrado la mañana? Creo que alguien más te ha mandado con esa cara de satisfecho al hospital hoy. —Rodrigo soltó una carcajada que se borró rápidamente, tornando su gesto serio.

—Créeme, esta conversación sí que me ha alegrado la mañana, cuando salí hace un rato de... de mi casa, no salí precisamente feliz, a pesar de haberme pasado gran parte de la noche follando.

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—¡Tú te has enamorado!

—No... No, yo no me he enamorado, ya me conoces, sabes que eso no es para mí... Mira, ya estamos llegando.

—Veo que sigues teniendo la misma sutileza de siempre para cambiar de tema.

Rodrigo se dirigió al acceso de personal y Sergio a la puerta principal. Llegó a la sala de espera y se encontró allí con Gabriela y Antonio, que se dirigían al pasillo que daba acceso a la UCI.

Tras el saludo inicial, entraron de uno en uno para hacer la visita. La primera fue Gabriela, que dedicó el tiempo a acariciar la cara de su hijo, que seguía amoratada, aunque menos hinchada.

Después, le tocó el turno a Antonio, que se limitó a agarrar la mano de su hijo y le susurró palabras de perdón. En parte, se sentía responsable de todo aquello, habían discutido y estaba seguro de que la impaciencia de Alejandro se debió a eso. La culpa lo estaba carcomiendo y el estómago había comenzado a dolerle de forma alarmante, mas no había dicho nada a nadie.

Sergio entró y miró a su único y verdadero amor. Se sentó a su lado, tomó su mano y, por enésima vez desde que hacía diez días, le pidió que fuera fuerte, que no abandonara, que reaccionara, que no lo dejara solo.

—Hazlo por nosotros, cariño. ¿Sabes? Ya tengo preparado un prototipo con los últimos avances que hemos hecho... —Aguantó las lágrimas, Rodrigo le había dicho que había probabilidad de que los escuchara—. Estoy seguro

de que va a ser perfecta para ti. —Lo miró a la cara y la acarició—. Tienes que afeitarte, la barba te ha crecido mucho, aunque te queda bien igualmente... Vale, yo no soy objetivo, para mí eres el más guapo siempre. —Besó sus nudillos antes de continuar—. No puedes quedarte así ni irte de este mundo, recuerda que nos hicimos una promesa, ¿te la tengo que recordar? Creo que sí. Somos, siempre... —No pudo contener un par de lágrimas y tuvo que tragar el nudo que se le formó en la garganta—. Te necesito, mi amor, tú eres mi vida, no me abandones...

—Sergio, tiene que salir, la visita ha terminado —dijo una de las enfermeras detrás de él.

—Sí, ya voy.

—Es que me protestan los demás familiares, ya sabes.

—Lo entiendo...

—Mira, vente dentro de una hora y te dejo pasar otro ratito, ¿vale?

—Muchas gracias... —Miró la chapa identificativa de la chica—. Muchas gracias, Aitana.

Estaban saliendo por la puerta cuando la máquina que tomaba la tensión y el pulso empezó a pitar. Ambos se giraron para ver abiertos los ojos de Alejandro y cómo intentaba arrancarse el tubo que tenía en la boca.

La enfermera corrió hasta él mientras pedía un médico a gritos. Sergio se quedó paralizado, sin entender qué estaba pasando, si eso era bueno o malo. Era la mirada de Alejandro, pero estaba vacía, sin expresión ninguna, sin vida, y temió que la falta de oxígeno al cerebro le hubiera afectado a la vista.

—Salga de aquí, por favor. Le informaremos en unos minutos —dijo un médico, al tiempo que una enfermera tiraba de él.

Sergio cruzó el pasillo que lo separaba de la sala de espera sin tan siquiera quitarse la ropa de un solo uso. No sabía qué pensar, no tenía ni idea de qué estaba pasando y en su mente se clavaba esa mirada perdida quién sabe dónde.

—Sergio... —Gabriela se acercó a él al ver su rostro descompuesto—. ¿Qué pasa?

—Me han echado...

—Era la hora, ¿no?

—Las máquinas empezaron a pitar, Alejandro abrió los ojos, intentó quitarse el tubo... y todo se llenó de gente. Me han echado...

—Pero eso será bueno, ¿no?

—No lo sé... Su mirada...

—¿Su mirada qué?

—Su mirada no estaba aquí. —Lloró abrazado a Gabriela, hasta que dirigió la vista a Antonio.

—Antonio... —El hombre hizo un gesto con la mano para tranquilizarlo y que guardara silencio, pero Sergio no estaba dispuesto a pasar otra vez por lo mismo—. En cuanto salgan a informarnos, te vas a buscar a Rodrigo.

—Estoy bien.

—¡Ah, no! Otro susto como aquel, no.

—¿De qué habláis?

—Gabriela, sé que ahora mismo todo en ti está pendiente de Alejandro, pero fíjate en la cara de tu marido y la forma que tiene de andar. La úlcera está dándole la lata.

—¡Antonio, por Dios! ¿Cómo no dices nada? Un día de estos...

La regañina que Gabriela empezaba a darle a Antonio se vio cortada por la megafonía de la sala de espera. Solicitaban que los familiares de Alejandro Riquelme León se personaran en la entrada de la UCI.

A toda prisa se dirigieron allí. Fueron los pocos metros más largos de sus vidas, sin saber con qué se iban a encontrar, con miedo a que aquello fuera el final.

Pero todos sus miedos se disiparon cuando vieron la sonrisa que se dibujaba en la cara del médico. Eso solo podía significar que había salido del coma, tenía que ser eso, se aferraban a que así era.

—¿Familiares de Alejandro Riquelme?

—Sí, somos nosotros.

—Bien. Alejandro ha despertado del coma.

—¿Cómo está? —preguntó Antonio con la mano en el estómago.

—Dolorido, afónico por el tubo, pero, a primera vista, no se ha observado daño cerebral por la falta de oxígeno. Eso sí, está muy aturdido, algo lógico después de pasar diez días en coma.

—¿Podemos pasar al verlo?

—Ahora mismo no es conveniente que entréis todos. ¿Quién es Sergio?

—Yo, doctor.

—Ha preguntado por ti, quería verte.

Sergio sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, su niño había preguntado por él. Le sabía mal por sus padres, pero no podía evitar sentirse

feliz.

—Solo puedes estar diez minutos. Después tendrán que esperar a que le hagan algunas pruebas y volveremos a llamarles para que sí puedan visitarlo todos.

Sergio siguió al médico después de pasarle a Gabriela el número de Rodrigo. Le pidió que lo llamara para que le echara un vistazo a la úlcera de Antonio antes de la cosa fuera a peor.

Entraron en la zona de las habitaciones y un estado extremo de nerviosismo se apoderó de él. No sabía si ya le habían dicho lo que había pasado con su pierna o si le tocaría a él darle la noticia, pero no tuvo tiempo de preguntar. Cuando quiso hacerlo, ya estaban entrando en su box.

—Puede que no esté muy despierto, pero es normal.

—Gracias.

Sergio avanzó hasta la cama y se sentó a su lado. Acarició su brazo y notó moverse la mano de Alejandro buscando la suya.

—Hola, Flacucho —susurró Alejandro.

—Hola, Bebé... —contuvo Sergio la emoción.

—Lo... Lo siento.

—No hables, cariño. Vas a hacerte más daño en la garganta.

—Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

—¿Qué...? ¿Qué le pasa a mi pierna izquierda? No la siento.

—No te preocupes por eso ahora. Lo importante es que te repongas para que salgas de aquí y pueda estar contigo todo el tiempo.

—Vale.

—Tus padres están aquí.

—Necesito verlos...

—Entrarán en un rato. Como preguntaste por mí, solo he podido pasar yo.

—Bien. Ellos no me van a mentir otra vez, así que, por favor, dime qué le pasa a mi pierna.

—Nada que yo no pueda solucionar, mi vida.

—¿Cómo?

—Hicieron todo lo que pudieron, pero... Estaba totalmente destrozada de rodilla para abajo.

—¿Por dónde han cortado?

—Por encima de la rodilla.

Alejandro se quedó en silencio y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Sergio se las limpió con los pulgares, acercó su cara a la de él y besó sus labios con un suave toque. Era algo que llevaba demasiados días deseando, que pensó que nunca volvería a hacerlo.

—Otra vez, por favor.

—Claro que sí, amor mío.

Sergio repitió la operación sonriendo. Esa vez duró un poco más de un segundo, quizá dos o tres o minutos. No era algo de lo que estuvieran los dos especialmente pendientes.

—¡Voy a ser tu conejillo de indias! —Sergio no podía creer que estuviera de tan buen humor, que se lo hubiera tomado tan bien, y eso lo llenaba de dicha.

—Vas a ser mi todo.

—¿Somos? —aquella interrogación hizo que sintiera un puñal clavarse en su corazón.

—Siempre —afirmó con rotundidad y volvió a besarlo, hasta que una enfermera entró en el box para pedirle que saliera—. Tengo que salir ya. Vuelvo en un rato, ¿vale?

Sergio salió de la UCI y se apoyó en la pared del pasillo. Estaba equivocado al pensar que se lo había tomado bien, aquella broma ocultaba miedo, y la interrogación una desoladora inseguridad que sabía que no iba a ser fácil de superar, aunque él estaría ahí para que no lo hiciera solo.

Cinco días de locos. Tras el despertar de Alejandro, comenzó un reguero de pruebas neurológicas que confirmaron que el cerebro no había sufrido daños. Ese día, al fin, lo pasarían a planta, donde debía empezar a recuperarse de las heridas.

El muñón de la pierna izquierda estaba cicatrizando muy bien y la rotura de tibia y peroné de la derecha también estaba soldando como debía. Era un hombre joven y fuerte, lo que ayudaba a que todo estuviera siendo más rápido.

Gabriela y Antonio se habían instalado en el piso de Sergio, y no pensaban volver a casa hasta que Alejandro fuera dado de alta. El chico los recibió con gusto, y le sirvió para conocer un poco mejor a su familia política.

Antonio fue el que lo puso al tanto de lo que había sucedido el día antes del accidente de su hijo. Sergio entendió a Alejandro, su tristeza, las ganas de huir, y, al igual que Paty, los tranquilizó diciéndoles que su hijo los perdonaría por aquella gran mentira. Llevaban más de un año de conversaciones y cada día la madurez del joven era más patente.

Y no se equivocó. El día que despertó del coma, después de haber pasado él a visitarlo, le tocó el turno Gabriela. La mujer entró con miedo, temiendo la reacción de su hijo, que la echara de allí a patadas, pero eso no sucedió. Alejandro no estaba en condiciones de hablar de todo lo que tenían pendiente, mas le dejó claro que la quería y que eso nunca cambiaría.

La mujer salió con una sonrisa en la cara, cosa que debería haber esperanzado a Antonio, sin embargo, la culpa que el buen hombre sentía no concebía que él fuera a salir tan bien parado.

Entró en el box con cautela, temiendo el momento de enfrentarse a su hijo, pero al ver su sonrisa, un batiburrillo de emociones se formó en su corazón y las lágrimas salieron sin control de sus ojos.

—¡Joder, papá! Se me está cayendo el mito, tú nunca lloras.

Las palabras de su hijo le hicieron soltar una carcajada, que amortiguó rápidamente llevándose una mano a la boca, aquel no era lugar para escándalos.

—Como vuelvas a darme otro susto así, te desheredo —le dijo el hombre, tratando de suavizar el momento.

—Soy tu hijo, no puedes desheredarme, ¿a quién vas a dejarle toda tu

fortuna?

—Tienes razón, eres mi hijo. —Antonio tomó la mano de Alejandro y la besó entre lágrimas.

—Lo siento, papá. —El hombre levantó la mirada para ver la cara de Alejandro—. Siento haber actuado como lo hice.

—No, hijo, soy yo el que debe disculparse y rogarte que algún día me perdones. Si no hubiera sido por esa discusión...

—Fue un accidente que nadie podría haber evitado. Hubiera discutido contigo o no, ese día habría cogido el coche por la huelga de trenes. Igualmente habría sucedido, yo no tuve la culpa.

—Ya, pero...

—Tenemos muchas cosas que hablar, pero no vas a librarte de mí, vas a seguir siendo mi padre por mucho tiempo.

Después de aquel día, la luz comenzó a brillar de nuevo en sus vidas, aunque Sergio sabía que no era oro todo lo que relucía. En cada visita, la alegría de Alejandro iba mermando a pasos agigantados y su carácter se fue agriando, por más que el chico intentara disimularlo.

Sergio atravesó la puerta del hospital con una bolsa pequeña en la mano que acababa de recoger en la joyería. El día que Alejandro tuvo el accidente, le dieron una bolsa con sus pertenencias, entre ellas el reloj que los dos llevaban a juego. El cristal se había roto, así que, un par de semanas después, cuando ya había salido del coma, no dudó en llevarlo a arreglar y, de paso, grabar algo en el interior.

Al salir del ascensor, antes de entrar en el ala del hospital donde estaba la habitación de Alejandro, se cruzó con Rodrigo, que salía de un despacho y también se dirigía adonde mismo él.

—Te acompaño, yo también voy para la habitación.

Sergio no puso pegas, Rodrigo se estaba volcando con ellos más allá del plano profesional, y eso hizo que el odio que siempre le había tenido fuera mermando a cada día que pasaba.

Rodrigo le dio paso para que entrara primero, y la alegría de Sergio se tornó preocupación cuando vio cómo Alejandro los miraba. No entendía la ira que veía en sus ojos, y temió que se tratara de un ataque de celos, cosa que no tenía lógica alguna porque solo tenía ojos para él.

El médico revisó delante de ellos la carpeta que llevaba en las manos, todo iba sobre ruedas y en unos días podría salir del hospital. Alejandro

debería haber mostrado alguna muestra de felicidad, pero su rostro era frío, como si le importara una mierda lo que estaban contándole.

Gabriela salió con Rodrigo y los dejó solos para darles un poco de intimidad. Ella también se había dado cuenta de la actitud de su hijo y rezó todo lo que sabía para que Alejandro no cometiera ninguna estupidez. No era tonta, sabía que estaba entrando en un estado de depresión, y temía que eso afectara a la relación entre ellos.

—Te he traído una cosita.

Se acercó a Alejandro y le dio un beso en los labios. Beso que le dolió en el alma, porque no estaba cargado de esa ternura que siempre encontraba en sus labios, solo había resignación.

—Gracias —dijo en un tono neutral, sin tan siquiera hacer por ver qué era el regalo, pero Sergio no se dio por vencido.

—He mandado a arreglar tu reloj y... mira lo que he grabado en los dos.

Lo sacó de la caja, se lo entregó y rápidamente se quitó el suyo para que también viera la inscripción.

Alejandro miró los dos relojes y sus ojos se llenaron de lágrimas al leer las inscripciones. Eran dos simples palabras que habían significado todo para ellos. En el suyo ponía «Somos»; en el de Sergio, «Siempre».

—Déjalo en la taquilla.

—¿No vas a ponértelo? —preguntó Sergio con un sentimiento de decepción que le pellizcó el estómago.

—No, temo que se pueda perder en alguna de las veces que me lleven a hacerme pruebas.

—Podrías haberte buscado una excusa mejor.

—¿Quieres la verdad? No creo en el significado que tienen.

—¿Qué has dicho?

—¿Acaso piensas que no me he dado cuenta de lo bien que Rodrigo y tú os lleváis últimamente?

—¿Qué estás insinuando? ¿Tú te has escuchado?

—No soy tonto, Sergio, solo hay que veros. Ese hombre suspira por tus huesos y no veo que tú te hagas mucho de rogar.

—Estás viendo cosas donde no las hay. Sí, ha habido un acercamiento entre nosotros, entre otras cosas porque te salvó la vida, no lo olvides.

—¡Oh, sí! ¡Mi salvador! —exclamó con un tono demasiado sarcástico.

—¿Quieres que no lo vuelva a ver? ¿A tanto llegan tus celos? Porque creo

que te he demostrado por activa y por pasiva que para mí solo existes tú.

—¡No, por Dios! Sigue viéndolo, y no hace falta que lo hagáis a escondidas, así no me cogerá por sorpresa el día que me des la patada por él.

—¡Para ya de decir estupideces! —Sergio respiró hondo—. Perdona por haberte gritado, pero tu actitud está superándome. Sé por lo que estás pasando, es normal que te esté afectando a nivel psicológico, pero no arrastres lo nuestro al fondo de un pozo.

—Jaaa. Una mierda sabes tú por lo que yo estoy pasando. ¿Sabes qué es mirarte cada día y pensar que sigues a mi lado porque te sientes culpable de haberme arrastrado hasta aquí?

—Estás equivocándote. Yo nunca me he sentido culpable por eso. Sigo y seguiré a tu lado porque te amo, no por pena ni por culpabilidad. ¿Dónde ha quedado eso de «ha sido un accidente, nadie tiene culpa de ello»? Si buscas un culpable, adelante, yo me cargo eso a las espaldas, pero los dos sabemos que no es así.

—¿En serio me amas? —escupió Alejandro, destapándose y enseñándole el muñón de la pierna.

—¿De verdad piensas que por eso iba a dejar de amarte? Te recuerdo que trabajo a diario con ese problema, que me dedico a ponerle solución. Y no voy a negar que tu físico me vuelve loco, porque faltaría a la verdad, pero yo quiero más que a mi vida a la persona que habita en ti, esa que ahora se está destrozando a sí misma. Yo te quiero tal cual, el problema es que tú no, y hasta que no lo hagas, no lo verás todo como realmente es.

—Vete de aquí —dijo Alejandro, girando la cara para no verlo.

—Si es lo que quieres... Eso sí, pienso seguir viniendo cada día, hasta que te des cuenta de lo equivocado que estás.

Sergio salió de la habitación y se dejó caer en el suelo apoyado en la pared. No se sentía con fuerzas para andar, le temblaban las piernas y le faltaba el aire. No podía entender por qué Alejandro estaba dinamitando de esa manera la relación que había entre ellos, cómo podía dudar de lo que sentía por él, cómo no veía que era el único hombre que le interesaba.

Rodrigo corrió hasta él seguido de Gabriela, que sabía que sus peores presagios se habían hecho realidad. El médico le hizo un gesto para que entrara con su hijo, mientras, él se llevaría a Sergio a su despacho y le administraría algún tranquilizante para que no sufriera un ataque de ansiedad.

Una vez estuvieron dentro, le obligó a ponerse debajo de la lengua un

Alprazolán. Poco a poco, su respiración se fue regulando, aunque no podía parar de llorar.

Se levantó de la silla y empezó a recorrer la habitación de un lado a otro, como si fuera un animal enjaulado.

—Sergio...

—Quiere echarme de su vida... Necesita un sicólogo, Rodrigo, no va a poder superar esto solo.

—Lo he intentado, pero lo echó de la habitación.

—¿Cómo?

—Hasta que él no sea consciente de que está cayendo en una depresión, poco podemos hacer.

—Pero... no sé, podéis colarle alguna medicación sin que lo sepa...

—No podemos hacer eso. Si se da cuenta, puede caernos una denuncia bastante grande. Está en pleno uso de sus facultades mentales, nadie puede decidir por él.

—No sé cómo puedo manejar esto... Me ha dicho cosas terribles, hasta el punto de insinuar que tú y yo...

—¿En serio? Bastante carga tengo encima con... —Rodrigo guardó silencio y se giró para que Sergio no lo analizara—. Si quieres, tengo un amigo sicólogo que te puede echar un cable. Estoy seguro de que, con su ayuda, podrás llevarlo mejor y ayudarlo a él.

—No sé cuántas veces te he dado las gracias en los últimos tiempos, pero gracias de nuevo.

—No hay que darlas, pequeño, te entiendo mejor de lo que crees.

Rodrigo lo abrazó y besó su mejilla. Sergio agradeció el gesto de cariño y pudo sentir que el médico también cargaba una mochila pesada. Ponía la mano en el fuego y no se quemaba al pensar que el hombre duro que era antaño estaba enamorado, y que la vida no se lo estaba poniendo fácil.

Alejandro lloraba en silencio cuando su madre entró en la habitación. Gabriela se acercó con rapidez hasta él y abrazó a su hijo, que no dudó en posar la frente sobre su pecho y ahogar en él el llanto.

—¿Qué has hecho, Alejandro?

—Lo que debía hacer, mamá. Sergio se merece todo lo bueno que la vida le depare, un hombre con el que disfrutar sin limitaciones. No puedo ser egoísta y atarlo a mí.

—Mira, hijo, por esa regla de tres, tu padre debió divorciarse de mí cuando supimos que no podría ser madre nunca, pero no lo hizo, porque el amor estaba por encima de todo.

—No es lo mismo... Además, en los ojos de Rodrigo se ve que es un hombre enamorado, y no dudo que sea de Sergio.

—Yo también pasé por lo mismo que tú estás pasando, bebé. Por la negación, por el rechazo a mí misma. Créeme que intenté por todos los medios apartar a tu padre de mi lado, y cuando digo apartar, no fue simplemente a echarlo de una habitación, agarré las maletas y me volví a México sin que él lo supiera.

—¡Mamá! —exclamó sorprendido—. ¿Cómo pudiste hacerle eso?

—De la misma manera que tú estás haciéndole con Sergio. ¿Sabes lo que hizo el gruñón de tu padre? Se presentó en la casa de mis padres con una carpeta bajo el brazo.

—Y ahí ya caíste rendida, ¿verdad? Con lo duro que es papá para demostrar algunas cosas...

—Le dije que se buscara a una mujer completa, que le diera lo que tanto ansiaba, y lo eché a patadas.

—¡Lo tuyo es muy fuerte!

—Pero él, ni corto ni perezoso, me trajo una serenata de cuatro grupos de mariachis diferentes, y estuvieron cantando y molestando a toda la vecindad hasta que accedí a hablar con él.

—¿En serio? Jamás habría imaginado eso de papá.

—Me entregó la carpeta que llevaba bajo el brazo y ahí sí caí rendida a sus pies.

—¿Qué contenía?

—Una solicitud para iniciar los trámites de adopción y dos billetes de avión.

—Vaya...

—Mi niño, tu padre y Sergio están actuando de la misma manera y los dos han luchado y apostado. Antonio buscó una solución a lo que tanto deseábamos, el hombre que ha salido por la puerta destrozado, y que ha caído derrotado en el pasillo, tiene al alcance de su mano lo que necesitas para seguir adelante.

—Pero no puedo evitar pensar que siga a mi lado por pena.

—¿Desde cuándo no miras a los ojos a tu novio?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Yo no miraba los de tu padre porque no quería ver en ellos el amor que me tenía, porque era más fácil alejarme.

—Pero Rodrigo tiene todo lo que yo no tengo...

—¿Rodrigo? Sergio no está interesado en él. Además, aquí entre nos, hace unos días entré en su despacho sin avisar y lo pillé besando a un chico que estaba... Iba con gafas de sol y una gorra, pero se veía que era guapo a rabiar, y su cara me sonaba, pero no sé de qué.

—Mamá, estoy cansado de decirte que no puedes entrar en los sitios sin llamar. Se debieron sentir muy incómodos.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quieres que vaya a buscar a Sergio?

—¡Nooo! Necesito tiempo.

Alejandro dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. No tenía pensamiento de dormir, pero necesitaba concentrarse y dejar su mente en blanco. Sabía que debía hacer caso a su madre, sabía que Sergio lo amaba, pero su Flacucho se merecía más de lo que él podía darle.

*_*_*

Como cada mañana, Sergio salió de su casa en dirección al hospital y se encontró con el coche de Rodrigo esperándolo. Se había tornado en costumbre que el hombre lo recogiera para llevarlo, ya que coincidía con la hora en la que él entraba a trabajar.

Sergio había intentado sonsacarle en varias ocasiones qué era lo que le estaba sucediendo, quién era el hombre que lo tenía tan raro, pero Rodrigo era hermético, no había forma de sacarle información. Esa actitud le hizo pensar

en Jorge, en cómo era su vida. Quizá, el conductor del vehículo en el que iba se había enamorado de alguien que todavía no había dado el paso, probablemente estaría viviendo una relación oculta, y eso era muy raro, él no era así, gritaba a los cuatro vientos, si era necesario, que era gay, lo que indicaba que esa vez sí que se había enamorado de verdad.

—¿Ya lo tienes todo listo en casa? —preguntó Rodrigo, sacándolo de sus elucubraciones.

—Sí. Hace un par de días sus padres se mudaron al hotel y he preparado la habitación de invitados para que pueda estar más cómodo.

—¿Cómo va la relación?

—Mal, muy mal. Espero que ahora que estemos en la tranquilidad de nuestra casa, las cosas cambien.

—Espero que sí. Os merecéis ser felices...

—¿Y tú? ¿Cómo vas con tu amante misterioso?

—Solo vamos cuando él quiere que vayamos.

—Jamás pensé que te vería enamorado y ocultándote por ello.

—Es puñetera esta vida, está devolviéndome con creces todo el daño que he hecho a los hombres que han pasado por mi vida.

—No le des más vueltas...

—¿Por qué no me enamoré de ti? Eras y eres tan perfecto...

—Porque no era nuestro destino, Rodrigo. Ahora, cuando he sabido lo que de verdad es estar enamorado, me doy cuenta de que no era lo que creía que sentía por ti. ¿Está casado? —preguntó sin poder evitarlo.

—No, pero sigue dentro del armario y salir podría causarle algunos problemas. Por ahora, no puede proclamarlo a los cuatro vientos, y eso nos está haciendo mucho daño.

—¿Quién es?

—No...

—No voy a decírselo a nadie, y estoy seguro de que te vendrá bien desahogarte.

—No puedo...

—Lo conozco, ¿verdad?

—Sí, pero más que tú, Alejandro.

—¿Alejandro? —Y una persona iluminó la mente de Sergio—. Es...

—Sí, es Daniel Villegas.

—¡Hostias!

—Sergio, no puedes decir nada, si esto se descubre..., terminará con mi relación y la carrera artística de Daniel se verá afectada... ¡Dios, es todo tan complicado!

—Tranquilo, no voy a decirle nada a nadie.

—Ni tan siquiera a Alejandro, prométemelo.

—Te lo prometo. Esto es algo que va a quedar entre nosotros, ¿vale?

—Sí que ha sentado bien soltarlo.

La conversación entre ellos terminó cuando Rodrigo aparcó y se bajaron del coche. Sergio estaba loco por ver a Alejandro, ese mismo día le darían el alta y se lo llevaría a casa, donde pondría en práctica todos y cada uno de los consejos que el sicólogo le había dado para ayudarlo a salir del pozo en el que estaba cayendo.

Bajó del ascensor en la planta en la que estaba ingresado y fue directo a la habitación, más tarde iría a la máquina a sacar el café. Abrió la puerta y nada lo tenía preparado para lo que iba a encontrar. Bueno, más bien para lo que no.

La habitación estaba completamente vacía. Podría haber pensado que se lo habían llevado para hacerle alguna radiografía, pero en la mesita no reposaba el libro que estaba leyendo la noche anterior y la cama no tenía sábanas. Fue rápidamente a la taquilla y no había nada.

Una sensación de angustia se apoderó de él. Salió al pasillo y miró el número de la habitación, deseando haberse equivocado, pero no, era esa.

Corría hacia el control cuando vio a Rodrigo entrar por la puerta del ala, así que fue directamente hasta él.

—No está, Alejandro no está.

—¿Cómo que no está?

—Que no hay nadie, que la habitación está vacía, que se ha ido.

—Llámallo, puede que esté llegando a tu casa.

Sergio le hizo caso, aunque algo dentro de él le decía que no era así, que no se habían cruzado en el camino. Alejandro tenía el teléfono apagado y sus padres no lo cogían. Se quedó parado en medio del pasillo, mientras Rodrigo se acercó al Control de Enfermería para que le pusieran al tanto. Su cara lo dijo todo.

—Pidió ayer el alta voluntaria y una ambulancia privada de traslado lo recogió.

—¿Se ha ido? ¡Oh, Dios mío, se ha ido!

Un mensaje sonó en el móvil de Sergio, que aún lo tenía en la mano, y vio

el nombre de Gabriela. Rápidamente lo abrió y sus temores se confirmaron.

Espero que algún día nos perdones. Alejandro nos prohibió decirte nada. Volvemos a casa.

Le dio el teléfono a Rodrigo para que leyera el mensaje y se llevó las manos a la cara. No podía creer que eso estuviera sucediendo, que se hubiera ido de esa manera, que no le hubiera dado una explicación, que hubiera terminado con lo que tenían, que lo hubiera abandonado de esa forma tan cruel. No podía creer que volviera a ser el niño caprichoso que conoció el primer día.

—No te des por vencido, pequeño. Si yo estoy luchando con uñas y dientes por algo que es mucho más complicado, tú no puedes permitir que todo se vaya al carajo.

—Pero... ¿qué hago?

—Déjame hacer un par de llamadas.

Rodrigo entró en el despacho y Sergio se fue a buscar un café a la máquina. Hubiera sido preferible una tila para calmar los nervios, pero la cafeína le ayudaría a tener todas las neuronas despiertas. Volvió tras sus pasos tras tomar la bebida de un par de tragos y el médico ya iba en su búsqueda.

—Bien. La empresa de ambulancias ha sido fácil de localizar porque aquí no hay muchas. He hablado con ellos, bueno, con alguien que me debía un favor, y me ha dicho que ahora mismo están en Madrid y que a las dos de la tarde salen para Andalucía.

—Sí, pero...

—Yo, de pronto, me he puesto muy enfermo, así que tendré que irme para mi casa... Mira tren o avión desde Madrid que yo te llevo.

—¡Eso es una locura!

—No sabes cuántas cometo últimamente.

Los dos hombres salieron corriendo del hospital y fueron a casa de Sergio para coger algo de ropa, no podía irse con lo puesto, y también para meter en la maleta el regalo que estaba esperando en la habitación que había preparado para Alejandro, junto a su portátil.

En el camino hacia Madrid, miró los trenes y habló con Paty para que lo recogiera en Sevilla. Con un poco de suerte, conseguiría llegar a casa antes que Alejandro.

Paty lo dejó en la puerta de la que había sido su casa toda la vida. Su amiga no daba crédito a todo lo que había pasado, no entendía la actitud de Alejandro, aunque sabía que, en un estado de depresión, la mente humana podía ser muy puñetera.

Entró en la casa con la llave que guardó el día que Alejandro le regaló el llavero. En un primer momento, dudó en si iría allí o a la de sus padres, pero mediante mensajes de WhatsApp había conseguido sonsacarle a Gabriela que su hijo estaba dispuesto a volver allí. Quería estar solo el mayor tiempo posible para lamerse las heridas, y tendrían que habilitar la pequeña habitación que había en la planta baja, ya que todavía se movía en silla de ruedas. Si hubiera esperado a ese día, a que le dieran el alta, le habrían quitado la escayola, sin embargo, aun así, no podría caminar libremente sobre esa pierna, precisaba de rehabilitación.

Escondió sus maletas en el dormitorio y fue a la cocina para preparar la cena que había comprado en el japonés en el que había parado con Paty.

Estaba disponiéndolo todo en los platos cuando escuchó que la puerta de la casa se abría, y sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Estaba enfadado, mucho, pero el amor que sentía por Alejandro era superior a todo eso, y sabía que lo menos favorable era echarle nada en cara, para que no se cerrara y pudiera trabajar en todo lo que el pobre hombre estaba sintiendo.

—Deberías haberte venido a casa —dijo Antonio a su hijo mientras conducía la silla de ruedas hasta el sofá.

—Voy a estar bien, papá. Solo necesito que pongáis sábanas en la cama.

—Me vas a tener toda la noche en vela, ¿no prefieres que me quede contigo? —inquirió Gabriela.

—No, mamá, necesito estar solo.

—Bueno, voy a coger el número de teléfono de la pizzería que tienes en un imán en la nevera.

Gabriela entró en la cocina y encontró a Sergio con un dedo sobre sus labios, pidiéndole que guardara silencio, y con la otra mano invitándola a salir al patio. La mujer le hizo caso y se abrazó a él llorando cuando estuvieron en la soledad del lugar.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—Si tu hijo pensaba que me iba a quedar de brazos cruzados, estaba muy equivocado.

—A Alejandro le va a dar algo... No necesita reproches ni broncas en este momento...

—Tranquila. Desde que me echó aquel día de la habitación, he estado en contacto con un buen sicólogo, que me ha dado pautas para llevar todo esto y que Alejandro quiera salir del pozo en el que se encuentra.

—Espero que mi hijo se dé cuenta de cuánto lo amas y deje de hacer lo que está haciendo.

—Necesito que os vayáis, que nos dejéis solos.

—Está bien. Ahora agarro a Antonio y me lo llevo para que me ayude a abrir el buzón, que, por cierto, tenéis que arreglar. Así no levantaré sospechas en mi hijo.

—Gracias, Gabriela.

—Las gracias te las tengo que dar yo a ti, mi niño. Escríbeme luego y me cuentas cómo ha ido todo.

—Hecho.

Sergio escuchó atentamente lo que sucedía en el salón. Antonio fue reticente a ayudarla en un primer momento, pero después no dudó en hacerlo e imaginó que le había hecho alguna señal en clave.

Cuando la puerta se cerró, respiró hondo, entró al salón y se dirigió al sofá con sigilo.

—¿Qué tal ha ido el viaje?

Alejandro dio un brinco al escuchar su voz. Su corazón se aceleró, como siempre que lo tenía cerca, aunque esta vez lo hizo con más brío al no esperarlo allí.

—¿Qué haces aquí?

—No me has dejado otra opción.

Alejandro intentó alcanzar la silla de ruedas, pero Sergio la apartó.

—Creí que desaparecer sin más te dejaría claro que lo nuestro había terminado.

—Pues te equivocaste. Lo único que has conseguido es que haya venido a buscarte.

—Pero yo no quiero que me busques, quiero que sigas con tu vida y te olvides de mí.

—Sabes que eso no es posible y que no es lo que realmente quieres.

Se arrodilló ante él y Alejandro giró la cara para no mirarlo a los ojos, pero Sergio la tomó con sus manos y lo obligó a hacerlo.

—Mírame a los ojos.

—No...

—Mira todo el amor que hay en ellos.

—No me lo pongas más difícil, por favor.

—Dime que no me quieres, que no me deseas, que tu temblor no se debe a la excitación que provocan mis manos al acariciar tu cara. —Sergio sabía que estaba rompiendo sus barreras, que estaba cediendo a él.

—¿Por qué haces esto?

—Porque te amo, así de simple.

Y Sergio no aguantó más y besó sus labios. Alejandro intentó apartarse, pero lo deseaba tanto que se rindió y se dejó llevar.

Después de unos minutos, Sergio se puso en pie y lo cargó en brazos, como el novio carga a la novia la noche de la boda para cruzar el umbral de la puerta que dará acceso a toda una vida de felicidad.

Subió las escaleras y notó que la frialdad volvía al hombre que tanto amaba.

—Vuelve a bajar y vete, por favor.

—No.

—¿No te das cuenta de que soy un inútil? ¿De que nunca voy a seguirte como mereces?

—No eres un inútil y, en menos de lo que piensas, volverás a hacer una vida normal. Yo me voy a encargar de ello.

—¡Ah, sí! ¿Cómo?

—Lo sabrás después de hacerte el amor. Mi polla pide a gritos estar dentro de ti y mi culo se muere por recibirte. ¿Dime que tú no lo deseas?

—Mentiría si lo dijera.

Su mirada seguía estando apagada, pero su cuerpo gritaba que sus palabras le habían dado algo de seguridad, esa que tenía que ir infundiéndole poco a poco, pero que acabaría por ser completa.

Lo tumbó en la cama con cuidado y lo desnudó con auténtica veneración. Acarició su cuerpo, ese que llevaba meses sin tocar, ese que despertaba en él una lujuria desmedida, ese que era suyo y que no iba a permitirse perder.

Besó sus labios, su cuello, sus hombros, su torso. Se entretuvo unos momentos en sus pezones, arrancándole varios jadeos, y continuó el camino.

Bajó por sus caderas, por la pierna que le habían amputado, y notó su incomodidad, pero no se detuvo. Necesitaba demostrarle que no le importaba. Llegó hasta la venda que cubría el muñón y subió de nuevo hasta su polla, que se erguía gloriosa, deseosa de atención. Lamió el tronco, humedeció sus labios y la engulló, arrancándole un gemido de placer que brotó ronco de su garganta.

Alejandro sabía que había perdido esa batalla, que Sergio era el claro vencedor de momento, y estiró el brazo para sacar del cajón de la mesita de noche un condón y lubricante.

Con la mano libre, tiró de su pelo, haciendo que abandonara su verga, y una sonrisa de Sergio iluminó la habitación al saber que había ganado la partida.

Vertió un poco de lubricante en sus dedos y volvió a degustar su falo. Una falange comenzó a acariciar la entrada rosada de su ano hasta que se coló en él, provocando que se arqueara. Una segunda la acompañó, entrando y saliendo de él con ritmo pausado, hasta que una tercera se unió al baile.

Siguió jugando con él hasta que el salado sabor de una gota de semen acarició sus papilas gustativas. Su hombre no iba a tardar mucho en correrse, y quería que lo hiciera con él dentro.

Se incorporó, cogió el condón, que Alejandro ya se había encargado de abrir, y se lo colocó con una sola mano. Cuando estuvo listo, retiró los dedos y su polla tomó el lugar que le correspondía.

Entró en él poco a poco, hasta que estuvo dentro por completo. Entonces, sus labios buscaron su boca, que devoró con deleite. En cada embestida, rozaba su abdomen contra la verga de Alejandro, en una lenta masturbación, que unida a los golpes en la próstata lo llevaron al orgasmo con rapidez. Con la misma con la que Sergio se corrió dentro de él.

Había sido rápido, demasiado, pero las ansias y el tiempo que llevaban sin estar juntos no habían jugado a su favor. Aunque no importaba. Estaba dispuesto a hacerle el amor durante toda la noche, para que fuera consciente de todo lo que sentía por él, para que no se le ocurriera volver a apartarlo de su vida.

Salió de Alejandro, se tumbó a su lado y tiró de él para abrazarlo. Un silencio que se estaba tornando incómodo entre ellos empezó a llenar la habitación, y Sergio no estaba dispuesto a que estropeará el momento, ni correr el riesgo de que lo echara de su lado.

—He comprado la comida japonesa que tanto te gusta.

—¿Cómo?

—Sí, Paty y yo hemos pasado por el restaurante antes de venir. ¿Prefieres comer aquí o abajo?

—Abajo, voy a quedarme en la habitación que hay junto a la cocina. Así, cuando te vayas...

—¿Irme? No voy a irme, no pienso separarme de ti nunca más, así tenga que llevarte conmigo al trabajo...

—Pero...

—Bajo a por la comida y ten cuento la locura de viaje que he tenido mientras cenamos.

Salió de la habitación completamente desnudo ante un atónito Alejandro, que aún no daba crédito a lo que acaba de pasar, a que Sergio estuviera en su casa y a que no se diera por vencido a pesar de la espantada que había dado el día anterior.

Sergio se apoyó en la pared del pasillo, sentía que le temblaban las piernas. Acababa de hacer el amor con Alejandro, y aunque sabía que su entrega no había sido plena, un rayo de esperanza comenzaba a brillar. No entendía de dónde había sacado esa seguridad tan aplastante, con la que le había dejado claro que no conseguiría terminar con lo que había entre ellos, porque realmente se sentía como un niño pequeño en su primer día de colegio, perdido y asustado.

Y, entonces, fue consciente de que ningún miedo estaría por encima del amor que sentía por Alejandro.

Sergio subió con una bandeja que contenía la comida y la dejó sobre la mesa. Volvió a la cocina a coger las bebidas y su teléfono, y cuando entró de nuevo en la habitación, sonrió al ver a Alejandro probando uno de los platos.

Se acercó a la cama tirando de una de las sillas, donde puso los vasos para que no se cayeran en la inestabilidad del colchón.

—¿Te ha gustado la sorpresita? —preguntó, señalando la comida.

—Sabes que esto es un acierto seguro.

—Tenía que echar mano de todas mis armas.

—¿Cuándo vuelves a Navarra?

—No sé. Ahora mismo estoy sin curro hasta dentro de unos meses.

—Y te irás a Estados Unidos... —dejó caer las palabras con cierto pesar en ellas.

—Nos iremos.

—Yo no iré.

—Entonces, yo tampoco.

—Sí, claro. Es la oportunidad de tu vida, no puedes dejarla pasar por mí. Yo solo...

—Termina la frase.

—Yo solo seré un estorbo en tu vida.

—¿Por qué? ¿Por esto? —dijo, señalando el muñón de su pierna—. Así estuvieras tetrapléjico o en estado vegetativo, seguiría a tu lado. Sí, es una gran oportunidad, pero la mayor oportunidad de mi vida estuve a punto de perderla en una autopista de Navarra. ¿No entiendes que toda mi existencia gira entorno a nosotros?

—Pero nunca seré completo, tendré muchas limitaciones y...

—Espera un momento, ahora vuelvo.

Sergio dio un salto de la cama ante la mirada de sorpresa de Alejandro, que no entendía el arrebató que le acababa de dar al hombre. Estaba bajando las escaleras cuando su teléfono empezó a sonar.

Alejandro miró la pantalla y vio el último nombre que le gustaría haber visto en ese momento. La llamada entrante era de Rodrigo y eso reafirmó su decisión de apartar al hombre que tanto amaba de su vida.

Sergio entró cargando con una maleta. La sonrisa que lucía desapareció cuando vio el rostro frío de Alejandro. Se acercó a él en busca de una explicación y el teléfono empezó a sonar de nuevo. Al ver de quién se trataba, entendió que el chico tenía un ataque de celos, o eso esperaba que fuera.

Se sentó en la cama delante de él, tomó un bocado de comida y descolgó, activando el altavoz.

—¡Por fin contestas! —exclamó Rodrigo al otro lado de la línea.

—He estado un poco liado.

—¿Qué tal ha ido todo? ¿Llegaste bien a Sevilla? ¿Has visto ya a Alejandro? Tío, cuéntame ya que estoy deseando acostarme, el viaje de vuelta a Pamplona ha sido agotador. Demasiadas horas de carretera en un solo día.

—Llegué bien a Sevilla, aunque casi no llego a tiempo a coger el tren en Madrid. No sé cómo voy a agradecerte que me llevaras hasta allí para llegar bien a casa. —Alejandro abrió los ojos como plato. Si bien era cierto que le había dicho que el viaje había sido una locura, no podía imaginar que Rodrigo lo hubiera llevado hasta Madrid esa misma mañana.

—Ya te dije que no tienes nada que agradecer. Venga, ponme al día.

—Ahora mismo estoy degustando comida japonesa en la cama frente al niño caprichoso y malcriado que más amo. —Sergio le guiñó un ojo tras pronunciar las últimas palabras y Alejandro no pudo evitar sonreír.

—¡Eso es genial! ¿Le has enseñado ya...?

—¡Calla! Que te está escuchando y vas a estropearla la sorpresa.

—¿Estoy en altavoz? Alejandro, la próxima vez que te vea te voy a dar dos collejas. Una, por el mal rato que hemos pasado esta mañana; y dos, por la cantidad de kilómetros que he tenido que hacer.

Alejandro no podía hablar. Una mezcla de emoción y alegría se había apoderado de él, formando un nudo en su garganta y humedeciendo sus ojos. Había pensado lo peor de Sergio cuando vio la llamada del otro hombre, y de Rodrigo al pensar que intentaba aprovechar el momento para conquistar al que tenía delante.

—Creo que lo has acojonado, es incapaz de articular palabra.

Un timbre sonó al otro lado del teléfono y Sergio escuchó cómo Rodrigo se movía por su casa. Tras eso el sonido de la puerta al abrirse y la voz de un hombre que saludaba.

—Tengo que dejaros, chicos. Mi día de emociones fuertes todavía no ha terminado.

—Gracias —dijo Alejandro cuando nadie lo esperaba.

—No hay que darlas, chaval.

—Espero que vaya todo bien esta noche —le deseó Sergio—. Mañana te llamo y me cuentas.

Sergio colgó el teléfono, lo dejó sobre la cama y continuó comiendo, intentando quitarle importancia a la conversación que acababa de tener, aunque sabía que Alejandro la estaba procesando aún, incluso se estaría culpando por su actitud cuando entró en la habitación.

—¿Desde cuándo está Rodrigo saliendo con Daniel Villegas?

—¿Cómo? —La pregunta dejó a Sergio completamente fuera de juego. Él no le había dicho nada, sabía que Rodrigo tampoco y no creía que hubiera sido Daniel.

—He reconocido su voz a través del teléfono. No sabía que era gay...

—Yo me he enterado esta mañana, cuando se lo he sonsacado a Rodrigo. Se las está haciendo pasar putas por no querer salir del armario.

—No lo entiendo.

—Según Daniel, su carrera musical está empezando a despuntar y reconocer su homosexualidad podría truncarla de alguna manera.

—¡Vaya!

—Rodrigo dice que se tiene bien merecido lo que está sufriendo por haber sido tan cabrón toda la vida con los hombres. Es la primera vez que se enamora.

—Yo pensaba que seguía sintiendo algo por ti.

—¿Por mí? Nada más allá de una amistad. De todas formas, ¿qué más da lo que pudiera sentir él? Yo nunca podré sentir nada por nadie que no seas tú.

—Sergio...

—Te amo y, por mucho que intentes apartarme de ti, tú también me amas.

—Pero... Puedes tener al hombre que quieras, ¿por qué te emperras en seguir a mi lado?

—Porque ya tengo al hombre que quiero. Que me está dando muchos quebraderos últimamente, sí, pero ¿acaso la vida no está para lucharla y construirla? Que te falta una pierna, por mí no hay problema.

Se levantó rápidamente, cogió la maleta y la puso sobre la cama. Abrió la cremallera y dijo:

—Mira, aquí tienes tu pierna. La creación más avanzada que existe en el mercado, lo más parecido a una pierna humana, el proyecto en el que llevo

trabajando junto a Germán desde hace más de un año, y que ha servido para que el ejercito de los Estados Unidos quiera contratarnos. ¡Tecnología punta!

—¿Eso es para mí? —preguntó Alejandro con las lágrimas rodando por su rostro.

—En cuanto el muñón esté completamente cicatrizado, tras la rehabilitación de tu otra pierna, empezaremos a trabajar con ella.

—¡Joder!

—Volverás a ser un hombre completo físicamente. Podrás hacer deporte, correr, trabajar, escalar... Todo lo que hacías antes del accidente. Aunque, sinceramente, si no pudieras hacerlo, yo seguiría aquí, a tu lado, cumpliendo cada uno de nuestros sueños de la mano. Ahora solo queda que tu mente acepte todo lo que ha pasado, que te des cuenta de que por esto no eres menos, que sigues siendo un hombre completo, con sus virtudes y sus defectos, el mismo de siempre, el que me enamoró sin darme cuenta.

—Sergio, yo...

—Ya no te quedan argumentos, mi vida.

—Necesito tiempo para asimilar todo esto y... —Alejandro aguantó un sollozo—. Y necesito ayuda.

—Creí que nunca darías tu brazo a torcer con eso. Mañana buscamos un buen sicólogo, por eso no hay problema...

—¿Qué pasa? —quiso saber Alejandro al ver que cortó su perorata.

—No me apartes de tu lado.

Alejandro le acarició la cara y Sergio ronroneó sobre su palma hasta besarla.

—Mucho me temo que nunca seré capaz de hacerlo. Te quiero demasiado, Flacucho.

Sergio rompió a llorar. Eso era lo que había deseado escuchar desde que despertó del coma, cada una de las veces que lo visitó en el hospital, cada día que lo echaba de su habitación, cada desplante que le dedicaba continuamente. Sabía que la vida no se lo había puesto fácil a Alejandro, que se hundiría y no resurgiría hasta tocar fondo, y deseó durante todo ese tiempo que el resurgir de sus cenizas no lo consumiera en el intento.

Y lo había logrado. Podía verlo en la sinceridad de los ojos de Alejandro, había pronunciado esas dos frases sintiéndolas de verdad, creyendo en ellas.

Los labios de ambos se unieron en un lento baile de amor. Nada de lujuria, nada de deseo, nada de pasión, solo volcaron en él lo que sus corazones

sentían, todo lo demás importaba poco en ese momento.

Sergio se separó de él, le limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas y acarició rostro.

—Que te quede claro que nosotros somos y seremos siempre.

—Siempre —reafirmó Alejandro antes de volver a besarlo suavemente—. ¿Puedes subir mi maleta? Dentro tengo algo que nunca debió abandonar mi muñeca.

Sergio bajó una vez más las escaleras y empezó a pensar que sería buena idea que se trasladaran a la habitación de abajo, al menos hasta que Alejandro pudiera valerse por sí mismo con la pierna que ahora tenía escayolada y cuyo yeso desaparecería al día siguiente.

Volvió con la maleta, la abrió y buscó el reloj ante la atenta mirada de Alejandro, a quien todavía había algo que le preocupaba.

Se sentó en la cama, tomó la mano de su hombre y colocó el reloj en su muñeca tras besarla con ternura.

—¿Me perdonarás algún día por todo el daño que te he hecho? —Ahí tenía el motivo de su preocupación.

—No eras mi Alejandro cuando hablabas en esos momentos, eres el que tengo ahora delante de mí, el que tiene ganas de luchar, de mirar la vida de frente, con miedo pero valiente... Eso sí, te va a costar unos buenos maratones de sexo —espetó, guiñándole un ojo.

—Suena bien eso... Justo pago que acataré encantado... —La sonrisa que le arrancó las palabras de Sergio desapareció y dio paso a un rostro más serio—. Voy a luchar, voy a salir de esto, te lo prometo.

—No me cabe la menor duda, y lo haremos los dos de la mano.

Se dedicaron algunas caricias con manos y labios y terminaron de devorar la deliciosa comida que Sergio había comprado. Una vez retirados los platos de la cama, otro tipo de roces hicieron acto de presencia, y Alejandro no dudó en abrirse de piernas para su hombre, pero él tenía otros planes.

—Te quiero dentro de mí.

—Eso va a estar complicado por ahora. —Se miró las dos piernas.

—Si tú has hecho que un vibrador anclado a una silla te folle, yo pienso hacer lo mismo con esto —ronroneó sobre los labios de Alejandro mientras agarraba su más que dura polla.

—¡Joder, Sergio!

Alejandro se rindió al hombre que devoraba sus labios, el que había

conseguido tirar en solo unas horas las barreras que había estado construyendo desde que salió del coma. Sabía que no le esperaba un camino fácil, que no sería todo tan bonito como se lo intentaba pintar, pero tenía claro que no lo pasaría solo. O, al menos, eso deseaba y esperaba.

UN MES DESPUÉS

Alejandro había pasado todo un mes de médicos, rehabilitación y terapias. La pierna derecha ya estaba prácticamente bien, el muñón de la izquierda casi cicatrizado y tenía el visto bueno para empezar a trabajar con la prótesis.

El primer día de rehabilitación, se encontró con Rubén, que estaba allí con su padre. Tras el ictus que había sufrido el pobre hombre, al fin había recuperado gran parte de la movilidad de la pierna y el brazo derecho, y las terapias con el logopeda también estaban surtiendo efecto.

Durante ese mes, Alejandro se dio cuenta de que había tenido mucha suerte, de que lo que le había pasado podría ser insignificante para lo veía allí. Podría haber quedado en una silla de ruedas, tetrapléjico, o peor, podría haber perdido la vida. De hecho, lo hizo, pero quien lo atendió no se dio por vencido y lo trajo de vuelta al mundo de los vivos.

Tenía claro que no había llegado su momento, que la parca no tenía intención de llevarlo con él todavía. Primero, puso en su camino a una ambulancia que casualmente iba detrás de él. Tuvieron que reanimarlo dentro del coche y mantenerlo con vida hasta que llegaron los bomberos para sacarlo del amasijo de hierros. En el camino al hospital, volvieron a rescatarlo y, después, Rodrigo se había encargado de que no dejara solo a Sergio.

Pensar en Rodrigo le seguía provocando contradicciones. Por un lado, saber lo que hubo entre él y Sergio le provocaba celos y dudas; por otro, le debía la vida y había apoyado a su hombre en todo momento, cuando él se había dedicado a echarlo a patadas de su lado. También, no podía evitar sentir un poco de lástima por lo que estaba pasando, mantener una relación con alguien que no estaba dispuesto a salir del armario nunca era fácil, pero el amor que sentía por Daniel hacía que luchara, como había hecho Sergio con él.

Dos días después de volver a casa, los perros llegaron para alegrarle un poco más la vida. Deseaba poder andar para dar largos paseos con ellos, como hacía antes del accidente, y esperaba que muy pronto fuera una realidad. Sergio le había dicho que la adaptación a la prótesis no sería de un día para otro, que necesitaría más rehabilitación, pero él estaba dispuesto a pasar por lo que fuera con tal de volver a su vida, a sus rutinas.

Las terapias con el sicólogo le habían ayudado bastante, aunque todavía no volvía a ser el hombre seguro que era antes de aquella pesadilla, aún tenía en su cabeza instalada la idea de que era menos que los demás y que algún día Sergio se cansaría y buscaría alguien más perfecto que él. Por más que el hombre le demostrara a cada paso que eso no sería así, seguía teniendo esa inseguridad.

Sergio, por su parte, andaba ya planeando el viaje a Estados Unidos. Germán y él ya habían alquilado un par de pisos en el mismo edificio, así no sería tan complicada la adaptación para ambas familias.

Para él, ese mes que había pasado desde que consiguió que Alejandro aceptara que no se separaría de él, tampoco había sido fácil. Habían tenido discusiones día sí y día también, ya no le quedaban más formas de demostrarle que no se iría a ninguna parte sin él, y todavía no había conseguido un sí definitivo a irse juntos a Estados Unidos. Esperaba que en los cuatro meses que quedaban para eso, al fin se decidiera; no concebía el cambio sin él.

Sergio entró por la puerta de la casa y encontró a Alejandro sentado en el sofá, leyendo un libro y recibiendo atenciones de los perros. Hizo pasar al acompañante inesperado y le pidió que avanzara hasta él para sorprenderlo.

—¡Qué bien te veo, muchacho!

Alejandro se giró en el sofá al escuchar la voz. La conocía perfectamente, el buen hombre no había dejado de visitarlo durante su estancia en el hospital y había sido uno de los apoyos más grandes de Sergio.

—¡Germán! —Se incorporó rápidamente con las muletas y se dirigió hacia él—. ¿Qué haces aquí? ¡Qué sorpresa! —Sostuvo las muletas con una sola mano y lo abrazó con el brazo que le quedó libre.

—Me encanta verte tan recuperado. Estoy aquí porque nosotros tres tenemos un buen trabajo por delante.

—¿Cómo? —Alejandro no entendió a qué se refería.

—Tu médico me ha dado permiso para empezar a trabajar con la prótesis, y Germán está aquí para echarte a andar —dijo Sergio con la ilusión desbordando por cada poro de su cuerpo.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó sorprendido Alejandro.

—¡Sí, cariño!

—¡Ay, Dios! O me sostienes o me caigo, la pierna me tiembla.

Sergio le quitó las muletas, lo cogió en brazos, encajándolo en sus caderas y besó sus labios. Pararon cuando escucharon carraspear a Germán; si

hubieran estado solos, otro gallo hubiera cantado en ese momento.

—¿Empezamos a trabajar, chicos?

*_*_*

El día había sido una auténtica locura. Pasaron toda la mañana y parte de la tarde trabajando con la prótesis, haciendo ajustes, programando valores, pero tuvo su recompensa y Alejandro había conseguido dar algunos pasos ayudado por las muletas. No quería caer al suelo si fallaba.

Ahora, después de una cena copiosa acompañados por sus familias, que estaban encantadas con los avances de ese día, estaban tumbados en la cama, exhaustos de haber hecho el amor en un par de ocasiones a modo de celebración.

—Estoy agotado —dijo Alejandro, tras posar un brazo sobre su frente.

—Normal, hoy has trabajado duro... En todos los aspectos —ronroneó Sergio, besando su cuello.

—Pero si haces tú casi todo el trabajo... —cortó la frase y Sergio se puso en guardia.

—Aprovéchate mientras puedas, que cuando tu pierna esté a pleno funcionamiento, te voy a hacer trabajar de lo lindo.

Alejandro rio ante las palabras de Sergio. Adoraba su positivismo, que siempre le diera la vuelta a sus miedos para que desaparecieran.

—Te quiero, Flacucho.

—Cuando dices eso, no sé si te refieres a mí o al perro —se burló Sergio, haciendo reír a carcajadas a Alejandro.

—Con el perro no me dan ganas de follar a todas horas del día —respondió con picardía la broma.

—Sé que estás cansado, pero me la has vuelto a poner dura...

—La mía sigue agotada, así que... voy a solucionar lo tuyo, que para esto no necesito las piernas. —Se perdió debajo de las sábanas y engulló la erección de Sergio que empezaba a despuntar.

—Alejandro...

Sergio fue incapaz de decir nada más cuando la húmeda lengua de Alejandro lamió su capullo, cuando su boca comenzó a succionar sin descanso, pretendiendo que la llenara con su semen hasta dejarlo seco. Sus mamadas lo volvían loco, no había encontrado a ningún hombre que le diera

tanto placer devorando su polla... En realidad, ningún hombre le había hecho vivir el sexo como él, aunque sabía perfectamente por qué era, porque con ninguno de ellos había dado y recibido tanto amor como el que había entre ellos.

Alejandro masajeó sus testículos, provocando que más gemidos brotaran de su garganta, y eso consiguió que su verga empezara a cobrar vida a pesar del cansancio. Un dedo curioso masajeó la entrada de su ano, jugó con él, haciendo que su boca abandonara su labor para hablar, necesitaba estar dentro de él.

—Dame el lubricante, amor.

Sergio estiró el brazo y lo cogió de encima de la mesita de noche, lo habían usado un par de veces antes esa noche.

Alejandro vertió un poco en sus dedos y volvió a mamar de su polla. Introdujo un dedo, provocando que Sergio se arqueara al sentirlo. Luego lo acompañó un segundo sin encontrar resistencia, hacía poco más de media que Sergio había cabalgado sobre él y aún estaba dilatado, perfecto para volver a hundirse, aunque esa vez pretendía ser él el que estuviera encima o, al menos, lo intentaría.

—Date la vuelta, cariño, y acércame un condón.

—¿Estás seguro?

—Vamos a intentarlo.

Alejandro abrió el condón y se lo puso. Apoyado sobre la rodilla de la pierna derecha y agarrado con una de las manos a la cadera de Sergio, se introdujo en él poco a poco. Dudaba mucho que aguantara largo tiempo en esa postura, era demasiado peso y esfuerzo para una sola pierna, pero necesitaba hacerlo, demostrarse a sí mismo que podía.

Sergio lo recibió encantado y se apretó contra él. Su niño caprichoso avanzaba en su superación más rápido de lo que creía y eso hizo que lo que estaban haciendo fuera algo maravilloso.

Alejandro se agarró con las dos manos a las caderas de Sergio y comenzó a embestirlo. Al principio lento, después con un poco más de brío y, finalmente, con fuerza. El hecho de ver que lo estaba consiguiendo lo estaba excitando más de lo que ya estaba, estaba haciendo que se sintiera fuerte y un poco más completo.

—Me corro, Alejandro.

—No te contengas, a mí me queda nada.

Sergio se corrió con fuerza, manchando las sábanas con un abundante semen que salió disparado sin control. Apretó todos los músculos de su cuerpo en el estallido, y eso fue lo único que necesitó Alejandro para seguirle.

Le temblaba todo, estaba a punto de desfallecer sobre Sergio, pero la sensación de orgullo que le inundaba en ese momento le dio tiempo suficiente para salir de él y tumbarse a su lado.

—¡Joder! Me tiemblan hasta las pestañas.

Sergio le quitó el condón, lo anudó, lo tiró a un lado de la cama y se acurrucó a su lado. Debía levantarse, darse una ducha y cambiar las sábanas, pero en esos momentos solo podía pensar en abrazar a Alejandro.

—Estoy muy orgulloso de ti, cariño.

—¿Sabes qué? —Sergio lo miró a los ojos y pudo ver el brillo de felicidad en sus ojos—. Yo también.

—Te amo.

Sergio devoró sus labios en un beso tierno y lento, con el que le dijo que eso no solo eran dos palabras, que era un sentimiento que crecía más y más a cada momento y que nunca se esfumaría.

CUATRO MESES DESPUÉS

Alejandro entró por la puerta de su casa junto a los dos perros, que luchaban para que los soltara y poder ir a beber un poco de agua. Sudoroso y agotado, tras haber corrido algunos kilómetros, subió a su habitación, se desnudó, se quitó la prótesis y fue directo al baño apoyado en las muletas. Necesitaba una buena ducha, aunque ese día no tuviera compañía.

Sergio había ido a hacer la compra con Paty, que ya estaba embarazada de treinta y dos semanas. Cada día maldecía el momento en que se había quedado embarazada; los vómitos no la habían abandonado en todo ese tiempo y a cada hora se quejaba y rezaba para que llegara pronto el parto.

El agua cayó tibia sobre él, borrando los rastros de sudor, empapando su pelo. Estuvo así durante algunos minutos, aunque no demasiados; soportar todo el peso de su cuerpo sobre una sola pierna era complicado, y odiaba sentarse en la silla especial para la placa de ducha.

Alguien tocó la puerta, haciendo que se sobresaltara y casi perdiera el equilibrio.

—Bebé, ¿estás bien? —sonó Gabriela desde la habitación.

—Me estoy duchando, mamá. Salgo en un par de minutos.

—¿Necesitas ayuda? —Alejandro no pudo evitar poner los ojos en blanco, su madre seguía siendo tan sobreprotectora como siempre.

—No, ya estoy terminando.

Se dio prisa en acabar la ducha porque sabía que corría el riesgo de que entrara sin preguntar. Abrió la mampara de la ducha, cogió las muletas y salió rápidamente de la placa. Se secó con una toalla, vistió unos calzoncillos y la zapatilla de baño para no resbalar.

Su madre lo esperaba sentada en el butacón donde unos minutos antes se había quitado la pierna, con notable orgullo reflejado en su cara. Para ella tampoco había sido fácil la situación, pero, al menos, ya habían conseguido que su padre no se culpabilizara por lo que pasó.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Tu padre, que está loco.

—¿Qué ha hecho ahora?

—Ha llegado a casa hace una hora y me ha dicho: Prepara las maletas que

nos vamos esta tarde.

—¿Os vais a pegar una escapadita romántica? —preguntó con picardía.

—¿Una escapadita? Se ha presentado con dos billetes de avión para México y varias rutas por el país. Pretende que nos vayamos y no volvamos en un mes.

—¡Eso es genial, mamá!

—¿Genial? ¿Cómo voy a dejarte un mes solo? Además, Sergio se va en un par de semanas y tú...

—Ven, siéntate conmigo en la cama. —Gabriela hizo caso y se acomodó junto a su hijo—. Sabes que esta actitud sobreprotectora no ayuda a que avance. Entiendo que mis circunstancias son las que son, que te cuesta entender que por esto —señaló la pierna amputada— necesito más ayuda, pero no es así. Esta mañana he salido a correr con los perros, voy a todos lados con mi coche, hago senderismo con Sergio... Hago vida normal.

—Pero...

—Sabes lo mal que lo ha pasado papá, y aunque no lo diga, todavía le queda ahí algo de culpabilidad. Él te necesita más que yo ahora, y si quiere irse a México con su mujer y disfrutar de la vida, es justa recompensa por años y años de trabajo duro. Los dos os merecéis vivir.

—¿Y qué va a pasar dentro de dos semanas? Si no te vas con Sergio, estarás solo. Que vale, que te has adaptado perfectamente a todo, pero sé que tu corazón se quedará roto en mil pedazos.

—No tienes de qué preocuparte —dijo con una tímida sonrisa.

—¡Ay, hijo! —exclamó Gabriela al ser consciente de lo que aquellas palabras y la actitud al decirla significaban—. ¿Te vas con él?

—No grites, que está a punto de llegar y todavía no lo sabe. Ya he comprado los billetes de avión para los dos y está todo listo para poder trasladar a los perros. Pretendo darle la sorpresa esta noche, con una cena deliciosa, velas, buena música, vino...

—¡Qué bonito, por Dios!

El teléfono de Alejandro comenzó a sonar, la melodía de la canción que había compuesto para ellos le indicaba que era Sergio quien estaba al otro lado de la línea. Hizo el intento de levantarse, pero su madre lo frenó y fue a por él. Por más que le dijera, nunca cambiaría, y eso formaba parte de su encanto y de su buen hacer como madre. Se lo entregó y salió de la habitación para darles privacidad en la conversación.

—¡Alejandro!

—¿Sergio? ¿Qué pasa? Estás acelerado.

—¿Que qué pasa? Que a Paty se le ha adelantado el parto, ha roto aguas en mitad del centro comercial, y vamos en una ambulancia camino del hospital.

—¡Hostias! Acabo de salir de la ducha y está aquí mi madre. Me visto y vamos.

—¡Joder! Tía, no me aprietes así la mano —maldijo Sergio ante un apretón de Paty—. Allí os espero.

La comunicación se cortó y Alejandro se quedó observando el teléfono. El pequeño Bruno estaba a punto de nacer, dos meses antes de lo previsto. Sonriente, pensó que Paty se había salido con la suya y por fin iba a terminar su calvario.

—¡Mamá!

—Dime, hijo.

—Ahora sí necesito tu ayuda. Sácame ropa del armario mientras me pongo la pierna, que tenemos prisa.

—¿Qué ocurre?

—Paty está de parto.

—Pero es muy pronto, seguro que se lo paran.

—Ha roto aguas, hoy viene Bruno al mundo.

Gabriela no dijo nada más, solo hizo lo que su hijo le pedía. Cuanto antes estuviera listo, antes podrían salir para el hospital.

*_*_*

Sergio paseaba nervioso por el pasillo de la planta donde habían ingresado a Paty. El ginecólogo estaba reconociéndola y lo había echado del box en el que se encontraba. A lo lejos, vio correr a Andrés, vestido con su uniforme de enfermero, y sonrió al ver la cara de descomposición del hombre.

—¿Dónde está?

—Ahí, el ginecólogo está dentro con ella.

—Voy a entrar.

Andrés respiró hondo y accedió al lugar. Sergio siguió su caminar de un lado a otro, desesperado por la falta de noticias, por no poder estar junto a su amiga en ese momento.

El ginecólogo salió y escuchó un «te odio» dicho a voz en grito por parte

de su amiga. Las contracciones debían ser muy dolorosas y Andrés estaba pagando por ello.

Entró con cautela, sin saber si podía hacerlo, pero las ganas de estar con su amiga no lo dejaban pensar en qué era lo correcto y qué no.

—Ho... Hola.

—No aguanto más este dolor, Flacucho, y no piensan ponerme epidural, esto es de locos...

Dos personas entraron en la habitación a toda velocidad. Quitaron los frenos de la cama, en la que engancharon el gotero que tenía puesto y salieron decididos. Sergio se quedó perplejo.

—Muévete, hombre —le dijo Andrés.

—¿Qué ocurre?

—Que Bruno tiene mucha prisa por nacer. Apaga el teléfono, que vamos a entrar en el quirófano.

—Pero...

—Ya se ve la cabecita.

Sergio siguió a Andrés e hizo lo que le pedía, pero antes le mandó un mensaje a Alejandro para decirle lo que estaba pasando. Sabía que estaba de camino y que no le iban a dar ningún tipo de información por no ser familiar de Paty.

Tras vestirse con ropa de un solo uso, accedieron a la fría sala donde su amiga ya estaba subida al potro. Una enfermera estaba pendiente de sus constantes vitales, monitorizadas en una pantalla, y el ginecólogo que la había reconocido un rato antes le pedía que empujara.

Para Sergio, todo aquello parecía la escena de una película. Había sido tan rápido y tan surrealista que no podía creer lo que estaba viendo. Hacía poco más de una hora, estaban disfrutando de un helado, y ahora su amiga estaba pariendo.

—En la próxima contracción, tienes que empujar —dijo el médico, sacándolo de sus pensamientos.

Se acercó a ella y tomó la mano que le quedaba libre, la otra la tenía sujeta Andrés, que por momentos estaba más pálido.

Paty hizo caso a lo que el ginecólogo dijo, y repitió la operación un poco después. Sergio abrió la boca y los ojos al ver cómo la barriga de su amiga se desinflaba, eso solo podía significar que Bruno ya estaba fuera.

Al contrario que en las películas que había visto en más de una ocasión, el

pequeño no necesitó ninguna palmadita, berreó a los pocos segundos, indicando que estaba bien, que no había habido ningún problema por haber nacido antes de lo que debía.

La enfermera lo cogió en brazos con una mantita y se lo llevó a una mesa, donde limpió al pequeño y aspiró de su boca y de su nariz los restos del líquido amniótico. Lo midió, lo pesó y se lo acercó a la madre tras ponerle un gorrito.

—Enhorabuena, mamá. Bruno mide cuarenta y cinco centímetros y pesa algo más de dos kilos. Si hubiera llegado a término, habría sido un bebé enorme.

La mujer dejó al bebé, sin la manta, sobre el pecho desnudo de Paty, tras acercarlo a su boca para que lo besara. El pequeño ronroneó entre sus senos, buscando uno de los pezones. La madre se lo acercó y no dudó en hacerlo prisionero con su pequeña boquita.

Las lágrimas regaron el rostro de Sergio ante la imagen más bonita que había visto en su vida, y sonrió al ver que su amiga lo estaba mirando.

—Mira, Bruno, ese llorón es el tito Sergio.

Las palabras de Paty le provocaron una carcajada, haciendo que reaccionara y se acercara a ellos. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y besó la frente de su amiga.

—¡Eres muy grande, Mocosa!

Unos minutos después, la enfermera se llevó al pequeño al nido, su peso todavía no era el necesario para poder estar en la habitación con su madre, y mucho menos para dejar el hospital.

Sergio salió del quirófano mientras escuchaba los gritos de su amiga. El ginecólogo estaba suturando un pequeño desgarró, y al no tener anestesia alguna puesta, estaba sufriendo los ataques verbales de la lengua viperina de su amiga.

Encendió el teléfono y entró un mensaje de Alejandro, avisándole de que ya estaban en la planta de maternidad. Sergio salió a buscarlo, aún con la ropa de un solo uso puesta. Eran muchas la emociones que había sentido en las últimas horas, y necesitaba compartirlas con el hombre que siempre hacía que fueran más intensas.

El día había sido una auténtica locura de ir de un lado para otro. El nacimiento de Bruno había cogido a todos fuera de juego, todavía faltaban ocho semanas para que llegara, pero se presentó de improvisto.

Andrés, después de haber asistido al inesperado parto, volvió a su puesto de trabajo y tramitó todo lo necesario para coger los días de permiso y paternidad que le correspondían por ley. Después, fue a casa, cogió algo de ropa para Paty y fue a comprar algo también para el bebé, ya que todo lo que tenían todavía le estaba bastante grande. Cierto era que tardaría unos días en salir, pero no estaba de más tenerlo ya todo organizado.

Sergio pasó casi todo el día en el hospital acompañando a Paty, que estaba en modo mosca cojonera. Lo mismo lloraba que reía, guardaba silencio o hablaba por los codos, lo estaba volviendo loco con esos extremos, aunque aguantó como un buen amigo. Sabía que, en ese momento, su cuerpo era un cóctel loco de hormonas, así que se armó de paciencia y se mordió la lengua en más de una ocasión.

Cada tres horas, subían al nido patológico a ver al pequeño Bruno. Paty tenía que darle el pecho a las horas estipuladas. Las primeras veces, el pequeño se quedó hambriento y tuvieron que darle un biberón, a su amiga no le había subido la leche todavía y el suero no lo apaciguaba, pero no tardó mucho en dar de lado la ayuda.

Jorge pasó por allí para conocer al retoño y saludar a Paty. En los cuatro meses que habían pasado desde que Sergio había vuelto, habían estado en contacto. Rubén, con el que al parecer había entablado una gran amistad, le contó que los había visto en la clínica de rehabilitación y, desde ese día, el hombre no había dejado de preocuparse por ellos.

Alejandro colocaba un par de velas aromáticas que había comprado en Ikea. El olor a frutos del bosque le chiflaba, y a Sergio también, que siempre andaba poniendo inciensos por toda la casa. Su teléfono móvil sonó, le acaba de entrar un mensaje y corrió a leerlo. Estaba esperando a que su padre, que había ido a visitar a Paty, le avisara de que iba camino de su casa con su hombre de copiloto. Eso significaba que le quedaban unos cinco minutos por delante para servir la comida, que había pasado toda la tarde cocinando con esmero, y dejarla en la mesa, lista para cenar en cuanto llegara.

Un halo de travesura lo inundó. Esperaba que su padre hiciera caso a sus indicaciones y no entrara en la vivienda, ya que había decidido recibir a Sergio completamente desnudo, sin importarle lo más mínimo que su cuerpo fuera incompleto y que en lugar de una pierna de carne y hueso luciera una de metal. El miedo al rechazo lo había dilapidado su compañero desde el primer momento.

Antonio paró el coche en la puerta de la casa. Sergio lo invitó a entrar, pero él declinó la invitación, consciente de lo que su hijo tenía preparado. Puso como excusa que tenía que regresar a casa para deshacer las maletas. En el momento que supo que su Paty estaba de parto, no dudó en cancelar el viaje y posponerlo para una semana después, no podía dejar sola a la que ya consideraba una hija. Había tanta unión entre ellos, que la chica no había dudado en pedirle que fuera el padrino de Bruno y de su boda, que se había aplazado por el embarazo.

Sergio entró en la casa y escuchó que la música estaba sonando de forma tenue. La voz de Antonio Orozco, su cantante favorito, creaba un entorno maravilloso junto al olor de la comida y el incienso que siempre solía quemar.

—¡Ya estoy en casa! —gritó para que lo escuchara Alejandro y le extrañó que los perros no corrieran a darle la bienvenida. A esas horas solían estar todavía correteando por allí.

Accedió al salón y se quedó paralizado. Alejandro lo esperaba completamente desnudo junto a la mesa, que estaba preparada para una romántica velada para dos.

—¿Cenamos?

—No sé por dónde empezar. Si por la comida o por ti. Las dos cosas me resultan igual de apetecibles.

—La comida se enfría y yo estaré igual o más caliente que ahora cuando terminemos.

—Vale. Voy a ponerme en igualdad de condiciones.

Alejandro se sentó a la mesa y observó a su hombre mientras se quitaba la ropa. Adoraba cada centímetro de su cuerpo, nunca se cansaría de mirarlo, de acariciarlo, de saborearlo.

—¿Y esto? —preguntó Sergio, señalando la mesa.

—Ha sido un día intenso y me apeteció darte una sorpresa —mintió. Todavía era pronto para revelarles el porqué de aquella cena.

—Paty ha estado insoportable.

—Es normal, ahora todo es nuevo e inesperado para ella.

—Sí, ya nos avisó el médico.

Pasaron toda la cena hablando del que bautizaron como el día más loco de sus vidas. Sergio le contó que Jorge había pasado por allí para conocer al pequeño, y que había recibido una llamada de un eufórico Rodrigo para contarle que Daniel había firmado con Sony Music, aunque eso Alejandro ya lo sabía y era otra de las sorpresas que tenía que darle.

Sergio luchó en contra de que Alejandro sirviera el postre, prefería degustarlo a él, pero el chico se había pasado toda la tarde cocinando y no estaba dispuesto a ceder.

Tras degustar una flauta rellena de dulce de leche, hicieron el amor en el sofá del salón. Las ganas de terminar esa velada perfecta de la manera que más les gustaba no permitió que llegaran al dormitorio.

—¿Subimos? —preguntó Sergio mientras recobraba el aliento.

—Tenemos que recoger la mesa —contestó Alejandro.

—Ya lo haremos mañana —ronroneó sobre su cuello.

—Está bien, que tengo un par de sorpresitas más para ti.

—¡Hoy estás que te sales! —exclamó divertido.

Emprendieron el camino. Alejandro subía delante de él y Sergio observó goloso el culo en el que acababa de enterrarse, paseó su mirada hasta la prótesis, y una vez más se sintió orgulloso de él y de sus avances.

Entraron en la habitación, Alejandro se quitó la pierna y se tumbaron en la cama. Se dedicaron caricias y besos sin descanso, hasta que llegó el momento de las sorpresas pendientes.

—Esta mañana, a primera hora, me llamó Daniel —dijo Alejandro, con el brillo de la emoción deslumbrando en su mirada.

—¿Y?

—Hace unos días le mandé las dos canciones que he compuesto en estos meses, y las quiere.

—¡Eso es maravilloso, Alejandro! Te dije que eran muy buenas.

—Sí, son dos de las que va a grabar con Sony Music.

—¡Hostias! Eso te va a abrir muchas posibilidades con ellos.

—Quieren dos más.

—¡Amor, eso es increíble!

—El martes tengo que estar en la sede de Madrid y pasaré allí unos cuatro o cinco días. Así que mañana tenemos que mirar los trenes, comprar los

billetes...

—Eehh... No creo que vaya a poder ir. Tengo que empezar a mirar el traslado a... Ya voy un poco tarde.

Alejandro observó cómo se ensombrecía la mirada de Sergio y la tristeza se instalaba en su rostro. No le había insistido en ir con él a Estados Unidos, no había querido presionarlo, y eso había conseguido que viera las cosas con claridad, que no sintiera que era forzado. Ahora era el momento de decirle que lo acompañaría siempre, así fuera al fin del mundo.

—¿Todavía no has tramitado nada?

—Solo el alojamiento. Estaba esperando hasta el último momento por...

—¿Por mí? —interrumpió Alejandro su frase.

—Sí, por ti. Solo de pensar que vamos a estar tan lejos...

—Ya hemos estado separados antes.

—Lo sé, pero no quiero que nos separemos nunca más. Te quiero a mi lado cada mañana al despertar, como en los últimos meses. Poder abrazarte cuando llego a casa, besarte, hacerte el amor. Que caminemos juntos, cogidos de la mano, cada día de nuestras vidas... Sería capaz de no ir si no me acompañas. Por eso todavía no he hecho nada.

—No puedes parar tu vida por mí, ya lo hiciste una vez por tu familia, y no es justo. Sabes que sufriste mucho por ello y yo nunca sería capaz de cortarte las alas.

—El problema es que yo no quiero volar sin tu amor, no sabría hacerlo.

Alejandro cogió un sobre que descansaba encima de la mesita de noche. Se lo pegó al pecho, lo besó y, antes de entregárselo a Sergio, dijo:

—Quiero que veas lo que hay dentro, es la segunda sorpresa que tenía preparada, pero antes necesito hacerte una pregunta.

—¡Dispara!

—¿Tú sabes si puedo volar con la pierna puesta o tengo que meterla en la maleta y facturarla?

—¿Cómo? —preguntó Sergio sin entender nada.

—Mira lo que hay dentro.

Sergio abrió el sobre, sacó el contenido y miró lo que ahora reposaba sobre sus manos. Eran los billetes de avión para dos personas que tanto había deseado comprar en los últimos tiempos.

La emoción se apoderó de él y las lágrimas salieron sin control. Eso significaba que su amor no volaría solo, que lo haría de la mano de Alejandro.

Sintió, después de tantos meses, que por fin todo estaba bien, que nada podría romper lo que había entre ellos, que su compañero era más fuerte que nunca y que el miedo había quedado atrás.

—Yo tampoco sería capaz de volar sin ti. No puedo imaginar no tenerte en mi vida, Flacucho, porque nosotros somos...

—Y seremos siempre.

Sergio terminó la frase por él y se lanzó a devorar sus labios. Sus dos mayores sueños se estaban haciendo realidad en ese momento. Su carrera profesional despegaría de una forma que jamás hubiera esperado, y el amor de su vida lo acompañaría en ese vuelo.

¿¡Qué más le podían pedir a la vida!?

EPÍLOGO

Había pasado un año desde que habían aterrizado en Estados Unidos, y sus vidas habían tomado un rumbo perfecto.

Alejandro se dedicaba a componer a tiempo completo. Eran varios los cantantes que se peleaban por sus canciones, entre ellos Daniel Villegas, que ya era uno consagrado, y el mismísimo Ricky Martin, que hizo babear a la pareja cuando lo conocieron.

Sergio seguía con sus experimentos junto a Germán. Ahora estaban diseñando un brazo para los militares que sufrían amputaciones en los conflictos, y se sentía un hombre realizado y feliz.

Paty se casó con Andrés a los cinco meses de nacer Bruno y, a pesar de que juró y perjuró que no volvería a ser madre, volvió a quedarse embarazada en la luna de miel.

Jorge, hacía un par de días, llamó a Sergio para contarle novedades. Había decidido divorciarse de su mujer, no aguantaban más aquella mentira ni él ni ella, además, había encontrado al hombre de su vida y no pensaba dejar pasar la oportunidad de ser plenamente feliz.

El teléfono de Sergio sonó cuando salía de la ducha, estaba esperando a Alejandro para darle una sorpresa, y deseaba con todas sus fuerzas que no le saliera el tiro por la culata.

Miró la pantalla del móvil y sonrió al ver que era una videollamada de Rodrigo, que a esas alturas se había convertido en un gran amigo y del que era confidente.

—¡Hola! —saludó Sergio, pero la algarabía de la palabra se diluyó al ver el estado en el que se encontraba Rodrigo—. ¿Qué te pasa?

—Que no aguanto más, que lo he mandado todo a la mierda.

—¿Has discutido con Daniel?

—Lo he dejado. No soportaba más la situación. Me ha dolido en el alma, pero era lo que debía hacer.

—¿Qué ha dicho él?

—No le he dado opción a réplica. Ahora vengo del hospital, he solicitado una excedencia de seis meses, necesito desaparecer y lamerme las heridas.

—Pero ¿no sería mejor que lo hablarais?

—¿Para qué, Sergio? Volvería a pedirme tiempo, me diría que muy pronto

lo haría público... Lo que lleva diciéndome desde que nos conocemos.

—Si ya lo tienes decidido...

—En unos días cojo un vuelo para Estados Unidos. Acabo de hablar con mis tíos y no han dudado en abrirme las puertas de su casa.

—Entonces nos veremos por aquí y podremos hablar con tranquilidad.

Se despidieron y Sergio dejó el teléfono sobre la mesa de la cocina, adonde había llegado hablando con Rodrigo para tomar un vaso de agua. Sonrió al ver en ella el sobre que contenía la sorpresa que tenía para Alejandro y la pequeña caja que lo acompañaba.

—¡Amor, ya estoy en casa! —gritó Alejandro desde la puerta y los perros corrieron a saludarle.

Sergio llegó al salón con la sorpresa escondida tras su espalda y le dio un tierno beso en los labios. Alejandro intentó intensificarlo, venía con ganas de disfrutar de un buen rato de sexo, y ver a su hombre vestido tan solo con la toalla anudada a la cintura le daba más ganas todavía.

—Para, que tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Más importantes que amarnos?

—Sí. Mañana nos vamos a Las Vegas.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. Así que tenemos que preparar las maletas.

—¡Estás loco!

—Loco por ti —dijo, mirándolo con intensidad a los ojos.

Sergio le mostró la caja que guardaba tras su espalda y observó la reacción de Alejandro, que sabía perfectamente lo que podía contener. La abrió y se desveló el secreto.

—¿Quieres casarte conmigo?

—¿En Las Vegas?

—En las Vegas, que nos case Elvis.

—¿Estás seguro?

—No he estado más seguro en mi vida.

—Vale. ¿Dónde guardamos la maleta de la pierna?

—¿Eso es un sí?

—¿En serio lo dudabas?

Sergio abrazó a Alejandro y lo alzó en el aire. Besó sus labios, jugó con su lengua y lo subió a horcajadas en sus caderas. Tenían que preparar las maletas, al día siguiente harían el vuelo directo que los llevaría a vivir su amor

completo, pero antes necesitaba perderse en su hombre, demostrarle una vez más que eran y serían siempre.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Siempre me pasa, y esta vez no iba a ser menos. Esto es lo que más me cuesta de todas las novelas. No por no gustarme dar las gracias, sino por miedo a dejarme alguien importante.

Empiezo por mis lectoras 0: Puri, Pilar, Sole, Erika y María José. Gracias por acompañarme una vez más en esta nueva aventura. Con vosotras, esto siempre es más divertido.

Ahora le toca el turno a mis Purpurinas, esas que están a mi lado desde mucho antes de tener la loca idea de mostrar mis historias al mundo. Gracias por estar siempre, por apoyarme en cada locura y por el brillo que le dais a mi vida.

Sigo con Fabián Vázquez. Mi jefe, editor, compañero y amigo. Gracias por confiar en mí una vez más. Eres grande.

No puedo terminar estos agradecimientos sin dar las gracias a mi familia. En los últimos tiempos, han sido muchas las zancadillas que nos ha puesto la vida, pero las hemos superado juntos, unidos, apoyándonos los unos en los otros. Gracias por seguir dándome unos ánimos que no están muy en alza últimamente.

Y cómo no, gracias a mis lectores, a todos los que me acompañáis en cada historia, porque sois el motor que me mueve a seguir trabajando en este mundo de letras.

¡Nos vemos en la próxima!